

## CAPÍTULO I

Don Fulgencio Bigeriego sabía reconocer muy bien cuando las vicisitudes de la vida eran adversas y cuando odiosas; al cabo, era una de las pocas habilidades que atesoraba. Sus frustraciones profesionales habían alimentado un egoísmo protector de sus propias limitaciones. Podía soportar no haber podido culminar con éxito sus prometedores estudios de médico especialista en enfermedades infecciosas porque al tribunal que le calificó no le pareciera juicioso conceder tal titulación a alguien que no supo distinguir un resfriado común de una sepsis meningocócica; pase que nadie reconociese sus méritos como jefe de Sanidad en La Coruña, hacía años, cuando consiguió vacunar contra la viruela a toda la población de vacas de la provincia, emulando la intrepidez del sabio Jenner; pase que le pidiesen educadamente que se marchase de la población gallega por la horrorosa epidemia de aquella letal enfermedad de las manchitas que asoló a sus habitantes y que alguien se empeñó en adjudicar a su entonces joven pero ya salpicado curriculum; pase que su capacidad decisoria fuese poco a poco languideciendo a medida que sus superiores, cada vez más numerosos, se iban percatando de sus limitaciones científicas; pero que ascendiesen a aquella arpía ignorante a su mismo nivel funcional era algo que su sistema nervioso soportaba con

grandes dificultades. Don Fulgencio no comprendía como María Teresa Sáez Benavides, doctora Sáez para todo ser humano que no fuese universitario y Tere para los que lo fuesen, había conseguido los favores del consejero de Salud, aunque imaginaba que de algún modo tenía que haberle engatusado pues, aunque éste no fuese un ejemplo de inteligencia y buen obrar, conservaba algo de sensatez.

A base de concederle sus favores —pensaba— no puede haber sido; el consejero no puede ser tan pervertido.

En estas consideraciones se encontraba cuando salía de su casa, como siempre caminando con una vieja cartera plástica de escolar que ni él mismo sabía qué contenía, hacia la Consejería de Salud. Por el camino, su enorme volumen se cimbreaba con cada uno de los pasos que sus ya agotados pies daban. A la vista de tan pesado, lento y torpe balanceo uno comprendía a qué se refería el veterinario José Furriel cuando jocosamente bautizó un día como “La Senda de los Elefantes” al trayecto entre la casa de don Fulgencio y el vetusto edificio donde ambos trabajaban. Don Fulgencio realizaba el camino diario con la gracilidad de un autómatas y se detenía ante los semáforos en rojo más por la intuición desarrollada con el paso de los años que por la visión del color del luminoso artefacto; la fornida montura de sus gafas sostenía a duras penas unos enormes cristales que albergaban un número de dioptrías —aún insuficientes para las necesidades de don Fulgen-

cio— suficiente como para ser admitido sin ningún tipo de problemas en la O.N.C.E. como vendedor de cupones. Por ello, en su matutino paseo, don Fulgencio nunca disfrutaba de escaparates, paisajes, caderas, librerías u otras cosas dignas de atención. Podría decirse que don Fulgencio no disfrutaba de nada casi nunca, pues en cuestiones puramente estéticas su refinamiento sólo podía detenerse en lo que se pudiese oír u oler. Y en modo alguno podría hablarse de refinamiento conociendo al doctor Bigeriego.

Encaró la fachada del antiguo edificio, traspasó la entrada y, sin dirigir palabra al conserje ni a ninguno de los funcionarios ociosos pudieran estar con éste, subió a la primera planta, donde estaba su despacho.

María Teresa Sáez Benavides era una mujer menuda y seca cuyo principal objetivo en la vida era ser el ajo de todas las salsas y, en el caso de que inevitablemente hubiese más de un ajo, ella debía ser el ajo más gordo, más lustroso o más sabroso, daba igual. En su desordenado cerebro se concentraban contradicciones que habrían hecho las delicias del propio Sigmund Freud, aunque su complejidad habría privado a la Psiquiatría de todo el legado del sabio psiquiatra, dado que éste no habría dispuesto, de haberse dedicado a estudiar a María Teresa, ni de un solo segundo para ninguna otra actividad profesional. Su pasado de monja teresiana, su matrimonio con un físico al que la Ley del

Péndulo o el Principio de Bernouilli ofrecían más atractivo que Tere, sus tres tormentosos partos, su militancia feminista beligerante o su desmesurada afición por los perfumes empalagosos, entre otras muchas cosas, constituirían por sí mismas fuente inagotable de inspiración para el psicólogo más indolente.

—¿Vas a ir a buscarme, Arturo? —preguntaba a su marido mientras agotaba un frasco de perfume Excitant—. Tienes que decirme porque así yo me hago una composición de lugar.

—No, no creo —contestó Arturo desde el cuarto de baño deseando que le dejase defecar en paz.

—Es que me gustaría que vinieses para que la gente viese el coche nuevo que te he comprado.

—¿Que tú me has comprado? —preguntó sorprendido Arturo mientras hacía un esfuerzo que hizo latir sus sienes.

—Sí, eso he dicho —dijo Tere mientras se reventaba una espinilla negra de doce gramos de peso.

—Pero Tere —arguyó él sudando copiosamente—, el coche no lo has comprado tú... Es más, tú no querías comprarlo.

—Bueno pero eso no lo saben en la Consejería, y yo les he dicho que te lo he regalado yo —dijo Tere, a quien aparentar que constituía la parte más importante y decisiva de un moderno matrimonio le gustaba más que comer con los dedos, y casi tanto como la imagen de mujer emprendedora y eficaz que siempre se esforzaba en ofrecer.

—Bien, bien —dijo Arturo deseando acabar la conversación—, haré todo lo posible por ir.

—Dímelo seguro, Arturín —dijo Tere con una mimosa entonación que hizo palidecer de terror a su marido.

—No podré ir —balbuceó.

—Bueno, pues me voy. Hasta luego —y salió de la casa dando un sonoro portazo.

La mañana era soleada y fría pero Tere iba bien abrigada. La luz amarilla alargaba las sombras y animaba el canto de los jilgueros que aún prevalecía sobre el creciente bullicio urbano que delataba la condición laborable del día que comenzaba. Tere debía recorrer unos metros hasta la esquina del cruce donde a diario quedaba con la doctora Francisca Ceballos o con la enfermera María Del Oso, la que pasase primero, que eso a ella le daba bien igual. De Francisca Ceballos pensaba que era una histérica descontrolada, haciendo un diagnóstico especialmente preciso, y que estaba amargada por culpa de los oscuros designios que el mundo le había reservado. Francisca estaba convencida de que su marido le ponía los cuernos y además tenía que compartir su despacho con el pazguato del doctor Cosme Velasco. Para Tere que el marido le pusiese los cuernos no era motivo suficiente como para dar cobijo a la delirante histeria que anidaba tras las cejas de Francisca, incluso la propia Tere era consciente de que alguna vez el degenerado de Arturo había hecho alguna escapadita sin que ello le cau-

sase intranquilidad alguna; en cambio, debía admitir que compartir trabajo con Cosme Velasco era harina de otro costal. Cosme Velasco pertenecía a una secta católica de fanáticos religiosos que le hacía rezar tres padrenuestros y besar el crucifijo que colgaba de su cuello antes de auscultar un paciente, todo con la intención de brindar asistencia cristiana a cuantos pusieran el pie en su consulta, estuviesen o no enfermos. Francisca intentó alguna vez hacerle ver que, en realidad, los pacientes lo que venían buscando era asistencia médica, no consiguiendo otra cosa de Cosme que una novena por la salvación de su pobre alma, que con toda seguridad estaba abocada a sufrir todas y cada una de las inclemencias del infierno en caso de seguir por ese tortuoso camino. Eso sí que justificaba los galopantes y muy frecuentes delirios paranoicos e histéricos de Francisca. María Teresa pensaba —y en este extremo su juicio era notablemente acertado— que la convivencia laboral con Cosme durante más de tres semanas era suficiente para desintegrar toda suerte de pensamiento analítico, razonable o simplemente congruente, y Francisca llevaba ocho años con él. Eso sin contar con el equipo de auxiliares que asistía a ambos; cada una de ellas, por sí sola, podía entrar con todo merecimiento dentro del catálogo de ejemplos de posibles variedades de la idiocia adulta irrecuperable. De María Del Oso, que era una persona sorprendentemente equilibrada para trabajar donde lo hacía, Tere no pensaba nada; no merecía la pena, sólo era una enfermera.

Francisca Ceballos salía de su casa con la esperanza de no encontrarse con Tere. Llevarla en su coche era algo que, sin saber porqué, la exasperaba. Tampoco entendía cómo la dichosa Tere no se sacaba de una puñetera vez el carné de conducir, se compraba un coche y dejaba de darles la murga a ella y a María Del Oso. Al pisar la calle miró a derecha e izquierda sin ver a Tere. Fantástico, pensó, dando por sentado que la china le habría tocado a María Del Oso. Se introdujo en su utilitario, metió las llaves en el contacto y, cuando estaba a punto de arrancar, le sobresaltó un impertinente repiqueteo en el cristal del lado derecho.

—Espera, espera —decía Tere desde fuera con el aliento perdido después de la carrera que se acababa de dar—. Por poco me quedo en tierra; mujer, es que vas con unas prisas que parece que te persiguiera alguien.

—Anda, pasa —dijo Francisca quitando el seguro de la puerta derecha y pensando que si bien nadie la perseguía, lo que sí tenía eran motivos para huir.

Francisca arrancó su automóvil, con su inapreciada pasajera dentro y salió del aparcamiento en dirección a la Consejería. Cincuenta metros más atrás estaba aparcado el Peugeot 205 de María Del Oso, que aquel día había evitado a Tere gracias a su nueva estrategia de vigilancia. María arrancó tras ellas en la misma dirección.

En el bar El Próximo, así llamado por estar cercano a varios edificios oficiales, lo que propiciaba que su dueño tuviese una fortuna inmensa, tomaban su desayuno varios funcionarios de la Consejería después de haber fichado al entrar al trabajo. En la barra, Julio Guerrero pugnaba por conseguir el diario del bar con otros habituales e igualmente pertinaces en la obtención del preciado periódico. En una de las mesas, Marta Guedán y Pepita Senén afeaban la conducta gastronómica del obeso marido de esta última, que se desayunaba por tercera vez.

—Camilo, la verdad es que comes demasiado —aseguraba Marta mientras se metía en la boca un enorme pedazo de bizcocho mojado en café con leche.

—Y, además le viene fatal para la tensión. El otro día, en casa, me dio un susto terrible después de cenar; se desmayó encima del sofá, y claro, es que se había puesto morado. Pero con él no hay quien pueda, por más que se lo digas. Y menos mal que se desmayó en el sofá, que si llega a caerse al suelo a ver como levanto yo al buen señor —dijo Pepita, mirando con desaprobación a Camilo.

—Mira —dijo Camilo mientras señalaba hacia la puerta de la Consejería con la esperanza de cambiar el tema de conversación— Ahí llega don Fulgencio; diecinueve minutos tarde, como siempre.

—Joder —maldijo Marta, mientras Camilo aventuraba que su comentario había tenido el efecto deseado—, es que este tío tiene

más cara que espalda. Luego se hartará de firmar cartitas pidiendo explicaciones de los doscientos catorce minutos de retrasos en el mes de tal o en el mes de cual. Parece que las leyes sólo se hacen para los currantes; es que es intolerable ¡hombre! Y lo peor es que nos callamos todos como bobos...

Camilo condujo con maestría el debate que subsiguientemente se suscitó, de modo que su glotonería pasase a jugar un olvidado papel, circunstancia que aprovechó para engullir sin molestias dos cafés más, tres tostadas y un zumo de naranja.

Julio Guerrero pagó su café cortado y todos los cafés que se habían consumido dos metros a su derecha y dos metros a su izquierda. Había ojeado los periódicos y salía en compañía de Federico Micci, médico como él, inspector sanitario, motorista y enfermizo aficionado a los ordenadores, cuando vieron llegar —posiblemente aterrizar fuese un término más exacto— el automóvil de Francisca Ceballos, que había realizado una sesión de conducción suicida con el propósito de disuadir a Tere de buscar su compañía para ir a trabajar.

—Creo que hoy has venido un poco despacio —dijo Tere con malicia mientras contenía desesperadamente una monstruosa náusea.

—Sí, es verdad, mañana vendré algo más rápido para que me dé tiempo a fichar. Claro que eso a ti no te importa ¿no? —res-

pondió ácida Francisca, a sabiendas de que Tere no fichaba jamás puesto que su orgullo impedía que nadie pudiese controlarla.

Tere sonrió fríamente mientras se daba la vuelta y se dirigía a su despacho rebuscando en su vasto archivo mental una venganza apropiada.

Estas dos están como motos, pensó Julio Guerrero, al tiempo que entraba en su despacho seguido por un focomiélico dispuesto a mostrar hasta en los más recónditos detalles su disconformidad con el dictamen de Julio desaprobando que una persona carente de brazos pudiera obtener permiso para conducir automóviles.

Federico Micci entró en su despacho tras saludar a toda la sección de Inspección Sanitaria por el camino: las tres simpáticas secretarias, Camilo, que se fumaba un puro despreocupadamente en su mesa, y Ricardo Escudero, compañero de despacho y veterinario de profesión.

—Hola, Ricardo.

—Hola, Federico, ¿qué tal? —contestó amablemente Escudero, que vestía una transparente camisa blanca filipina diseñada en los años cuarenta.

—Bien ¿Hay algo nuevo?

—No, parece que por ahora no hay moros en la costa —informó, refiriéndose a la ausencia de trabajo.

—¿No ha llamado Fulgencio?

—Aún no, pero lo hará —dijo Ricardo, mostrándose chistoso.

Ricardo Escudero era un veterinario especializado en degustar toda clase de viandas y en preparar opíparas meriendas en los lugares y momentos más insospechados. Su habilidad en este menester era tal que en una ocasión consiguió degustar una pantagruélica comida servida a domicilio en su despacho por el Restaurante Atlántico, recién inaugurado y con fama de ser el más caro y refinado de la ciudad, gracias a una sutil amenaza telefónica en la que advirtió al dueño, tras identificarse como una especie de espía de la asociación de restauradores, de la conveniencia de mantener contento al señor Ricardo Escudero que, a la sazón, era el Inspector Veterinario encargado de su zona y además un estricto funcionario que era conocido por su ferocidad ante deficiencias por cualquier otro consideradas banales. En realidad, Ricardo no tenía ninguna zona asignada ni tampoco una capacidad ejecutiva importante, dado su calamitoso prestigio, que inducía a los instructores a considerar sus informes más como producto de la fantasía, del buen comer y mejor beber que del rigor.

La llamada de don Fulgencio era algo temido en la sección de Inspección Sanitaria. El temor a sus llamadas, sin embargo, no

provenía de su condición de superior jerárquico, que eso bien poco les importaba, sino por lo desesperadamente plúmbeo que se mostraba don Fulgencio en sus conversaciones, que solían tratar de asuntos relacionados con la Sanidad, pero enfocados de la forma más delirante que la imaginación de un delincuente ecológico pudiera en su vida perpetrar, todo ello aderezado con innumerables giros sintácticos anormalmente repetitivos y con referencias autobiográficas igualmente cansinas. Una llamada telefónica de don Fulgencio o una invitación a parlamentar en su despacho eran consideradas por todos, en la sección de Inspección, como una importante desgracia personal, y nadie osaba hacer un chiste o un comentario gracioso cuando alguno era señalado por el azaroso dedo de su superior. Todos eran conscientes de que el siguiente podía ser cualquiera.

## CAPÍTULO II

En la entrada de la Consejería, una mujer gorda miraba el viejo y sucio edificio preguntándose si en aquel lugar con apariencia de sanatorio mental podría haber alguien capaz de solucionar su problema. Tenía el rostro sudoroso, y una acentuada palidez delataba que algo no funcionaba del todo bien en algún lugar de su organismo. Hacía días que nadie de su familia podía pasar un período mayor de diez minutos separado de un inodoro, de forma que la vieja lavadora estaba repleta constantemente de ropa interior y los gastos en papel higiénico se habían disparado, suponiendo un fuerte golpe para la muy humilde y débil economía familiar. Acudía a la Consejería de Salud porque una amiga le indicó que aquello era un problema sanitario y que, como tal, se lo solucionarían en la Consejería. Pretendía era obtener una ayuda para poder subsistir mientras el papel higiénico consumía lo presupuestado para alimentación y vestido en la casa, en tanto que la curación de su mal constituía un problema secundario. Si alguien le solucionaba la subsistencia gracias a alguna ayudita, ¿para qué demonios quería dejar de estar enferma si sería gracias a estar enferma que podría pagarse la comida? Y, aunque imaginaba que la excusa del papel higiénico no sería suficiente, consideraba que en justicia algo deberían darle puesto que realmente tenía pocos

posibles, lo que sin duda no era en absoluto culpa suya. Y además, algo se le ocurriría para añadir al papel higiénico como gasto extraordinario. Pensando esto, preguntó a Felipe, el conserje, que recreaba su holganza sentado tras una mesa y mordiendo un cigarrillo con los amarillos dientes, a la entrada del edificio.

—Mire usted, tengo un problema de cagaleras, ¿sabe con quien podría una hablar?

—¿Qué? ¿Cagaleras? —dijo Felipe cuyo cerebro ya estaba alcohólicamente inutilizado a esas horas de la mañana—. Cagaleras es en la segunda planta —añadió, refiriéndose a la sección de Inspección Sanitaria.

—Pues muy agradecida —dijo la gorda, empezando a subir trabajosamente la escalera.

Raquel Fresneda, que, casualmente estaba en la recepción pasando el rato tontamente, había escuchado todo y adivinaba una conversación demente con el cerebro obtuso de la buena señora y, en un acto de compañerismo, se dirigió hacia Inspección subiendo las escaleras de cuatro en cuatro, estando a punto en el recorrido de tener varios accidentes graves.

—Corred, corred, —gritó al irrumpir en el despacho, interrumpiendo una partida de damas chinas entre Micci y la doctora Antolín.

—¿Qué pasa? —preguntó sobresaltado Escudero, al que los gritos de Fresneda habían despertado de un sueño recién conciliado.

—Qué viene una señora gorda de ésas de hora y media y, aunque sube muy despacio, ya debe ir por el primer piso... Yo me largo pitando —y, según decía esto, daba media vuelta seguida de Micci y Antolín, que habían decidido adelantar la hora de su merienda, y de Escudero, que antes de partir se fabricó un rápido bocadillo de mortadela requisada que extrajo de su completo fichero de mataderos polivalentes.

Salieron corriendo los cuatro, informando a Camilo y a las tres secretarias, que estaban inmersas en una guerra de exabruptos causada por la similitud del vestuario de dos de ellas, de que se iban a tomar una Coca-Cola al bar de enfrente. Por el camino, realizado aproximadamente a una velocidad media de veinte kilómetros por hora, se cruzaron con la señora gorda que subía la escalera pesadamente y notando los espasmos abdominales de su próxima eclosión rectal, que anunciaba ser terrible. Micci, que llevaba consigo su casco de motorista por si las moscas le aconsejaban hacer un camino más largo que el proyectado, no advirtió la presumible y evidente coincidencia de trayectorias entre la parte posterior de su casco y el mentón de la señora gorda, la cual sí que lo había advertido y miraba alarmada a los cuatro energúmenos que parecían estar dispuestos a arrollarla. El impacto entre el casco de Micci y el mentón de la señora gorda fue preciso, seco y

mayúsculo. La alarma de Micci hizo que éste no pensase que el golpe había sido con un ser humano sino contra el pomo de la barandilla de la escalera, no pareciéndole esta contingencia motivo suficiente como para detener su enloquecida carrera —posiblemente la realidad tampoco hubiera supuesto un motivo suficiente—, y continuó, a la vez que se preguntaba si habría ocasionado algún daño serio en su casco, pues el golpe parecía haber sido de importancia. Ricardo Escudero sorteó como pudo el inerte cuerpo de la señora gorda, estando a punto de precipitarse por el hueco de la escalera, admirando la depurada estratagema de Federico Micci con la gorda señora que, efectivamente, como decía Raquel Fresneda, tenía todo el aspecto de ser de las de hora y media.

La señora gorda, tras su primer sentimiento de alarma al ver lo que se le venía encima, tuvo una reacción de subsistencia; subió su brazo para protegerse la cara del casco del asesino que bajaba la escalera, pero el brazo no fue tan rápido y sintió como el mundo le desaparecía de la vista después de notar como si toda la grandiosidad de la Naturaleza reuniese sus fuerzas en el casco de Micci y recordándole la inconveniencia de entrar en un edificio oficial sin la protección adecuada. Rodó escaleras abajo golpeándose espalda y cabeza con todos y cada uno de los doce peldaños que quedaban hasta el rellano del primer piso, donde quedó tendida con el conocimiento ausente a la vez que un estruendoso pedo salía de su cuerpo.

Curro, el ordenanza, miró hacia su izquierda, desde su garito del rellano existente en la primera planta. Al escuchar el escándalo tan vigoroso que surgía de las escaleras, vio como el casco de Micci golpeaba furiosamente el mentón de la señora gorda cuando el médico descendía las escaleras a considerable velocidad con sus compañeros ¿Qué tripa se les habrá roto? —pensó —y para Curro una reflexión así era de los pensamientos más profundos que podía elaborar—, y al instante contempló la caída a plomo de la infortunada, así como los tres —según calculó— estupendos pisotones que Ricardo Escudero dio en la pierna, abdomen y cuello de la voluminosa mujer al intentar evitar tropezar con ella y acompañarla en el viaje. Curro, en un primer impulso, estuvo a punto de socorrer a la traumatizada, pero al punto su conciencia de clase tomó el control —como solía ocurrir, en el momento más inoportuno—, impidiéndole hacer cualquier ademán auxiliador. Para él, la miseria que le pagaban lo único que justificaba era su asentamiento contumaz, con muy contadas incorporaciones para solventar necesidades que sólo él podía resolver —afortunadamente el W.C. no estaba lejos—, y la profusión de improperios contra políticos, técnicos, secretarías, guardias urbanos, entrenadores de fútbol o cualquier gremio o, mejor dicho, persona que no estuviese exactamente en el interior de su propia anatomía. Juzgó inoportuno darle más importancia y lo más brillante que se le ocurrió fue hacer múltiples comentarios groseros acerca del estrépito con que se había pronunciado el abdomen de la gorda y preguntar de nuevo, demostrando un nuevo alarde imaginativo,

qué tripa se les habría roto —comentario que repitió treintaidós veces a lo largo de aquella mañana—.

Onofre era el chófer de la casa. Estaba de pie junto a Curro en el momento del seísmo grado 9 en la escala de Richter que tuvo lugar en la barbilla de la señora. El escándalo producido sólo consiguió que Onofre abriese un ojo, por así decirlo, curioso, buscando el origen del temblor. Al segundo, volvió a cerrarlo para sumirse en el estado de semiinconsciencia en el que se encontraba todo el día, ignorando por completo las procacidades y venablos de Curro. Onofre era un conductor cuya habilidad al volante era prodigiosa, teniendo en cuenta el estado catatónico en que constantemente se encontraba. Su rapidez era tal que, simplemente, no existía; conducía igual que vivía y vivir, vivía poco. Si el Altísimo en ocasiones se equivocaba al decidir el destino de los seres, con Onofre estaba claro que se equivocó, y de forma meridiana: Onofre era hombre, cuando a todas luces, había nacido geranio.

Raquel Fresneda y la doctora Antolín detuvieron su loca carrera cuando se sintieron a salvo, y este momento no llegó hasta que se encontraron en el interior de El Próximo, bien seguras de que la gorda no había reparado en ellas.

—Creo que Ricardo o Federico se han caído por la escalera — aseguró la doctora Antolín mientras respiraba fatigosamente.

Anselmo, posiblemente el camarero más desaliñado y torpe del país, les pedía que iban a consumir.

—Una Coca-Cola —dijo la doctora Antolín, que era una adicta compulsiva a la bebida carbónica americana.

—Que sean dos —se sumó Raquel Fresneda.

—Sí —continuó—, se deben haber dado un golpetazo porque se movía todo el suelo...

Anselmo les sirvió las bebidas y se marchó arrastrando los pies. En aquel momento, Raquel Fresneda señaló hacia el exterior.

—No, mira; no les ha pasado nada, ahí vienen.

Cruzando la calle y deteniendo el tráfico con las manos extendidas, Federico Micci y Ricardo Escudero comentaban el episodio de la escalera. Su retraso se debía a que en la puerta del viejo edificio Ricardo Escudero se empeñó en presentar a Micci a un cocinero de un restaurante cercano, al que Ricardo no conocía absolutamente de nada pero al que identificó por el nombre grabado en su traje de faena, en el que además estaba inscrito el nombre del restaurante, que era uno de sus preferidos. Ricardo se encargó de hacer ver al cocinero la inconveniencia de llevar el traje de

faena fuera de la cocina y los terribles peligros sanitarios que ello comportaba, de forma que el buen cocinero al cabo de un minuto estaba aterrado y temiendo por la subsistencia de su familia y algo menos por la suya, dado que a juzgar por los asertos de Ricardo le caería cadena perpetua. Al cabo de minuto y medio, Ricardo había decidido olvidarlo todo y aceptar la solemne invitación al restaurante que, ceremoniosamente, le hizo el cocinero.

—¡Qué bestia eres, Federico!, ¡menudo golpe le has dado a la gorda que subía!

—¿Qué golpe ni qué ocho cuartos?, ¿qué gorda?

—A la que subía... Le has dado un golpe con el casco.

—¿Con el casco? —preguntó asombrado Federico, al tiempo que examinaba con detenimiento su casco buscando algún defecto—. Pues al casco parece que no le ha pasado nada.

—Pues es inaudito, porque el golpe que le has dado ha sido sícalíptico.

—Pues, chico, convencido de que me había dado con el pomo del rellano.

— Pues si te descuidas la desnucas contra el suelo. Eso si no la has desnucado. Mira ahí están las chicas, en aquella mesa — anunció Ricardo señalando hacia la mesa del fondo donde estaban Raquel Fresneda y la doctora Antolín, que los miraban pidiendo una explicación.

En su despacho, María Teresa Sáez Benavides deglutía con fruición un bocadillo de sobrasada picante. Eructó y, de pronto, escuchó como si algo muy pesado hubiese caído a plomo en algún lugar cercano. Inmediatamente después escuchó el descenso por las escaleras de tres o cuatro personas que, a juzgar por el estrépito con que se producían, debían huir de alguien. Marcó el número del conserje y aguardó a que éste contestase.

—¿Diga? —logró articular el alcoholizado Felipe una vez descolgado el aparato.

—Felipe —aulló Tere—, ¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —inquirió Felipe, que lo único que había visto era que delante de su nariz había una mesa, aproximadamente a tres centímetros.

—¿No ha oído usted los ruidos?

—No ha habido ninguno que me haya llamado la atención especialmente —aseguró. El permanente estado de resaca en que Felipe se encontraba le impedía catalogar cualquier sonido con otro sustantivo que no fuera ruido.

—¿Ha visto a alguien salir corriendo?

—Que no, que no.

—Bueno, bueno. Pero esté más atento. Al final va a resultar que usted se entera de las cosas que pasan en esta casa por los periódicos. —A Felipe no le dio tiempo a replicar que, efectivamente, así era.

Tere colgó el teléfono violentamente lamentando que Felipe no fuese más explícito y menos alcohólico, aunque era una agradable sorpresa comprobar cómo había contestado al teléfono sin hipar una sola vez. Terminó su bocadillo y se limpió la boca con una reclamación de la directora del colegio de las monjas agustinas en la que se quejaba de la falta de higiene y urbanidad de los obreros que trabajaban en una obra vecina al colegio. Al parecer comían sin cubiertos enormes bocadillos de sobrasada picante, y sus posteriores regüeldos ocasionaban la pérdida de concentración en las clases de las alumnas, que prorrumpían en risotadas, arruinando así la natural corrección con que debían impartirse las lecciones. Estaba a punto de levantarse para explorar qué suerte de acontecimientos habían turbado su apacible merienda, cuando supuso que corría el riesgo de encontrarse con alguna sorpresa desagradable, como el derrumbamiento de alguna parte del edificio. Decidió llamar a don Fulgencio.

Éste se encontraba ajustando la toalla que colocaba debajo de sus posaderas para evitar que el plástico de su sillón le ocasionase una incómoda y húmeda sensación. Entonces escuchó algo que, a su entender, sólo podía tener su origen en algún hecho desgraciado como un maremoto, el desbordamiento de un río caudaloso o un accidente de tráfico en cadena de varios autobuses. Su primera reacción, automática, como siempre que detectaba dificultades, fue la de hacer una infructuosa rueda de llamadas a sus subordinados inspectores sin obtener éxito. ¿Dónde esta-

rán?, pensó. Después escuchó el silencio posterior a la tempestad, suponiendo que, sí bien el volumen de sonido había sido elevado, lógicamente no parecía haber ocurrido nada grave pues no se oía ningún grito histérico ni ninguna manifestación lastimera, tan frecuentes en la casa ante hechos menores. Súbitamente empezó a sonar su teléfono.

—¿Siiiiiiií? —contestó con un volumen de voz que hubiese hecho innecesario el uso del teléfono.

—Oye Fulgencio, soy Tere ¿Has oído eso? —decía Tere alejándose del oído el auricular.

—Sí, pero creo que no ha sido nada.

—¿Nada? ¡Pero si parece que se hubiera derrumbado la escalera!

—Si hubiese pasado algo, descuida que nos habríamos enterado.

—¿Cómo?

—Pues, hombre —dijo don Fulgencio dispuesto a mostrar la rotundidad de la evidencia—, se habrían escuchado gritos, lamentos y cosas por el estilo.

—Sí ¿Y si se han muerto todos?

—¿Cómo se te ocurre?

—Tú ¿oyes algo?

Don Fulgencio alejó el auricular de su oreja y escuchó mientras arqueaba las cejas y miraba hacia el techo por encima de sus gafas.

—No, no oigo nada —comenzó a alarmarse.

—Entonces habrá que salir ¿no?

—¿Y tú, no vas a salir? —preguntó don Fulgencio cada vez más alarmado y recordando como acababa de llamar a Inspección sin obtener resultado, lo que podía ser síntoma de que había habido desgracias personales.

—¿Yo?, ni lo sueñes. Debes salir tú como superior más antiguo y como funcionario experimentado que ha demostrado saber hacer frente a todo tipo de situaciones —alabó ladinamente Tere.

—Pero tú tienes ahora el mismo nivel que yo.

—Sí. pero desde hace muy poco y además tú eres hombre y yo mujer.

—Sí, claro —Esto último le había parecido un argumento aplastante—. Bueno, bueno, pues ya te contaré.

—Quedo en espera de tus noticias. —Tere deseaba ardientemente saber qué había pasado.

Don Fulgencio se levantó y, con precaución, se acercó sigilosamente a la puerta de su despacho, asustado por lo que se pudiera encontrar fuera. Era evidente que el edificio no contaba con una estructura segura y, ahora que lo pensaba, la grieta de la fachada parecía cada día mayor y, seguramente, tras la pintura de las paredes habría más y más profundas grietas y obviamente una de ellas había cedido. Todo encajaba. Entonces abrió la puerta, esperando encontrar el pasillo lleno de polvo y escombros y, que al fondo del mismo, se encontraría una escena del Apocalipsis.

Nada de esto ocurrió. El aspecto del pasillo era el de siempre. Sacó la cabeza hacia la escalera con cautela y vio como al fondo yacía inmóvil un cuerpo embutido en negros ropajes que parecía ser la única víctima del seísmo que acababa de tener lugar.

### CAPÍTULO III

Don Fulgencio se acercó despacio hacia el rellano, donde estaba el cuerpo inerte de la obesa. Intentó hacer el mayor ruido posible para ver si así había alguien que asomase la cabeza al pasillo y, ante la visión del negro volumen de la señora, se acercase a indagar junto a él, que aún no las tenía todas consigo respecto a que no hubiese ocurrido ningún infortunio y tampoco tenía una presencia de ánimo muy admirable en aquellos momentos. Nadie se asomó. Según se aproximaba a la mujer, iba tomando conciencia de que, si bien algo tenía que haber sucedido para que a alguien se le hubiese ocurrido tumbarse en el rellano o se hubiese visto obligado a ello, las consecuencias de la pretendida hecatombe no habían sido tan olímpicas como aventuraba la arpía de Tere o como él mismo había llegado a ponderar. Al llegar junto a la mujer, vio como en el rellano todo era normal, con la excepción del enorme cuerpo que tenía delante: Curro estaba en su garito fumándose su voluminoso y pestilente puro bajo el anuncio de prohibido fumar de la planta, y Onofre, el conductor, junto a Curro, estaba en su estado normal, que era semejante al estado alfa de los yoguis, insensible a cualquier estímulo externo. Don Fulgencio sospechaba que Onofre estaba a punto de lograr la perfección haciéndose también insensible a los estímulos procedentes

de su propio organismo —recientemente se había orinado en los pantalones inadvertidamente en dos ocasiones—. Don Fulgencio se agachó, pese a la escueta flexibilidad que le permitía su abundante panículo adiposo, y posó su oreja junto a los pechos de la mujer intentando comprobar si su corazón latía, comprobando que así era.

Joder como se aprovecha el Fulgencio de la vieja gorda, pensó Curro, mirando de reojo a través del humo del puro como el médico sumergía su cabeza entre las exuberantes mamas. En aquel momento, Onofre entreabrió su ojo derecho y lo que vio hizo que lo mantuviera en ese estado unos segundos más de lo previsto, se diría que su pupila se dilató con asombro antes de vegetar de nuevo.

José Furriel salía del laboratorio de la primera planta y al llegar al rellano vio algo que le hizo abrir la boca hasta casi desarticular su mandíbula: don Fulgencio se encontraba en sospechosa posición encima de un tórax femenino, que, aunque inerte, parecía enjundioso dados los generosos volúmenes que encerraba. José Furriel esbozó una pícaro sonrisa.

Don Fulgencio contó los latidos del pulso de la mujer y le parecieron suficientes como para no preocuparse por su vida. Un fabuloso retortijón de tripas que inmediatamente escuchó le hizo

reconsiderar su inicial diagnóstico. ¡Esto es una Salmonella galopante!, pensó. Estaba a punto de desmayarse de gusto, ya que el destino le había deparado su germen favorito, y de envenenamiento, por los nauseabundos gases que salían de su recién estrenada paciente.

—Rápido, rápido ¡qué alguien me ayude a transportar a esta desdichada a mi despacho a reconocerla!

Onofre contestó al llamamiento con el más inapelable de los silencios; durante esos segundos su organismo dejó prácticamente de funcionar, sólo la postura que había adoptado, sólidamente estable, le permitió mantener la bipedestación. Furriel se había, sencillamente, evaporado. Únicamente Curro se mantenía en su lugar dando muestras de vida no vegetal y disfrutando de los aromas de su Faria, que humeaba sabroso y pestilente.

—Curro, Curro, ayúdeme por el amor de Dios —exhortó don Fulgencio excitadísimo ante la perspectiva razonable de estar ante su germen favorito—. Rápido, llevémosla a mi despacho.

Pero qué guarros que pueden llegar a ser estos tíos, ¡coño!, pensó Curro incorporándose. Como no ha quedado satisfecho ahora se la lleva al despacho. Curro se acercó a don Fulgencio y asió a la gorda de la pierna derecha y comenzó, junto a don Fulgencio, que jalaba de la otra, a tirar con fuerza hacia el despacho

de éste. En el trayecto, mientras resoplaba humo como un elefante fumador, Curro advirtió el hedor que, más que sentirse, se paladeaba en el pasillo.

—O alguien se ha comido una coliflor putrefacta o yo no estoy tan seguro como usted de que ésta esté viva —dijo olisqueando justo antes de desplomarse absolutamente desvanecido en el suelo del pasillo no sin antes, en su trayecto al piso, restregar la brasa del puro que llevaba en la boca por la mejilla de don Fulgencio.

Don Fulgencio observó contrariado el derrumbamiento de Curro. Algo así debió ser el derrumbamiento del Imperio Romano, pensó, al tiempo que lanzaba una imprecación de dolor por su mejilla quemada. Barajó la posibilidad de abofetear a Curro o de salir de nuevo al rellano a pedir ayuda, pero al instante descartó este plan, al considerar el corto espacio que le separaba de la puerta de su despacho. Trabajosamente, notando como estaba a punto de echar el bofe por la boca, nariz, oídos y, en fin, todos los orificios naturales de su anatomía, consiguió introducir su valioso botín en su despacho. Observó a su nueva paciente y cerró la puerta con el pie.

El doctor Jaime Bobo De Miguel era tonto y homosexual. Tenía su despacho junto al pasillo, y por ello pudo oír claramente el

primer estruendo, que achacó a una manifestación de tormenta, así como el segundo golpetazo —producto del desmoronamiento de la amplia humanidad de Curro contra el piso— junto a su puerta. Salió al pasillo y vio cómo en el despacho de don Fulgencio alguien introducía un cuerpo con toda la pinta de ser un cadáver. Temeroso, estaba a punto de cerrar la puerta del despacho cuando oyó como un resoplido de cetáceo a sus pies. Miró al suelo y vio a Curro tumbado en el suelo con la cabeza entre sus piernas, expulsando bocanadas de humo y con los perdidos ojos muy abiertos mirando hacia arriba, aunque poco atentos a lo que desde esa posición se podía observar, que por otro lado no tenía el menor interés.

—Cochino hijo de puta, ¿qué miras? —profirió Bobo, pisándole una mano al yaciente ordenanza que comenzó a despertarse del dolor.

Jaime estaba leyendo un libro de Agatha Cristhie. Había leído seis capítulos, aunque lo había comenzado hacía ocho meses —éste era para sus escasas capacidades un ritmo de lectura frenético—. En él había un médico que asesinaba a alguien —o al menos eso le había parecido entender—. Acto seguido puso a trabajar su escueto cerebro llegando a la conclusión de que alguien había asesinado a don Fulgencio y, disfrazándole de señora, le quería enterrar en el jardín. Lo que no cuadraba en el inoperante cerebro del doctor Bobo De Miguel era que el despacho de don Fulgencio no daba al jardín más que a través de una ventana con

una caída de diez metros. Como no encontraba solución, decidió llamar a Tere cuando terminase el crucigrama para niños de la edición dominical del periódico que había decidido completar. Esto le llevaría un tiempo. Con lo que Jaime Bobo De Miguel ignoraba se podían escribir varias enciclopedias voluminosas.

Ricardo Escudero se empeñó en invitar a sus compañeros antes de volver al trabajo, aunque su generosidad, real, estaba también justificada por el hecho de que, al fin y al cabo, entre Fresneda, Antolín y Micci no habían consumido más que tres Coca-Colas, en tanto que él había deglutido dos cervecitas, una ración de níscalos, una ensaladilla rusa y una especialidad nueva de la casa a base de arroz y gambas a la que le invitó un desconocido, no teniendo más remedio que aceptar. Realmente, considerando como se alimentaba, era sencillamente inexplicable desde un punto de vista médico que Ricardo no pesase varias decenas más de kilogramos. No sólo eso, sino que además de disfrutar de un adecuado peso para su edad, mantenía la agilidad de un gamo y gracias a ella acababa de escapar en la escalera de un accidente que, con otro juego de piernas menos despierto, habría sido dolorosamente inevitable.

—¿Volvemos ya? —quiso saber Micci.

—Sí, ha pasado un tiempo prudencial —sentenció Fresneda, dando por sentado que la señora se habría ido ya.

Recogieron sus prendas de abrigo y cruzaron hacia la antigua edificación.

Curro despertó con un agudo dolor en la mano y extrañado de encontrarse tumbado en el pasillo. Lo último que recordaba era una especie de sueño en el que, estando en la guerra con un oficial trasladando un saco muy pesado, le alcanzó una bomba química que le hizo perder el conocimiento durante largo tiempo. Recogió su aún humeante pero descompuesto puro y se encaminó con dificultad —por la confusión originada por el tóxico que había inhalado— hacia su garito, donde Onofre seguía en la misma posición que hacía una hora, probablemente en pleno proceso de fotosíntesis.

Don Fulgencio estaba con la buena señora en su despacho, intentando averiguar el porqué de su inconsciencia cuando, de pronto, advirtió un cardenal de descomunales dimensiones en la mandíbula de la inconsciente mujer. Pues esto no me suena que sea por la Salmonella, consideró mientras tocaba el moratón buscando una fractura que, aunque hubiese existido, no habría sabido capaz de detectar jamás. Pensó que lo más académico para reconocer a la señora era tumbarla en el sofá del despacho, dado que allí no disponía de camilla de exploración. Previendo que ubi-

carla en el sofá exigiría un notable esfuerzo adicional, se despojó de su americana y desanudó la corbata dejando ambas prendas despreocupadamente en el suelo.

## CAPITULO IV

Micci preguntó a las secretarias si había venido una señora preguntando por alguno de los cuatro, a lo que éstas, que vieron interrumpida su conversación sobre los bares de moda en la ciudad, contestaron negativamente. Micci se volvió hacia sus compañeros.

—Oye, que dicen que no ha subido nadie.

—Coño, pues vayámonos otra vez —propuso Ricardo, pensando que la gorda aún estaba por llegar.

—Pero si nos la hemos cruzado en la escalera cuando subía —dijo Antolín.

—Mejor dicho, ella intentaba cruzarse con nosotros cuando Federico se lo ha impedido. Después no sabemos qué ha pasado —aclaró Raquel—. Yo creo que podemos arriesgarnos a entrar. Probablemente, al no ver a nadie se lo haya pensado mejor y se haya marchado.

—Pero ¿tú estás segura de que tenía intención de venir aquí? —inquirió Federico una vez ya dentro.

—Completamente —aseguró Raquel.

Ante tal circunstancia, con la gorda presumiblemente suelta por algún sitio y pensando que hacía mucho tiempo que no jugaba con el ordenador de la casa, Micci decidió escabullirse de allí por lo que pudiera suceder. Además, por añadidura, todavía no había sonado el teléfono con la desagradable sorpresa de una llamada de don Fulgencio —lo que, a esas alturas de la mañana, constituía un hecho destacable—. Dejó transcurrir unos minutos, que invirtió en leer el diario de la doctora Antolín, y cuando escuchó los ronquidos de Ricardo anunció:

—Maribel, me bajo un momento al ordenador.

—Bueeeeno —contestó distraídamente ella mientras pensaba en cuál podría ser una bebida alcohólica obtenida por destilación muy útil para la elaboración de combinados, de siete letras.

Ginebra, ginebra era lo que a Felipe el conserje le vendría bien para despertarse en aquel momento. Desde la hora del desayuno, en que se había tomado sus dos copitas de coñac acostumbradas, no había bebido nada y ya tenía sed. Viendo que su presencia en la puerta era poco menos que testimonial porque nadie le hacía ni caso, como no fuera para darle la murga, decidió acercarse a El Próximo a tomar su ración de media mañana. Cuando ya estaba a medio camino se detuvo y registró sus bolsillos durante unos segundos en busca de su cartera, sin encontrarla. Deduciendo que había las suficientes probabilidades de habérsela

dejado en su dormitorio como para justificar el paseo hasta su casa, emprendió camino hacia ella, que estaba muy cerca del proyectado edificio.

Micci descendió por las escaleras con el ánimo de jugar durante un largo tiempo de asueto con el ordenador de la casa que, como nadie sabía muy bien para qué servía, estaba encima de una mesa defendido del medio ambiente por una tela que alguna vez había sido blanca. Era como esos coches que, por no ser utilizados durante largos períodos de tiempo, son cubiertos para evitar su deterioro. Federico tomó asiento ante él, lo descubrió y comenzó a teclear con la inoperancia que le caracterizaba. Decidió usar unos paquetes de información cuidadosamente introducidos por nadie sabía quién y que en una ocasión, con motivo de sus aleatorias incursiones por el disco del electrónico artefacto, había descubierto. Quizá fuese aquella la única información de utilidad que había en todo el edificio. Micci autoevaluaba generosamente sus conocimientos de informática, cuando éstos discurrían paralelos a los que poseía sobre legislación sanitaria, que eran despreciables y anecdóticos. Comenzó a teclear sin conocer en modo alguno lo que hacía. Lo que sí conocía era el inmenso y patológico placer que le producía teclear ante una pantalla: era un enganchado.

Rebuscando entre los bolsillos, encontró Felipe las llaves de su casa y abrió la puerta de su hogar. Chispa, su perra pastor alemán, se acercó, ufana, a mostrarle a su amo su agradecimiento por haberla venido a ver.

A Chispa la encontró Felipe por la calle una mañana, cuando sólo era una cachorra, hacía cuatro años. Al principio, como buen ciudadano, escudriñó los periódicos a la búsqueda del anuncio de algún afligido dueño que ofreciese una recompensa por la perrita, que era una monada y así le parecía a Felipe, cuya afición por los perros era parangonable a la que tenía por una bebida alcohólica obtenida por destilación muy útil para la elaboración de combinados, de siete letras. Por fin, encontró el anhelado anuncio, en el que, pese a no ofrecer ninguna recompensa por la cachorra, se facilitaba una dirección a la cual acudir. Presumiblemente, pensaba Felipe, una vez allí con el pequeño can, le ofrecerían alguna cantidad compensatoria, por lo que, con el estímulo del vil metal, acudió al domicilio anunciado pese a que la perrilla ya había conseguido enamorarle. Cuando llamó a la puerta, le abrió un mayordomo con rostro estirado, que le arrebató la perrita de las manos, le dio cinco duros y unas gracias de forma tan ceremoniosa y fría que Felipe creyó por unos momentos que era el Rey de Francia. Inmediatamente después, empezó a sufrir una transformación interior que comenzó como si algo muy rojo y caliente le subiese desde los pies al ápex de su cráneo. El nuevo ser que la ira desbocada había propiciado era capaz de cualquier cosa por rescatar

a su perra, y un Felipe transformado aporreó de nuevo la puerta de tal modo que a cada manotazo saltaban astillas. Cuando el mayordomo, alarmado ante tal demostración de urgencia, se apresuró a abrir, recibió un puñetazo en el pómulo de tal consideración que el cirujano que se lo recompuso invirtió varias horas buscando esquirlas del hueso por todo el cráneo. Felipe recuperó su cachorro de los brazos del postrado mayordomo y, antes de volver a su casa, depositó los cinco duros en la frente del caído lacayo. Desde entonces Chispa alegró la vida de Felipe y cuando tuvo edad suficiente, fue adiestrada como perra de defensa para cumplir tal cometido en los jardines del viejo edificio oficial por las noches, habiendo demostrado en varias oportunidades la honorabilidad y eficacia de sus colmillos.

Felipe cogió su cartera del cajón de la cómoda y salió en pos de la barra de El Próximo sin comprobar si la puerta de su domicilio había quedado suficientemente bien cerrada.

Tere, nerviosa, se preguntaba qué motivos habrían inducido a don Fulgencio a no informarle de lo acaecido cuando ella se lo había solicitado tan educadamente. Paseaba por el despacho contando las baldosas cuando, sin poder más, decidió ir a obtener la información que deseaba. Por el camino pasó ante la puerta del despacho de Jaime Bobo y, volviendo unos pasos, se introdujo en él por si su amigo sabía algo al respecto.

—Jaime, ¿has notado algo raro esta mañana?

Jaime gruñó por toda contestación mientras exprimía al límite sus minusválidas neuronas ante el crucigrama infantil.

—¿Jaime? Te estoy hablando...

—¿Eh? —dijo Bobo como si volviese del sueño de los justos o, para ser más exactos, como si volviese del limbo.

—¿Que si has notado algo que te haya llamado la atención durante la mañana?

—Sí, el tío ese, el ordenanza del puro, es un salido integral. Le he sorprendido en mi puerta mirándome de una forma indecorosa.

Tere no alcanzaba a comprender como alguien —aunque se tratase del bestia de Curro, por otra parte, nada sospechoso de ser homosexual— podía mirar de forma indecorosa a su amigo, cuyo erotismo era idéntico al de un alimoche adulto en pleno festín.

—Pero Jaime, eso es imposible —dijo Tere, metiendo la pata.

—¿A qué te refieres? —dijo Jaime, pese a que su raciocinio no había captado la sutileza del comentario de Tere.

—No, nada, que digo que es imposible que eso te haya extrañado. Ya sabemos que Curro es un pervertido —arregló Tere— ¿Y no ha habido ninguna otra cosa que te haya extrañado?

—Espera, sí ¿Qué ha sido?... ¡Por Dios, qué memoria tan mala la mía! —exclamó Bobo.

—¡Ah!, sí, lo de don Fulgencio.

—¿Qué le ha pasado a Fulgencio? —se interesó Tere.

—Creo que le han asesinado —contestó sonriendo demente-mente, a la vez que se introducía medio lápiz en la boca.

—¿Qué dices? —dijo Tere dando un respingo.

La médico salió alarmada al pasillo a indagar qué había sucedido.

Micci, al borde del éxtasis, seguía oprimiendo teclas inopinadamente. Ver letras, rayitas y numerines en la pantalla al compás de los impulsos de las teclas por él pulsadas le sumía poco más o menos que en el nirvana. Inadvertidamente, iba borrando metódicamente los únicos ficheros con información útil de que disponía aquel desafortunado ingenio electrónico.

Don Fulgencio se había agachado para agarrar su trofeo por las axilas e intentar izar a la obesa mujer hasta el sofá, donde la tumbaría para explorarla. Su rostro estaba rojo como el hierro fundido, y la magnitud del esfuerzo que don Fulgencio realizaba manifestábase también en forma de profusión de goterones de sudor que iban perlado su frente color rojo cereza, en ese momento surcada por dos voluminosas y repletas venas a punto de estallar. Ensayó un vigoroso tirón hacia arriba cuando tuvo la sensación de que algo se le había resquebrajado por dentro. Realmente, lo único que pasaba era que la estructura de sus vértebras

lumbares solicitaba una tregua para intentar adecuarse a los requerimientos que desde el exterior se le pedían; requerimientos a los que dicha estructura ósea no estaba acostumbrada desde hacía lustros. Don Fulgencio abandonó momentáneamente toda actividad y se sentó en un sillón a descansar. El convencimiento de que aquel inmenso organismo encerraba a su germen favorito le infundía ánimos, pero a veces el cansancio le vencía, pero sólo parcialmente. Así sentado, examinó desde su aposento el cuerpo aún inerte de la gorda meteórica; su pelo entrecano, su rostro meridiano primitivo y tosco, sus brazos y muslos como gigantes morcillas encerrados en una piel que a duras penas los sostenía, sus mamas como aldabas de campana de catedral gótica, sus inconmensurables posaderas de irracionales dimensiones... Fue entonces cuando don Fulgencio se fijó en un papel que asomaba por uno de los bolsillos de la negra falda. Suponiendo que contendría información útil, don Fulgencio cogió la octavilla y leyó: Vautiso de la Maripuri: Restaurante el Pimpollo, Arenal de Yucmallor.

Tere se acercaba al despacho de don Fulgencio, cuando caviló y se detuvo. Debía proceder con prudencia. Si a Fulgencio lo habían asesinado, como aseguraba su lerdo amigo Jaime, no se podía en modo alguno descartar que el asesino no anduviese aún por las proximidades, en cuyo caso el despacho de Fulgencio era el último lugar en el que ella entraría sola. Marchó hacia el rellano

en el que no vio a Curro, que había bajado a que Julio Guerrero le vendase su mano herida, pero sí a Onofre que continuaba generando energía de la luz solar que recibía su organismo por la ventana. Éste no me sirve de nada, sentenció con exacto criterio Tere, al tiempo que se introducía en el laboratorio.

José Furriel, tras ver a don Fulgencio en aquella postura y compañía tan llamativas, dio media vuelta rápidamente y se introdujo de nuevo en el laboratorio, donde contener su asombro y sus carcajadas se le hizo muy cuesta arriba. Para distraerse comenzó a analizar los esputos de un canario presuntamente tísico que, al parecer, según Tere, había sido el causante de un resfriado común que padeció Arturo hacía una semana. En estos menesteres se encontraba, rodeado de matraces, muflas y retortas, cuando escuchó a sus espaldas la voz nerviosa de María Teresa.

—José, ven conmigo al despacho de Fulgencio.

—Estoy haciendo los análisis de esputo de tu canario —contestó intentando escurrir el bulto.

—Ni esputo, ni leches.

—No, la leche es competencia de los de Agricultura —malinterpretó Furriel.

—¡Qué me acompañes al despacho de Fulgencio! —mugió Tere.

—Pero si Fulgencio se lo está pasando muy bien por una vez. Déjale en paz.

—¡Fulgencio está muerto! —ladró.

—Ja, Ja... Y tú borracha... Ja, Ja...

—¡Qué me acompañes, te digo! —bramó.

—Bien, te acompaño, pero no te pongas así —y ambos salieron del laboratorio.

Chispa se quedó triste al comprobar que su amo la había dejado sola en la casa de nuevo. Se tumbó un rato y al cabo de unos minutos advirtió que los olores de la calle llegaban a su olfato con más profusión de matices y nitidez que antes de la visita de su amo. Se encaminó a la puerta y observó que Felipe se la había dejado abierta. Presumiblemente, para que ella fuese hacia la Consejería a ejercer sus funciones vigilantes. Bebió algo de agua de su escudilla, se rascó ambas orejas y salió del domicilio del conserje teniendo buen cuidado de cerrar la puerta empujando con las dos patas delanteras después de cruzarla.

Don Fulgencio se precipitó sobre el teléfono y marcó la extensión de su chófer favorito, con la idea de marchar hacia el restaurante que había ocasionado los males de su paciente preferida. Onofre se puso en contacto con el resto del mundo cuando sonó su teléfono por cuarta vez. A la octava lo descolgó.

—Consejería de Salud, dígame —dijo mecánicamente.

—Ni Consejería de Salud ni narices. Onofre, cancele cualquier salida que tenga, que dentro de cinco minutos salimos al restaurante El Pimpollo.

—¿Dónde está eso, don Fulgencio? —disimuló Onofre, que conocía perfectamente donde estaba el restaurante, dado que el propietario era un amigo suyo.

—En El Arenal, pero ya lo encontraremos. Dígale a Escudero que venga con nosotros —y colgó.

Onofre colgó también y después hizo una rápida llamada telefónica al exterior.

Don Fulgencio observó a su paciente pensando en dejarla en el suelo, pero no le pareció digno; de modo que haciendo acopio de todas sus fuerzas —y cuando se ponía bestia no eran pocas—, asió de nuevo a la gorda por las axilas consiguiendo que aquel cuerpo se moviese por primera vez. Entre resoplidos y temeroso ante el infarto que sin duda podría sobrevenirle, continuó en su empeño logrando izar la mole hasta la altura de su propia cabeza, desde donde los movimientos serían menos trabajosos. Una vez en esta posición, cambió el asidero, trasladando sus manos de las axilas hasta los glúteos de la señora, a la altura de los cuales apesó con fuerza el vestido negro. Tiró secamente y, sorprendido, escuchó como la prenda crujía espectacularmente al rasgarse y quedar inutilizada para cumplir la función de vestuario digno. Don Fulgencio se detuvo, observando como caía al suelo el ropa-

jerío de la buena señora, que se quedó en sus brazos únicamente con la parte inferior y superior de su ropa interior, o, mejor dicho, parte inferior y suprema de su ropa interior. Don Fulgencio escogió una nueva estratagema, consistente en dejarse caer sobre el sofá con el cuerpo de la infortunada en brazos, con lo que el esfuerzo sería considerablemente menor. Así lo hizo; se dejó caer sobre el sofá con el cuerpo de su paciente pegado al suyo, de tal suerte, que cuando aterrizó en el sofá el cuerpo de don Fulgencio era el que estaba debajo. En ese momento, y tras un espeluznante fragor intestinal que hizo pensar a don Fulgencio que había ocasionado un nuevo desperfecto en el vestuario de la dama, eclosionó el incontinente ano de la misma, dejando su muy pestilentísimo contenido caer gravitatoriamente hacia el suelo. El único problema era que en el camino impregnó por completo los pantalones de don Fulgencio que, con un esfuerzo magno, consiguió ubicar a la gorda en el sofá. Hecho esto, observó el lamentable aspecto que ofrecía su arruinado traje; la chaqueta, que había sido depositada en el suelo, mostraba las huellas de varios pisotones dados por él mismo, y los pantalones eran como un tormentoso valle por el que bajaban las aguas enlodadas hasta el mar —en este caso el suelo—, amen de la terrible y venenosa pestilencia que de ellos emanaba, y que hacía que se le saltasen las lágrimas a don Fulgencio. Ante su situación, nada digna, y con el convencimiento de que si seguía respirando aquella atmósfera sin duda perecería, don Fulgencio se despojó de sus contaminados pantalones dejándolos en una silla. Como quiera que esto tampoco fue

suficiente para desterrar el hedor que hacía que el aire del despacho hubiese llegado al límite de la respirabilidad, y temiendo seriamente por su subsistencia, don Fulgencio, con la ansiedad de sobrevivir, abrió la ventana de par en par en busca de oxígeno no viciado. Estuvo unos segundos reconfortándose, pero cuando volvió la espalda y se alejó del tonificante aire fresco, sintió como si el furor de los infiernos se apoderase de nuevo de su pituitaria, impidiéndole respirar con facilidad. En desesperada acción, don Fulgencio arrojó sus contaminados pantalones por la ventana, consiguiendo una parcial mejoría del ambiente; parcial porque aún en la estancia permanecían elementos por sí solos capaces de contaminar volúmenes tres o cuatro veces superiores. Consciente del peligro que corría, y comprendiendo que salir al pasillo podría suponer un error de bulto, don Fulgencio se acercó a la mujer y aferrándose a sus bragas, empezó a quitárselas con el objeto de alejarlas cuanto antes de sí.

José Furriel y Tere salieron del laboratorio armados de sendos cuchillos con destino al despacho de don Fulgencio. Tere estaba realmente preocupada por su compañero. Si alguien se lo había cargado no sabía contra quién conspiraría ella a partir de ahora. Además, Fulgencio tampoco era tan mala persona, solamente un poco —bastante— burro. A José Furriel, por su parte, le importaba una higa lo que el destino le hubiese querido deparar al loco de don Fulgencio, que no era objeto precisamente de su veneración.

Lo que le preocupaba era la actividad desplegada por Tere y más aún que le hubiese escogido de ayudante, función de la que planeaba desertar a la menor oportunidad que se le brindase.

Ambos estaban ya pegados a la puerta del despacho de don Fulgencio. Tere había aplicado la oreja en busca de algún ruido esclarecedor, cuando escuchó como dentro del despacho alguien hacía un esfuerzo considerable a juzgar por la magnitud de los resoplidos que podían escucharse. Tere se volvió a José.

—José, tenemos problemas.

—¿Cuáles?

—El asesino está aún ahí dentro.

—Pero ¿Qué asesino? ¡Qué empeño! Aquí nadie ha matado a nadie, te lo digo yo.

—No son esos los indicios que tenemos. Escucha.

José escuchó, advirtiendo los mismos sonidos que Tere ya había detectado. Juzgó que, desde luego, si no había habido ningún asesinato, algo raro ocurría en aquel despacho.

—¡Qué horror! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó nerviosa Tere dándole un pellizco en el brazo.

—Ahí dentro hay un animal. Y muy grande.

—¿Qué dices?

—Sí. Resopla como un hipopótamo salvaje.

—¡Va, abre!

—Sí, hombre ¿Y si me ataca?

—Haremos una cosa: abriremos de par en par, y si vemos algo peligroso cerramos inmediatamente ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo José mordiendo el cuchillo como, pensaba él, lo hacían los boinas verdes.

Dicho esto, giraron el picaporte silenciosamente hasta que la puerta estuvo abierta por completo. Lo que vieron les dejó sencillamente perplejos y espantados. Don Fulgencio estaba desnudo, con los genitales saliendo por la abertura de sus calzoncillos, arrebatándole las bragas a una pobre mujer, a la que sin duda había matado o dejado sin sentido, con evidentes intenciones de cohabitar con ella sin su consentimiento, que lógicamente no estaba en condiciones de conceder. Tere observó la torva mirada de don Fulgencio, la animosidad violenta que sin duda encerraba su rostro y sobre todo observó la turbulencia del acto que se proponía efectuar y, blandiendo el cuchillo que portaba, se lo lanzó al tiempo que le profería una imprecación. La daga pasó rozando la nalga derecha de don Fulgencio, de modo que le abrió una pequeña incisión no muy profunda, pero que sangraba abundantemente, y luego fue a salir por la ventana en dirección al jardín.

—¡Mala puta! —Exclamó don Fulgencio llevándose una mano al glúteo herido y dirigiéndose hacia la puerta con una cara de energúmeno que hizo salir corriendo a Furriel y a Tere despavoridos, no sin antes cerrar de un portazo la guarida del desequilibrado Fulgencio.

Chispa se introdujo en el edificio por la puerta principal, y nada más entrar advirtió como allí dentro había más gente de la que le estaba permitido tolerar. Como un rayo subió a la primera planta, que era de donde surgía la sinfonía de olores que más le atrajo y, una vez allí, vio como, al fondo de un pasillo, Furriel y Tere corrían hacia ella amenazantemente. Chispa salió a su encuentro mostrándoles su robusta dentición, lo que hizo que sus enemigos se encerrasen en el despacho de Jaime Bobo aterrorizados. Chispa notó como la puerta del despacho del que parecían provenir se entreabría, lanzándose rápidamente hacia allí.

Don Fulgencio sintió la cuchillada en su glúteo y, furioso, se lanzó hacia la puerta desde donde aquella loca, que sin duda había perdido la poca cordura que conservaba, le había lanzado un cuchillo. Vio como iba acompañada por alguien a quien fue incapaz de identificar, y como le cerraron la puerta para impedir que descargase su furia sobre sus personas. Pero estaban listos si pensaban que se iban a ir así, tan fácilmente, de rositas. Don Fulgencio abrió vigorosamente la puerta y se percató de que su misión vengadora iba a ser algo más ardua de concluir de lo que él había pensado en principio. Frente a él, y en actitud preocupantemente amenazadora, había un hermoso ejemplar de pastor alemán gruñéndole y mostrándole una exposición de dientes y colmillos, capaz cada uno de ellos de ocasionarle desperfectos suficientes como para plantearse la inconveniencia de insistir en su agre-

sivo plan inicial. Don Fulgencio cerró la puerta como una centella y pensó en mantener la cobertura firme, al menos mientras siguiese en el pasillo aquella fábrica de traumatismos.

Micci había escuchado ruidos extraños en la planta mientras martirizaba el ordenador. Suspendió su actividad por un momento y salió al pasillo a indagar la causa de la batalla que parecía librarse fuera. En ese momento retrocedió despavorido, perseguido por Chispa, que ya estaba harta de perseguir desconocidos y de no haber conseguido aún hincar colmillo. Federico se subió en la mesa del ordenador no sin antes pisotear el teclado, con lo que terminó de redondear el despropósito informático que había comenzado una hora antes. Chispa ya tenía cuatro intrusos a los que vigilar en un circunscrito espacio y a buen seguro que los mantendría a raya. Se acercó al rellano y allí olió a Onofre, que estaba parálítico junto a la ventana. Chispa se acercó y olisqueó las piernas de Onofre juzgando que su olfato, por una vez, le había engañado y se encontraba junto a un extraño vegetal. Pensado esto, aprovechó la ocasión para marcar su territorio dejando una caudalosa meada en las piernas de Onofre, que permanecía insensible a cuanto sucedía. Chispa siguió su ronda vigilante por la planta y el teléfono de Onofre comenzó a sonar.

—Consejería de Salud, dígame —contestó Onofre tras la octava llamada.

—Onofre, soy yo de nuevo —informó don Fulgencio— ¿Ha avisado usted a Escudero?

—Sí —mintió—, pero no contestaba.

—Bueno, pues insista y cuando estén ustedes dispuestos para salir, me llama por teléfono. ¡Ah!, y traiga unas gasas limpias —y colgó.

Onofre vio cómo escaquearse estaba dificultoso y concluyó que no había más remedio que hacer lo indicado. Descolgó de nuevo y llamó a Ricardo Escudero.

Ricardo Escudero se despertó de su sueño matutino y acudió a la mesa de Micci, que estaba vacía. Allí se dispuso a conversar con la doctora Antolín.

—¿Y Federico?

—En el ordenador.

—¿Qué estará haciendo este tío en el ordenador? Cada dos por tres se va al ordenador.

—No sé —contestó Antolín escuetamente para no dar pie a la narración de una ristra de batallas.

Ricardo Escudero vio que Maribel Antolín no estaba dispuesta a brindarle la más mínima oportunidad y, sin importarle, comenzó una larga disertación acerca de su relación con las meretrices de Pigalle durante su temporada estudiantil en París, su aventurero viaje de Sevilla a Oviedo en una moto Lambretta por caminos de cabras —no como los de ahora— en el año 1954, o los beneficios culinarios que obtuvo de una bella relación que mantuvo con una

existencialista en la Francia de 1968. La doctora Antolín creía que le iba a estallar el cerebro cuando sonó salvadoramente el teléfono de Escudero.

—Diga.

—¿Señor Escudero?

—Sí, sí, diga ¿Quién es?

—Soy yo —informó Onofre considerando que decir yo era mucho menos trabajoso que decir Onofre.

—¿Y, quién es yo?

—Pues yo —a Onofre le parecía tan evidente que él era él que pensó que Ricardo Escudero era un retrasado mental.

—Joder —maldijo Ricardo convencido de estar hablando con un besugo navideño—, usted lo que es, es un gilipollas —y colgó.

Onofre, sorprendido, analizó la situación durante unos segundos, llegando a la conclusión de que el veterinario había llegado al culmen de la demencia. No saber que uno es uno era algo que se escapaba de las estrechas coordenadas del cerebro de celulosa de Onofre, que si algo tenía claro era que él era él y que, por tanto, si le preguntaban quién era lo evidente era decir yo, pues Onofre no era más que un patronímico que la necesidad, para él dudosa, de comunicarse con la gente imponía usar. Además, su nombre era para que lo usasen los demás pero no él. Para Onofre él era yo y no Onofre. Eso lo sería para los demás. Este razonamiento para él era tan evidente como que el sol existía, y que el sol existía era algo que él sabía bien. Onofre marcó el número

de Escudero seis veces más, manteniendo conversaciones parecidas a la primera en las seis ocasiones, lo que propició que Ricardo estuviese a punto para una crisis cardíaca. Después marcó el teléfono de don Fulgencio.

—Diga —vociferó don Fulgencio.

—Don Fulgencio, soy yo, que he llamado a Escudero y no me conoce.

—¿Qué dice? ¿Que no le conoce?

—Sí está muy raro, no me conoce.

—Pero, vamos a ver: ¿Usted le ha dicho para qué le llama?

—No, no me ha dado lugar, cuando le llamo empieza a preguntarme que quién soy yo, yo le contesto y después me cuelga.

—Es extraño desde luego. ¿Porqué no va a decírselo en persona?

—Es que se pone muy agresivo, don Fulgencio.

—Bien, bien, ya le llamaré yo, no se preocupe.

Ricardo Escudero estaba furioso con el bromista que le había llamado ya siete veces por teléfono. La voz que oía le resultaba familiar, por lo que sospechaba que alguien de la casa intentaba tomarle el pelo, lo que le molestaba bastante.

—¡Me cago en la puñeta! ¿Quién será el memo que está llamándome por teléfono?, como lo pille se va a enterar, no sé a cuento de qué cojones viene gastar estas bromas tan tontas. Todavía no sé quién es pero cuando lo averigüe...

En ese momento volvió a sonar el teléfono, sobre el que se abalanzó Ricardo no dando tiempo a que sonase por segunda vez.

—¡Memo de mierda! —espetó echando un espumarajo de color verde por la comisura izquierda de los labios—, dime quién eres para saber a quién he de hacer comerse el teléfono.

—Ricardo, ¿qué le pasa, hombre?

—Que estoy hasta las pelotas de oír tu despreciable voz, so capullo, porque eso es lo que eres; un capullo —subrayó Ricardo satisfecho de la rotundidad y precisión del epíteto con el que acababa de adornar al anónimo y molesto bromista.

—Pero Ricardo ¿qué está usted diciendo?

—Pero vamos a ver ¿quién demonios eres tú?

—Don Fulgencio Bigeriego Garcés —dijo solemne el desnudo funcionario.

—Em... er... ¿Y qué quería?

—Ir al Restaurante El Pimpollo.

—Pues ese restaurante —dijo Ricardo confundiendo de medio a medio las intenciones de don Fulgencio—, la verdad es que no lo conozco muy bien. Alguna vez he estado, pero al cocinero no me lo han presentado nunca y, sinceramente, creo que en Mallorca hay otros restaurantes a los que ir con plenas garantías de degustar un opíparo almuerzo, junto a una sicalíptica libación de los caldos más preciados.

—No quiero ir a comer, Ricardo.

—Ah, ¿no? —preguntó Ricardo, curioso por saber que otra cosa se podría hacer en un restaurante que no fuese nutrirse a conciencia.

—No. Vamos de inspección, usted y yo. A trabajar.

Ricardo entró en estado precomatoso al escuchar la nada airada proposición de don Fulgencio. ¡Ir de inspección y con Bigeriego! Aquello era motivo más que justificado como para plantearse la posibilidad del suicidio. Desplomándose en una silla, con sudores fríos y sin acertar a hablar en unos segundos que parecieron eternos, Ricardo preguntó:

—¿Usted y yo?

—Y Onofre —remató don Fulgencio—. Dentro de diez minutos salimos. Vaya usted bajando.

Ricardo se quedó con el teléfono pegado a la oreja varios minutos después de que don Fulgencio colgase. Su rostro había experimentado diferentes coloraciones que, desde la posición de Maribel Antolín, despedían bellos reflejos iridiscentes hasta acabar en un precioso y neto tono morado.

—Ricardo ¡Qué cosas más bonitas haces! —admiró.

El veterinario tardó aún unos segundos en acoplarse a la nada halagüeña perspectiva que el destino le acababa de deparar. Sobrepuesto, comprendió que los malos tragos cuanto antes se pasasen menos penosos serían, y se dispuso a emprender la tarea encomendada. Transmitió la mala noticia a sus compañeras, que comprendieron la magnitud del trance que se veía obligado a

afrontar y, cogiendo un talonario de actas, se encaminó hacia la escalera con el aire más digno que sus sentimientos permitían.

Chispa, aún acalorada por las persecuciones que sin éxito había emprendido en los últimos minutos, inició una exploración hacia el piso superior, dando por controlados los acontecimientos de la primera planta a juzgar por los aullidos de pánico que provenían de ella. Una vez junto a la puerta de Inspección comprobó como allí también había intrusos, y muchos. Cuando se encontraba al acecho de cualquier contingencia adversa que resolver, con sus aún inactivos colmillos, se abrió una puerta por la que vio salir a Ricardo con sus ánimos aún por recomponer. Todo lo quietamente que su condición animal le permitió, se acercó a su presa hasta que para ésta fue inevitable esquivar el mordisco que la fiera le propinó en la americana, a la altura de la manga, arruinándola. Ricardo, a la vista de que los hados no parecían serle mínimamente propicios, decidió pasar de la resistencia pasiva, profusamente ejercitada en sus años universitarios, a la revolución contracultural, que practicó con denuedo en el mayo francés. Dio media vuelta sobre sus pasos, cerrando la puerta justo a tiempo de impedir que sus pantalones sufriesen un daño irreparable semejante al de su americana, y gritando ¡Ahora verás perra canalla!, abrió un armario del que nerviosamente extrajo un fusil de aire comprimido con el que pensaba solucionar el contratiempo. Examinó el arma e introdujo en la recámara unos dardos somnífe-

ros en los que introdujo anestésico suficiente como para dormir a una recua numerosa de asnos adultos.

Chispa, que, aunque perra, tenía una inteligencia cuando menos comparable a la de su amo, interpretó los amenazantes alaridos de Ricardo como dignos de ser tenidos en cuenta y, en consecuencia, huyó hacia el piso inferior, donde los acontecimientos habían sido bastante más bonancibles y aún se encontraban bajo su control.

Onofre había descendido a los garajes en busca de un vehículo apropiado aprovechando la ausencia de Chispa en la primera planta. Examinó los que había, que no eran muchos, y se decidió por el Renault 4 blanco. Había otros más potentes y seguros pero la lentitud del Renault era la que más se identificaba con su filosofía de vida, que sintonizaba casi plenamente —la de Onofre era aún más radical— con la del inmutable ser de Parménides de Elea, filósofo que habría sido feliz de haber contado entre sus discípulos con uno tan escrupulosamente práctico como era Onofre, para quien, por otro lado, ideas como el *laissez faire* y el *laissez passer* no eran más que llamamientos a la actividad convulsiva, de la que él era acérrimo enemigo. Encendió el motor del automóvil y se dirigió hasta la puerta del prehistórico edificio.

—¿Que le has tirado un cuchillo? —quiso saber Jaime Bobo cuando su amiga Tere le narró el episodio que junto con Furriel acababa de vivir.

—Es que tú no sabes lo que ha sucedido en el despacho de ese degenerado —dijo Tere subiéndose los pantys hasta la altura de las axilas.

—Mujer, por mucho que haya sudecido... zudesico... mmm... gñññ... sucedido.

—Es que ha sucedido mucho —dijo Tere mirando a su amigo con compasión a la vez que no entendía como un déficit intelectual tan notorio como el de Jaime podía pasar desapercibido con tanta facilidad—. Hemos encontrado a don Fulgencio en su despacho con una mujer desnuda a la que, sin duda, había sodomizado. ¿Verdad, Furriel?

—Hombre yo no sé. Desde luego algo raro pasaba. No podemos decir si la había sodomizado ya o se disponía a hacerlo.

—¡La había sodomizado ya porque la tenía muy pequeña!

Este comentario interesó sobremanera a Jaime, al que todo lo que se refería a atributos externos de masculinidad producía espasmos bioquímicos en su media docena de neuronas viables.

—¡Ah! —exclamó jubiloso—, pero ¿le habéis visto la...

—Sí, se la hemos visto —se apresuró a corroborar, pacata, Tere—. Y ahora no sé qué podemos hacer porque está francamente agresivo.

—¡Joder! ¿Cómo quieres que esté si le has hecho una raja nueva en el culo? —dijo Furriel entre risas.

—¡Jolines! —que era el exabrupto más impropio que a Tere le permitía su pasado de teresiana—, había que impedir de alguna forma que repitiera.

—Pues ahora a ver como vas a impedirlo, porque entre la perra del loco del Felipe y la ponzoña que debe tenerte reservada Fulgencio para cuando te eche el ojo... —le previno José.

—Algo habrá que pensar —dijo Tere acercándose a la ventana, desde la que vio a Onofre deteniendo el coche ante el edificio y al jardinero, que arreglaba unas petunias y espantaba a unas avispas que amenazaban un bello racimo de gladiolos.

## CAPÍTULO V.

Josefo era el jardinero. Era un hombre de edad media y de la Edad Media. Dado su aspecto —cuyas líneas maestras estaban marcadas por la faz harto tosca, el cabello dispuesto con un desmesurado flequillo de color rubio rabioso teñido, una tenue cordedad en el negro pelo de la nuca, y todo ello enfatizado por un chándal con los colores más apreciados por el movimiento hippie, unas zapatillas de deporte de color indeterminado y un transistor con el que, por medio de un auricular, escuchaba música de rock duro a todo volumen—, podría conceptuársele como el macarra patrón o el canon de la ordinariez. Se acercó con sus tijeras de podar para repasar el entretejido de hiedra de la pared posterior del edificio, con el que se disimulaban las peligrosas grietas que surcaban la superficie del, incomprensiblemente, firme muro. Al pronto, advirtió como su nervio olfatorio se negaba a continuar desempeñando su función dada la apestosa fragancia que le torturaba y que provenía vaya usted a saber de dónde. Fue corriendo a por un palo que fuese lo suficientemente largo como para permitir la búsqueda, recogida y destrucción de semejante amenaza, sin duda altamente nociva, sin que su salud se resintiese. Una vez provisto de lo que fue un zanco de la última procesión de gigan-

tes y cabezudos que por algún oscuro designio se encontraba en la vieja casa, volvió al lugar donde segundos antes se le habían saltado las lágrimas y en el que la hiedra —poco antes oronda— comenzaba a marchitar. Frenéticamente buscó por los alrededores hasta que al fin, bajo la ventana de don Fulgencio, que estaba entreabierta, vio unas telas sobre las que revoloteaban varios enjambres vecinos de ya obesas moscas. Empaló ambas telas y al separarlas del suelo comprobó como los tejidos en cuestión no eran otra cosa que unos pantalones grises de franela y una falda negra acrílica de los que goteaba un feo líquido marrón que constituía el primordial motivo de atención de la manada de gordas moscas, las cuales estaban a punto de perecer de un empacho. Estuvo pensando un rato qué hacer con aquello. Incluso pensó que podían ser de alguien. Aunque le extrañaba que alguien sintiese la pérdida de semejante asquerosidad. Decidió que lo más sensato era quemarlo en un lugar seguro y alejado de la parte noble de su jardín y se encaminó hacia un rincón del mismo donde sólo había un patio y una vieja higuera ya medio seca, que llevaba sin florecer ni dar fruto alguno hacía más de un lustro. Encendió unas cerillas que llevaba consigo y, espantado, vio como al acercar el fósforo encendido a las prendas, éstas se incendiaron al instante, originando una una portentosa llamarada que arruinó su rubio flequillo y carbonizó la milenaria higuera del patio. Aún aturdido escuchó un grito que provenía de la casa y, disimulando, se escabulló hacia un punto más discreto donde reparar, en lo po-

sible, los desperfectos que su incomparable flequillo acababa de sufrir.

Don Fulgencio, tras ordenar a Onofre que le esperase en la puerta acompañado de Escudero con el motor del coche encendido, se sumió en cavilaciones acerca de cuál sería el método más eficaz para salir de allí sin ser visto por la perra de Felipe. Después de la importante inspección que iba a realizar se proponía escarmentar a la maníaca de Tere con la misma moneda y dar su merecido al etílico conserje por soltar a su perra en el edificio. Concentró su atención en el problema que tenía planteado. Se asomó a la ventana analizando la altura que tenía e imaginando la proporción de la costalada que indudablemente se daría de efectuar la bajada por el método de caída libre, por lo que decidió no utilizar ese peligroso procedimiento. Además, allí abajo estaba Josefo, al que observó olisquear con el ceño fruncido y cayéndole lágrimas por las mejillas. ¿Qué le pasará a ese memo? se preguntó. Rebuscó en un fichero y, revolviendo, encontró una sábana que guardaba como recuerdo de una de sus más sonadas actuaciones; se trataba de una sábana de considerable tamaño en cuyo centro se abría un orificio de unos treinta y cinco centímetros de diámetro. El objeto de dicho orificio era preservar el algodón de la sábana de las impetuosas deposiciones de sus moradores durante la epidemia de cólera que en 1974 asoló la comarca, pero que don Fulgencio supo, o eso creía él, atajar. El caso fue que la epi-

demia colérica de marras fue tipificada por don Fulgencio como una salmonellosis liviana copiosa, añadiendo un nuevo término a la, ya prolija, jerga médica; y, en tamaña tesitura gloriosa, don Fulgencio diseñó lo que él bautizó como ajuar de Bigeriego, que no era otra cosa que la sábana que ahora tenía entre manos. El hecho fue que las deposiciones que salían de los maltrechos organismos de los afectados, atravesaban el ajuar de Bigeriego, cayendo generosamente en unas palanganas colocadas bajo el orificio al efecto. Estas palanganas eran vertidas sin más al alcantarillado público, que moría en la parte alta del río que atravesaba la urbe, lo que ocasionó que, mientras hubo enfermos en la parte alta de la ciudad utilizando el ajuar de Bigeriego, la epidemia fuese propagándose eficazmente. Aquel año fallecieron 417 ciudadanos de salmonellosis liviana copiosa, nueva enfermedad que don Fulgencio nunca alcanzó a comprender porqué no fue reconocida por la comunidad científica. El caso fue que a partir de aquella fecha su ya maltrecho prestigio descendió a velocidades supersónicas, hasta que arribó al momento en el que se encontraba allí con el ajuar de Bigeriego entre las manos, pesaroso por el uso que el destino deparaba a tan preciosa prenda. Don Fulgencio sujetó la sábana firmemente y comenzó a rasgarla en tiras, de forma que se fabricó una especie de liana por la que proyectaba descender al jardín, donde no había rastro de perra alguno ni se veía nada que le pudiera recordar a su denostada amiga María Teresa. Atenazó la ahora liana de Bigeriego y la anudó consistentemente al cerrado picaporte de la puerta, que era el punto de apoyo de mayor con-

sistencia. Se asomó de nuevo sin advertir que hubiese contingencia alguna que pudiese estorbarle; sólo el jardinero caminaba hacia un extremo del jardín con un largo palo de cuyo extremo colgaban unos pantalones y una falda. Miró los pantalones coligiendo que se trataba de los suyos. A punto estuvo de reclamárselos vigorosamente, pero se contuvo, dándolos por saludablemente perdidos. Volvió al interior para echar un último vistazo a la gorda, que aún yacía inconsciente y con las bragas a medio bajar. Recogió su pisoteada americana, su maltrecha corbata y, encaramándose a la ventana, comenzó a bajar, mediante lo que a don Fulgencio se le antojó grácil rappel. En aquel instante, del rincón del jardín surgió una colosal llamarada. Don Fulgencio, espantado, lanzó un alarido de terror a la vez que se desasía de la liana de Bigeriego. Estaba a cuatro metros largos del suelo del jardín, por lo que el impacto de su único glúteo sano contra el firme fue de cierta importancia. Don Fulgencio se levantó aturdido, dirigiendo su mirada hacia el lugar del que surgió el fuego. Atisbó con toda la minuciosidad que su desconcertado sistema nervioso le permitió, pero no halló nada. Ni siquiera se veía a Josefo, que seguramente habría perecido volatilizado entre aquel batiburrillo aún humeante. Don Fulgencio pensó que su deber era acudir al rincón para comprobar que no había tenido lugar ninguna desgracia personal.

Chispa estuvo acosando unos minutos a los intrusos del primer piso. Gruñó tres veces, ladró sobrecogedoramente un par y

babeó rabiosa otro poco hasta comprobar de nuevo que el asunto del primer piso no era previsible que se escapase a su control. Con estas reflexiones y, recordando el instinto de alerta que le produjo la actitud del mordido Ricardo en el piso superior, Chispa decidió efectuar una ronda de reconocimiento en el jardín, donde además le sería más sencillo adaptarse al medio en caso de que surgiese algún peligro. Salió al exterior y casi inmediatamente se alegró de haber tomado la decisión de examinar el jardín; a su pituitaria llegaban fragancias, no todas ellas provenientes de los estambres y pistilos del floreado entorno.

Julio acababa de enyesar la mano de Curro. Lo que más le extrañó fue el síndrome amnésico que presentaba el primitivo ordenanza. Cuando le preguntó como le había sucedido, éste le contó una insólita historia de un campo de batalla, un oficial demente y una supuesta manada de burros, que le pisotearon, produciéndole una múltiple fractura en los huesos metacarpianos de tres de sus dedos —y todo ello, dentro del edificio—. Julio aconsejó vivamente a Curro que no dejase de hacerse examinar por un psiquiatra antes de despedirle de su consulta de la planta baja. Una vez que el mastodóntico ordenanza se hubo marchado, comenzó a pensar que realmente en aquella casa cada día pasaban cosas más raras. Lo que le producía un escepticismo tan supino ante los acontecimientos, que llegó a temer que dicha actitud no fuese la que siempre había soñado al comienzo de su ejercicio profesional. Re-

cordaba sus tiempos amazónicos, donde era el único médico en una zona de veinticinco mil kilómetros cuadrados y, por tanto, era el responsable de toda posible contingencia que tuviera que ver cercana o remotamente con la salud de cualquier ser vivo, incluidos los vegetales, lo que en el futuro le fue de gran utilidad dado que Onofre era uno de sus pacientes más asiduos. Desde luego, aquella zona selvática siempre gozó —sin posibilidad de comparación alguna— de una salud comunitaria mucho más robusta que la urbe a la que actualmente, en teoría, protegían desde la decimonónica construcción. Recordaba y recordaba hasta que decidió que para esperar a que viniese a consultarle uno de los locos que habitualmente le visitaban —como el sordo completo que hacía unos minutos le discutió el criterio de que la profesión de afinador de pianos no era la más acorde con sus facultades—, mejor era ir a darse una vuelta y tomarse un café en alguna cafetería cercana donde tuvieran periódicos.

Josefo se encontraba agazapado tras un parterre cuando vio a don Fulgencio acudir hacia la maltrecha higuera. Temía que el descubrimiento del ígneo estropicio que involuntariamente había producido haría peligrar su empleo si don Fulgencio lograba relacionar con sus artes pirógenas la pérdida del milenario vegetal. Por ello, con todo primor, fue arrastrándose por el suelo estratégicamente hasta desaparecer del campo visual del penoso explorador. A Josefo sólo le importaba la conservación de su trabajo de

jardinero, por lo que el aspecto impúdico de don Fulgencio no le preocupó en absoluto, aunque sí llamó su atención. Una vez a salvo, se incorporó y se encaminó a la entrada del edificio donde vio a Onofre dormido dentro del Renault y a Chispa, que se cruzó con él, disparada en dirección a la higuera.

Don Fulgencio, una vez en el patio del rincón, silbó asombrado ante la humeante higuera. Pensó en lo insólito de las nuevas técnicas de jardinería desplegadas por Josefo. Estuvo unos segundos buscando los restos, sin duda incinerados, del jardinero, sin encontrarlos. Lo que sí vio fue la hebilla de su cinturón, que era lo único que quedaba del vestuario que poco antes había sido inhabilitado por su paciente gorda y diarreica. Comenzó a sentir un poco de frío, y en ese momento se le heló la sangre en las venas al escuchar, a su espalda, el gruñido salvaje que Chispa le estaba dedicando dos metros atrás.

—Perrito, perrito. Estate quieto, guapo —canturreaba a la perra, iniciando lentos movimientos—. Huy, pero que perrito más listo.

Chispa, que ya estaba decididamente harta de que todo el mundo se le escapase más o menos ileso, decidió poner todo su celo para impedir que su nueva presa se le escabuliese. Además no le gustaba un pimiento que le confundieran con un perro. Aquello la hería en lo más profundo —era una perra feminista y de ideas avanzadas—, y cada vez que oía el vocablo perrito surgir

de la boca de don Fulgencio algo le electrizaba el cuerpo desde la cola al hocico, moviéndole a demostrar su feminidad por medio del mejor método que conocía, que no era otro que rebanar a dentelladas el sucio trasero de su oponente.

—Ay ay ay. Que sí que eres un perrito listísimo, ¿eh?

Don Fulgencio dejó de canturrear y de moverse, pensando en la conveniencia de proseguir la huida desplegando mayor cantidad de energía, al observar con espanto los vidriosos y fieros ojos de Chispa y sus entreabiertas e inmejorablemente bien dotadas fauces, de las que goteaba abundante saliva espumosa. Además está rabioso, se dijo, y sin más cavilaciones comenzó su carrera en dirección a la entrada del edificio sin reparar en la inconveniencia del vestuario que portaba —o que no portaba— de cintura para abajo.

A Chispa tener que escuchar de la boca de aquel cretino que estaba rabioso —y esa o final contribuyó especialmente— terminó de sulfurarla por completo, emprendiendo veloz carrera tras don Fulgencio prometiéndose que aquella vez sería la definitiva y, o hundía sus colmillos en la parte de la anatomía de su presa que ya había escogido o perecería en el intento.

Ricardo bajaba por la escalera con su rifle bien cargado y amartillado, y con los bolsillos llenos de dardos anestésicos. Una vez en la primera planta fue explorando los distintos despachos como si de un miembro de los cuerpos especiales se tratase. Al

llegar al despacho de don Fulgencio dio una patada a la puerta, que cedió inmediatamente, mostrándole en el sofá a la gorda que en aquel momento parecía volver a entrar en contacto con el mundo exterior. Ricardo, al reconocerla, y sin importarle el penoso aspecto que lucía la desdichada, apuntó y, desde una distancia de un metro y medio, apretó al gatillo del arma, escupiendo ésta un dardo anestésico que se alojó en el glúteo de la gorda, donde progresó hasta encontrarse con el hueso iliaco, fisurándolo. La gorda, que tuvo un segundo de lucidez, no logró alcanzar a comprender en tan breve espacio de tiempo dónde radicaba la gracia del tratamiento, al parecer sistematizado, que en aquella casa administraban a los pacientes que acudían. Ricardo ubicó un nuevo dardo en el cargador y salió del despacho en busca de Chispa, dejando en el sofá a la mole durmiente. Dio unos pasos hasta escuchar tras una puerta la voz de Federico Micci que, aún histérico pues tenía fobia a los perros, demandaba a gritos auxilio y defensa.

—¡Que me muerde! ¡qué me ataca! ¡Socorro! ¡Auxilio!

Ricardo, entendiendo que su amigo estaba a punto de perecer ante los colmillos de la fiera y considerando que posiblemente él fuese la única persona capaz de salvarle la vida, optó por la espectacularidad y rapidez para no dar tiempo a la perra a actuar, dado que, al parecer, lo hacía y de qué forma. Saltó la cerradura de la puerta con una nueva coz —empezó a sorprenderse de la falta de consistencia de las cerraduras de la casa— y gritando ¡Banzaaaaiii!, cerró los ojos y disparó de nuevo hacia donde él su-

ponía que debía encontrarse el activo predador. Micci, estupefacto, miró con los ojos desorbitados a su compañero —que continuaba babeando—. Ri...car ...do..., acerto a decir antes de llevarse las manos al muslo herido y tocar el dardo justo antes de desplomarse al suelo, ya dormido, desde lo alto de la mesa donde estaba encaramado. Micci se abrió la cabeza con una brecha por la que manaba abundante sangre. Ricardo, sorprendido, se disculpó por lo ocurrido a su inerte compañero y antes de salir, con el rifle nueva y convenientemente cargado, apagó el ordenador rematando así el desastre informático que Micci había iniciado con singular éxito horas antes. Ricardo decidió bajar al jardín, donde desde el despacho de don Fulgencio le había parecido ver una especie de incendio. Aunque una perra era dudoso que produjese incendios —y su formación veterinaria así lo atestiguaba—, decidió que había posibilidades razonables de conseguir su objetivo en el jardín. Además en la puerta le estarían esperando don Fulgencio y Onofre para realizar la inspección de El Pimpollo ese de las narices. Al llegar a la puerta se encontró con Julio Guerrero que se disponía a salir a por su cafetito de media mañana.

—¿Has visto a una perra rondando, Julio?

—No —repuso Julio, que estaba atónito, no sólo por lo infrecuente de la pregunta, sino por el beligerante babeo del armado veterinario—. ¿Qué ocurre?

—Una perra, que ha entrado y se dedica a morder al personal. Creo que está rabiosa —dijo Ricardo echando un nuevo espumara-

jo verde por la boca—. Voy a ver si la duermo para sacarle el cerebro.

Julio, horrorizado, sospechó que si bien la perra no podía asegurarse que tuviese la enfermedad de Pasteur, lo que sí podía suponerse sin temor a errar era que Ricardo Escudero padecía un estado avanzado de ese mismo mal, por lo que le pidió que le esperase un momento para acompañarle en la cacería. Julio volvió a su consulta y al minuto regresó aprovisionado de dos voluminosas agujas hipodérmicas con sus correspondientes jeringuillas; una con la vacuna antirrábica y otra con una dosis generosa de gammaglobulina antitetánica.

—¿A dónde vas con eso? —preguntó Ricardo, pensando que el destinatario era Chispa—, si me la voy a cepillar en cuanto la duerma.

Julio, haciendo válido el dicho espectacular de la mano es más rápida que la vista, inyectó el contenido de ambas jeringuillas en la espalda de Escudero que, furioso por lo que consideraba una traición, encañonó a Julio, que se libró del dardo por cuestión de milímetros. Julio salió huyendo en dirección a la calle. Escudero, aún más dolido por la traición que por los pinchazos, abrió la puerta del edificio para perseguir a Julio. Pero al momento se detuvo, volviendo a su inicial objetivo. Cargó por cuarta vez el rifle de aire comprimido con un nuevo dardo tan bien dotado como los anteriores. Entonces escuchó un griterío que le puso al acecho.

—¡Socorro, que me muerde! —chillaba erróneamente don Fulgencio, dado que Chispa ya le estaba mordiendo—. ¡Que alguien me ayude!

Chispa había alcanzado a don Fulgencio y realmente ya no le perseguía sino que, habiendo alcanzado con sus colmillos los transitados glúteos de don Fulgencio, iba colgada de él. Realmente mucho más cómodo morder que correr —pensaba Chispa—. En ese momento, por el rabillo de su ojo, advirtió como Ricardo había tomado posiciones y le apuntaba desde la entrada de la Consejería con un fusil del que ella ignoraba el cargamento. Decidió soltar su presa y huir a un lugar menos peligroso, cuando notó un varetazo en su espalda.

Josefo vio como pasaba don Fulgencio con Chispa colgada de lo que quedaba de sus nalgas. Pensando en el episodio de la higuera e ignorando si don Fulgencio le había visto o no, decidió acudir a socorrerle. Agarrando una vara de caña que usaba como palo de un escobón, persiguió a la pareja y cuando estuvo suficientemente cerca descargó con fuerza la vara sobre el lomo de Chispa, alcanzándola a la tercera, después de haber flagelado por error en dos oportunidades a don Fulgencio. Chispa soltó su presa y se encaró a Josefo, que se disponía a propinar a la perra un segundo varetazo cuando sintió un pinchazo en el omóplato y, prácticamente de inmediato, notó como le fallaban las piernas y se derrumbaba en el suelo con un sueño irreprimible.

Chispa miró agradecida a Ricardo cuando comprobó que no le disparaba a ella, sino que estaba de su parte. Cuando recibió el varetazo en su lomo y encaró a aquel macarra de rubio flequillo chamuscado, vio como éste se desplomaba justo antes de varearla por segunda vez al ser alcanzado por un disparo de su eficaz aliado. Emocionada, pensó en cuán injusta había sido con Ricardo en el piso segundo cuando le persiguió y le mordió. Comprobar que tenía un aliado infundió a la perra nuevos ánimos y, observando el ya desnudo y ensangrentado culo de don Fulgencio, decidió rematar la faena, pero una vez más, cuando se disponía a abrir su boca para abarcar el preciado manjar, escuchó un plop y vio desplomarse a don Fulgencio dormido completamente en el interior del automóvil.

—¡Pécora inmunda! —vociferaba Ricardo tras dormir a don Fulgencio y comprobar como Chispa huía hacia la calle justo antes de que le diese tiempo de recargar el fusil—. Ya verás cuando te pille. Vamos a comernos tus sesos rebozados.

Este último comentario consiguió que Jaime Bobo, que había observado todo desde su ventana, vomitase caudalosa y espectacularmente desde el primer piso, provocando las delicias de un fotógrafo de prensa del lugar que obtuvo varias instantáneas del evento, las cuales saldrían publicadas en un diario local de gran tirada a la mañana siguiente bajo el epígrafe Política Sanitaria de Puertas Abiertas.

—Jaime, por Dios —dijo Tere, acercándose a la ventana para socorrer a su amigo así como para tomar una bocanada de aire algo más fresco que le ayudase a contener las náuseas que, sin duda, le asaltarían tras la visión de la superproducción gástrica de Bobo—. Te encuentras ya mejor ¿Verdad?

Por toda contestación Jaime exhaló un regüeldo con sabor a café que reclamó la atención de los viandantes de dos manzanas alrededor y provocó la prematura caída de las hojas de un álamo que orgullosamente se levantaba ante el edificio de una Caja de Ahorros, a unos cincuenta metros de allí. Tere, aturdida, se preguntó por un momento si la profusión cuantitativa de las flatulencias de su amigo podría catalogarse como excedente a la de decibelios permitidos por la legislación dentro del medio urbano.

Onofre, que soñaba con un maravilloso festín a base de minerales y aguas cálidas sorbidos por sus raíces de la capa freática terrena, despertó de su botánico onirismo dando por seguro que había oído barritar a un animal adulto de gran tamaño a pocos metros de donde se encontraba. Al desviar su atención hacia el lugar desde el que le pareció escuchar aquella especie de mugido superlativo sólo vio al pobre Jaime, medio colgado del poyete de una de las ventanas, con la lengua fuera y con una coloración verde botella francamente llamativa. Ricardo, que ignoraba las consecuencias de su gastronómico comentario, se refugió momentáneamente en el interior del edificio pensando que era atacado por alguna bestia mitológica, pues él no conocía especie alguna que volase y expeliese semejante profusión de ondas sónicas. Cargó

el fusil y salió de nuevo apuntando el arma hacia arriba sin encontrar otra cosa que el tono verdoso del rostro del doctor Bobo asomado a una de las ventanas de la sucia y ajada pared maestra de ladrillo. Tentado estuvo Ricardo de disparar y de paso terminar con aquella interminable fuente de estulticia, pero consiguió contenerse tras una fugaz reflexión. Se encaminó al automóvil y, tras introducir en la parte trasera los pies de don Fulgencio —que roncaba en lícita lid con los regüeldos de Jaime—, cerró la puerta posterior y se acomodó en el asiento anterior junto a Onofre, que lo miraba como si fuese un bicho raro.

—¿Qué miras? —se interesó.

—Nada —informó Onofre, que realmente no miraba nada, pues Onofre normalmente no miraba, veía.

—Pues vayámonos, que hay trabajo —dijo Ricardo ajustándose el cinturón de seguridad.

—¿Y qué hacemos con ése? —dijo Onofre, señalando con el pulgar hacia el asiento trasero.

—Le llevaremos, ya se despertará —y mirando a don Fulgencio, reflexionó—. Lo que no sé es qué demontres hace este tío sin pantalones y corriendo por el jardín delante de la perra de Felipe.

Onofre arrancó.

## CAPÍTULO VI

Tere miraba con compasión a Jaime. Su aspecto era realmente penoso. Tenía los pelos como si, en varios meses, tipo alguno de jabón hubiese entrado en contacto con ellos, como así era. Su faz, demudada, aún mostraba las huellas del espasmódico proceso que su estómago acababa de experimentar. Aún Jaime notaba que su interior experimentaba un preocupante movimiento.

—Ven, amigo mío. Toma asiento —dijo Tere, tomando suavemente a Jaime del brazo y acercándolo a su silla—. Dejaremos la ventana abierta para que te dé el aire ¿Quieres?

Jaime sólo hacía movimientos aprobatorios con la cabeza. En lo que a él respectaba, podían hacerle lo que quisieran. Una avenida populosa en un desfile de caballos y su tubo digestivo al completo eran las dos cosas que para el médico en aquel momento guardaban mayor número de semejanzas. En lo que concernía a tomar asiento, no estaba seguro de que su estómago pudiese tomar nada en absoluto, pero lo que sí le apetecía era sentarse.

—Hale, hale ¿A que ya te vas encontrando mejor? —dijo Tere dejando a su amigo acomodado y sentándose ella en otra silla, frente a él.

Entonces fue cuando consideró los acontecimientos que habían tenido lugar aquella tortuosa mañana y el espectáculo que

acababa de tener lugar en el jardín. Le extrañaba, aunque le creía capaz de todo, la conducta de Fulgencio. De Escudero podía esperarse cualquier cosa. También estaba aquel perro pastor que había atemorizado a la mitad del personal de la casa. Pero lo que una y otra vez volvía a su cerebro era la imagen de Fulgencio en su despacho con aquella pobre mujer, a punto de hacerle o después de haberle hecho cualquier aberración. Y después estaba la cara de esquizofrénico peligroso que Fulgencio le había dedicado especialmente cuando irrumpió junto con Furriel en el despacho. En fin, no entendía porqué Fulgencio salía a la calle desnudo, no entendía nada. Un nuevo eructo de Jaime, éste de dimensiones más racionales, aunque potente, la sacó de sus abstracciones.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí —acertó a decir con ronca voz.

—Oye, Jaime, tú ¿te has fijado en cómo iba Fulgencio?

—Sí.

—Y, ¿te ha parecido normal?

—No.

Tere empezaba a lamentar encontrarse en aquel despacho, conversando con un poste, con un poste lerdo.

—No sé si ir a mirar en el despacho de Fulgencio por si aún está aquella mujer desdichada.

Jaime comprendía a duras penas lo que sucedía pero estaba dispuesto a dar siempre la razón a Tere y a apoyar sus iniciativas. Después de todo era la jefa.

Onofre metió la directa cuando aún, en medio de la ciudad, camino de El Arenal, circulaba a veinticinco kilómetros por hora. El mismísimo ingeniero jefe de la fábrica de Renault habría quedado gratamente sorprendido de la fiabilidad mecánica de los automóviles por él supervisados. En realidad, era absolutamente insólito que el coche, sometido al largo y continuado martirio que le administraba Onofre con asiduidad, aún se moviese por las calles, carreteras y caminos sin perder piezas importantes y voluminosas en cada trayecto. Las reverberaciones que resultaban de la ilógica forma de conducir de Onofre hubieran sido suficientes como para que, en el caso de experimentarlas, un piloto de aviación tuviese la seguridad de haber atravesado la barrera del sonido con el correspondiente estampido. Para Onofre los automóviles únicamente tenían dos marchas: una hacia delante y otra hacia atrás, la única particularidad consistía en que para llegar a la primera de ellas había que pasar la palanca de cambio por otras posiciones cuya función Onofre ignoraba.

Ricardo asumía su papel de salvador con porte envidiable. Por la ventanilla hacía surgir desafiante el cañón de su fusil con el que tantas desdichas acababa de propiciar. En el asiento trasero, don Fulgencio, ajeno al mundo, roncaba con gran estruendo.

—Coño, no se distingue bien cuál es el ruido del motor y cuál es el de los ronquidos de don Fulgencio —rió Ricardo.

—Juá Juá —rió estúpidamente Onofre, proyectando el bigote hacia delante y mostrando al mundo una fila de descuidados dientes superiores.

—Onofre, ¿sabes dónde está el restaurante al que tenemos que ir?

—Sí, más o menos —mintió Onofre, que sabía perfectamente dónde se encontraba.

—¿Tú sabes por qué don Fulgencio tiene tanto empeño en que vayamos a este restaurante?

—La verdad es que no lo sé —dijo Onofre que, aunque lo ignoraba, sospechaba los motivos del viaje.

—Habrá sido una denuncia —Dijo Ricardo, pensando en voz alta.

Continuaron el viaje apaciblemente, y el grado de apacibilidad cuando Onofre estaba al volante era superlativo. Ricardo comenzó a pensar en el estado en el que se encontraba la gorda cuando le disparó el dardo en el despacho de don Fulgencio, y en el aspecto que ofrecía éste en el asiento posterior. Ignoraba el porqué don Fulgencio circulaba con tan espurio vestuario, pero al recordar a la gorda comenzó a atar cabos o al menos eso creyó Ricardo.

—Bribón —dijo en alta voz sin que Onofre se interesase lo más mínimo por el motivo del comentario.

Pasados unos minutos, estimulado por el susurrante ruido que conseguía sacar Onofre del motor y animado por el concierto de placidez con que se producía don Fulgencio en el asiento posterior, Ricardo se quedó dormido.

En El Pimpollo la actividad era frenética. Habían recibido una llamada de su amigo Onofre en la que éste les alertaba sobre una inminente inspección en el restaurante. El local no se encontraba precisamente como los chorros del oro. Hacía unos días habían tenido un bautizo y llenaron el restaurante de paletos que dejaron el local bastante más sucio que normalmente y todavía no les había dado tiempo a limpiarlo todo. Ciertamente era que habitualmente el comedor y cocinas parecían una cochiguera, pero lo del día aquel era como si hubiese pasado la marabunta. Sobre todo aquella horrible gorda que se comió cuanto encontró a su paso y que casi les dejó sin existencias de repostería. El caso era que allí estaba todo el personal menos el repostero, que llevaba unos días enfermo, limpiando como descosidos. La cocina ya estaba más o menos —más bien menos— pasable. Las cámaras experimentaban un desorden caótico que lograron hacer progresar al grado de orden caótico. Eso sí, el comedor estaba quedando como un espejo.

—¡Rápido, rápido! —vociferaba nervioso el dueño a sus empleados— Que me ha dicho Onofre que están a punto de llegar.

—Hombre —le tranquilizó su cuñado, que tenía churretones y manchas en su vestuario, algunas procedentes de la Navidad de hacía tres años—, si conduce Onofre la verdad es que tenemos algo más de tiempo.

—Ya, ya. Pero de todas formas daos prisa que si no hoy nos empitonan.

Uno de los pinches, que había estado ordenando la cámara de los helados, recogió en una caja de cartón unas tres docenas de pasteles aparentemente apetitosos.

—¿Qué hago con esto? —preguntó al dueño.

El dueño miró el contenido de la caja y reflexionó. Aquellos eran los pasteles del bautizo que había generado tal proliferación de porquería en su local. Abrió con un cuchillo un buñuelo y vio como el color de la crema de su interior indicaba que el pastelito tenía toda la pinta de ser un formidable laxante. No le extrañaba que el motivo de la visita de Onofre y sus jefes fuese alguna denuncia formulada por alguno de los paletos del bautizo.

—Escóndelo en algún sitio donde nadie lo vea.

El pinche metió el cartón con los pasteles en uno de los cajones del repostero. Como éste no estaba, pensó el joven pinche, allí nadie se metería a husmear. Y hecho esto, marchó a la cocina a continuar su tarea.

Tere se encontraba a un paso de la puerta del despacho de don Fulgencio junto al maltrecho Jaime. Una vez ante ella, la abrió y asomó su cabeza al interior para ver si había alguien. Allí, en el sofá, estaba la gorda ofreciendo una estampa repulsiva. Tere se volvió hacia su amigo.

—Jaime —dijo—, creo que es mejor que vuelvas a tu despacho.

—¿Por qué? —planteó Jaime, cuya curiosidad morbosa le impedía marcharse como si tal cosa.

—Porque lo que hay aquí dentro puede afectarle de nuevo a tus tripas y porque lo digo yo que para eso soy la jefa.

—¡Ah!

Y Jaime, al que el último razonamiento había convencido, volvió grupas —nunca mejor dicho— encaminándose hacia su despacho. Tere se metió en el de don Fulgencio y observó. Se quedó pensando unos instantes. Un minuto después salía del despacho, que cerró con llave, y marchó hacia la calle, de la que volvió al cabo de no mucho tiempo cargada con un paquete, para introducirse con él, de nuevo, en el despacho de don Fulgencio.

Chispa, que se encontraba algo cansada por las últimas correrías y un poco perpleja debido a la cantidad de gente que había que vigilar —normalmente no había nadie—, se dirigió a El Próximo, donde había olfateado a su dueño. Felipe, que ya estaba ahíto de ginebra, llevaba un rato pensando en irse del bar, pero las dudas —más que razonables— que tenía sobre su capacidad de mantenerse vertical le habían impedido hasta entonces tomar determinación alguna. Estaba a punto de descender del taburete en el que se aposentaba, con grave peligro para su integridad física —la psíquica estaba completamente arruinada—, cuando vio a su perra que entraba en el bar y se dirigía hacia él. Apoyándose en Chispa, Felipe consiguió ponerse en pie. Con la ayuda de la perra

Felipe consiguió no caerse. Chispa estaba deseosa de contarle a su dueño las aventuras que acababa de vivir pero juzgó que éste no estaba para explicaciones.

En El Pimpollo acababan de dar por terminada la operación limpieza cuando uno de los camareros, que ejercía funciones de vigilancia, dio la alarma: El coche de la Consejería estaba aparcando en la puerta. Onofre, detenido el coche, salió sigilosamente de él para no despertar a sus transportados y fue hacia la puerta del establecimiento donde se encontraba el dueño esperándole.

—¿Ya está todo listo? —preguntó Onofre—, porque si no me llevo a estos otra vez a dar un paseo hasta que me digáis, porque están como dos marmotas.

—No, no hace falta. Ya nos hemos puesto hasta la ropa nueva. Ya podéis entrar.

Onofre volvió al interior del automóvil y una vez allí miró a su amigo guiñándole un ojo.

—Bueno —gritó— pues ya estamos aquí.

Ricardo, sobresaltado, se despertó y se desperezó mirando la fachada de El Pimpollo. Se volvió hacia don Fulgencio, que todavía dormía.

—Don Fulgencio —dijo también en alta voz y agitando al desnudo funcionario—, que ya hemos llegado.

Don Fulgencio emitió un gruñido.

—A éste no hay quien lo despierte. Mira, Onofre, vamos a dejarle aquí dentro y haremos la inspección tú y yo.

A Onofre, conocedor del rigor con el que se producía Escudero, aquello le pareció de perlas. Ágilmente, lo que dejó atónito a Ricardo, salió del coche y abrió el capó, del que extrajo una nevera portátil en la que introducir las posibles muestras que a Escudero se le ocurriese recoger. Cerraron el coche, dejando a don Fulgencio desnudo y roncando en su interior, y caminaron hacia la puerta del restaurante donde el dueño, que lucía esplendente con un atuendo desacostumbradamente impoluto, esperaba con una mirada adornada por la mejor de sus sonrisas al señor inspector Ricardo Escudero.

## CAPÍTULO VII

En el despacho de don Fulgencio, la hábil mano de Tere había producido algunos pequeños cambios. Mientras duraron sus rápidos eficientes movimientos Tere llegó a pensar en claudicar de la empresa que se había propuesto, pues el aroma que aún se podía saborear -más que oler- flotando en el ambiente estaba dotado de propiedades demoníacas. A tanto llegó el asunto que Tere consideró muy seriamente acudir a la búsqueda de su desgraciado enemigo y expresarle su más sincera comprensión para con su agresiva actitud. Según entendía Tere respirar aquella atmósfera podía generar indudablemente sentimientos agresivos incluso en personas dotadas de caracteres atemperados y éste no era precisamente el caso de Fulgencio. Superando toda tentación noble, Tere consiguió proseguir su labor hasta que el aspecto de la escena contuvo algunas modificaciones que podrían juzgarse de matiz, pero que se acoplaban perfectamente con las intenciones de la astuta funcionaria. La gorda fue aseada de forma que los restos de sus intempestivas deflagraciones rectales habían sido retirados y limpiados. Claro que después habían sido sustituidos por una unidad de sangre A+ procedente del banco de sangre del Hospital San Remigio Bendito de la Mano Santa, en el que Tere, como autoridad sanitaria local, podía entrar y salir a su antojo.

También Tere substituyó la ropa interior de la gorda inerte por otra idéntica pero con manchas de diferente procedencia a las originales e hizo lo mismo con la manchada alfombra. Le extrañó mucho la presencia del dardo anestésico alojado en el glúteo de la desdichada obesa; en un principio decidió dejarlo allí, aunque le costaba mucho relacionarlo con Fulgencio y más aún con la historia que pensaba construir. Por ello, al final, lo extrajo del corpachón de la mujer y se deshizo de él. Había trabajado como nunca lo había hecho en su vida y como muy posiblemente jamás lo haría, pero allí, cansada, Tere contemplaba su obra con satisfacción mientras se quitaba los guantes sanitarios con los que había llevado a efecto el trabajo. Si la escena que ella había presenciado aquella mañana era asquerosa, la que contemplaba ahora era horripilante. Cualquier testigo se horrorizaría ante semejante proliferación de violencia. Incluso la propia interesada se alarmaría ante la visión de sí misma, dolorida y ensangrentada, y seguro que, convenientemente informada, afirmaría como cierta la historia que Tere pensaba hacer prevalecer. Si Tere estaba decidida a algo era a no desaprovechar las oportunidades –pocas– que se le presentasen para obtener sus objetivos y aquélla era una oportunidad, algo enrevesada, pero oportunidad al fin y al cabo. Tras contemplar satisfecha el cuadro por ella misma compuesto, Tere se dedicó amorosamente a despertar a la gorda. La aplicó agua fría en los ojos, la abofeteó gentilmente en un principio sin ningún resultado, para hacerlo después tan ardorosamente que dos premolares de la obesa se partieron. Debió ser el frescor del agua, debió

ser el dolor producido por el estropicio dental, el caso es que Tere vio ilusionada como la gorda comenzaba a balbucear. Raudamente salió de la estancia, asegurándose de que nadie la veía y se dirigió al próximo despacho de Jaime. Necesitaba que alguien la acompañase para no ser ella el único testigo de los hechos que, debía quedar bien claro, había cometido Fulgencio. En el despacho de Jaime encontró a Francisca Ceballos que estaba entregada con Jaime al cotilleo vil.

-Oye, Jaime -interrumpió Tere celebrando íntimamente la presencia de Francisca Ceballos, que la miró recelosa-, estaba pensando en que deberíamos ir al despacho de Fulgencio a ver qué ha pasado con la señora gorda.

Jaime miró a Tere como si de un platillo volante se tratara, mientras metía en su fosa nasal izquierda dos falanges del dedo índice de la mano del mismo lado.

-Pero si antes he querido acompañarte y no me has dejado... ¡Huy que tonto! -chilló dementemente- ...digo... permitido.

Sus dos contertulias miraron a Jaime compasivamente y luego se dirigieron una mirada indicándose mutuamente que tuviesen paciencia con el doctor Bobo.

-Ya, pero, chico, al final me ha dado miedo y no me he atrevido a entrar sola -mintió Tere-.

-Y, ¿dónde estabas?, te he estado buscando porque, leyendo tu libro de epidemiología, he visto una cosa que no sé qué quiere decir -osó preguntar al tiempo que jugueteaba con algo redondo entre los dedos-.

-Y, ¿qué es? -dijo Tere, prefiriendo contestar la memez que pudiese preguntarle Jaime que explicar qué había estado haciendo durante los últimos treinta minutos.

Jaime pasó torpemente las hojas de un libro cuyas páginas había ya impregnado con sus babas -que se caían cuando leía algo que no comprendía, lo cual sucedía con frecuencia-.

-Mira -dijo señalando con el dedo una fórmula matemática circundada por lo que parecía ser el rastro de un caracol-, en este ejemplo pone uve 27 y no yo sé qué quiere decir uve 27.

Tere y Francisca Ceballos se acercaron al libro curiosas.

-Jaime, -dijo Tere, con suma paciencia- lo que pone es raíz cuadrada de 27.

-Pues yo no lo veo así -objetó Jaime, cuya ignorancia más que atrevida era audaz-. Además es muy raro que quiera decir lo que tú dices porque éste es un libro de Epidemiología, ¿entiendes?, E-pi-de-mio-lo-gía -silabeó- y no un libro de botánica o de jardinería. ¿Qué tendrán que ver las raíces con las sumas y las restas? Además la raíz de veintisiete... ¿de veintisiete qué? Y, por si fuera poco, raíz cuadrada. Ja, ja, ja, ¡cuadrada! ja, ja, ja. Vamos Tere, no me gastes bromas que no he nacido ayer.

Francisca Ceballos y Tere permanecían boquiabiertas ante la perorata de su amiga. Tere invirtió unos minutos en intentar esculpir en el berroqueño cerebro de Bobo algunos conceptos matemáticos básicos tales como uno más uno igual a dos, sin demasiado éxito, dándose por vencida al poco tiempo.

-Bueno, oye, me acompañáis al despacho de Fulgencio o no me acompañáis...-dijo con voz cansada.

-Te acompañamos -dijeron a la vez.

Tere encabezó la expedición. Una vez más ante el despacho de don Fulgencio, Tere decidió mostrarse temerosa.

-Por favor, entrar primero vosotros, que a mi me da verdadero pánico.

Francisca Ceballos, que no sabía gran cosa sobre lo sucedido, y cuya curiosidad iba pareja con el interés de Tere en no ser la descubridora de la escena, anunció su disposición a ser ella la valerosa pionera.

-Deja, déjame a mi.

Tere le cedió el paso gustosa. Al momento siguiente Francisca Ceballos profería un histérico chillido que puso los pelos de punta a Jaime, que a punto estuvo de emprender camino en dirección exactamente opuesta.

-¿Qué ocurre, Francisca? -dijo Tere, a la que había sorprendido sinceramente el alarido.

-Ahí dentro hay un cadáver -anunció ésta con la cara pálida como la de un tísico.

-¿Qué?

Jaime Bobo estaba a punto de comenzar a convulsionar. Tere, procurando no mostrar excesivo valor, se adentró en el despacho y cuando tuvo ante sí a la desdichada obesa ensayó un grito mo-

derado que le quedó bastante convincente. Acto seguido disimuló reparar en la cara de la gorda.

-No, no está muerta. Ha movido la cara

Jaime, que estaba fuera atemorizado, al oír que no había fiambre alguno avanzó pisoteando los pies de Francisca Ceballos.

-A ver, a ver.

La gorda estaba volviendo en sí. Notaba como su anatomía daba señales de haber sido atropellada por un tren de mercancías. La cara la tenía como un auténtico pimiento morrón, la cadera le dolía agudamente como resultado del pinchazo del dardo lanzado por Escudero, y aún sentía una desapacible sensación en el bajo vientre. Abrió los ojos y se quedó mirando los tres rostros que la observaban de arriba a abajo. No recordaba lo que le había sucedido. Sólo vagamente era consciente de que cualquier persona que encontrase dentro de aquel edificio era enemiga suya.

-¡No! Por favor no me peguen más -suplicó.

Tere tomó rápidamente, y como era en ella habitual, la voz cantante.

-¿Qué le ha ocurrido, querida?

-¡Que no me se acerque! -imploró la gorda, cubriéndose la cara con un paquidérmico brazo.

-Aquí sólo estamos para ayudarla.

-Ya, y unas puñetas -objetó la gorda, recelosa-, que aquí, en cuantico que una se descuida, la encaloman unas leches...

-Y ¿quién le ha agredido, mujer? -preguntó solícita Tere.

-Tó el mundo del chamizo este, ¡coña!

Tere estaba abochornada por el léxico tosco de su interrogada

-Pero ¿no recuerda a nadie en particular?

-¿Qué dice usted de matricular?

-No, le digo -aclaró Tere, armándose de paciencia- que si no recuerda qué hombre -puntualizó- le ha pegado de este modo.

-¡Ay, mujé...! Yo no lo sé eso. Pero m'han dejao p'al arrastre. ¡Jodó!. -dijo la gorda que empezaba a perder el temor a que volvieran a golpearla-. Es que, óiganme ustedes -miró con pena a las doctoras-; yo no sé que es lo que he podío jacer pa que me agriendan de este modo tan enolme...¡Ay, Dios mío! -chilló- ¡Ay, Madre del Amor hermoso! ¡Ay, San Juan Bendito! ¡Ay, San Pedro y San Andrés, Santos hermanos! ¡Ay...

-Y ¿cómo se llama usted, buena mujer? -atajó amablemente Tere, alarmada por el repaso del santoral que, a voz en grito, había iniciado la gorda.

-Ramona Galíndez Heredia, pa servirla a Dios y a usté, señorita...¡Ay, señoritas y señorito, que me encuentro mu malamente!, ¡que no sé lo que me pasa!, que me duelen los intistinos, y... ¿Dónde está mi ropa?! ¡Ladrones! ¡Creminales!. Y, ¡toa esta sangre! ¿de dónde ha salío? ¿qué m'han hecho?... Señoritas y señorito, ayúdenme, que mi Remigio me estozona. Ay, Ay, Ay.

Tere, que veía como Ramona iba entrando por los derroteros por ella diseñados, empezaba a respirar tranquila. Su plan hasta el momento iba sobre ruedas.

-No se preocupe, que le ayudaremos y encontraremos al que la ha violado -aventuró Tere, ante la alarmada mirada de sus Francisca y de Jaime- para que sea justamente castigado.

-Y, usted que tiene estudios señorita -dijo Ramona, ignorante de que los estudios a los que se refería eran famélicos-, ¿sabe quién m'ha podido hacer eso a mí?

-Señora -dijo solemnemente Tere-, tenemos un sospechoso, pero seguramente precisaremos de su ayuda para identificarlo.

-Sí señorita, que yo le ayudaré a usted, a la señorita y al señorito -señaló a Jaime y a Francisca, que estaban espantados- a identificarlo y a decirles quién es también.

-Pase, pase señor inspector -dijo el dueño de El Pimpollo ceremoniosamente- ¡Qué alegría verle por aquí!

-Buenos días -repuso muy engolado Escudero, que aún portaba sobre su hombro el rifle de aire comprimido.

Caminaron unos metros y ante ellos apareció la cocina de El Pimpollo que brillaba como un jaspe. Las cacerolas y sartenes despedían un brillo como jamás antes en su metálica y aceitosa vida. Los fogones tenían todas las salidas de gas perfectamente permeables cuando minutos antes, alguno de ellos, había estado obstruido por fragmentos de comidas ya pasadas de moda. Las mesas habían perdido varios milímetros de roña y vuelto a su altura primigenia. Las paredes habían tornado al albor de sus primeros días ante la sorpresa del dueño, que cuando compró el res-

taurante creyó que su color era amarillo. Ricardo, con una cara estiradamente circunspecta y adoptando un rictus de respetabilidad que sólo él sabía conseguir, husmeaba los rincones mascullando aprobaciones y pensando a la vez en cómo diablos encontraría algún fallo o algún desperfecto con los que poder chantajear al dueño y así obtener sus favores gastronómicos.

-Pues está todo muy bien. Así debía ser siempre -aprobó Ricardo, resignado a no sacar tajada.

El dueño malinterpretó el comentario de Ricardo, dando por descontado que había sido descubierto.

-Bueno..., casi siempre es así, se lo aseguro -se excusó, hablando de su restaurante.

-Vamos hombre, no me diga tonterías; casi nunca están así las cosas. Si lo sabré yo, que llevo veinte años en el oficio -insistió Ricardo, que se refería a la generalidad de cocinas por él inspeccionadas a lo largo de su carrera.

-Pues aunque usted no me crea, yo debo reiterar que casi siempre brilla la pulcritud y la limpieza.

-Ja, ja, ja -rió Ricardo en una forma que hizo interpretar al dueño del restaurante que su suerte estaba echada-. No crea que he nacido ayer y que soy tonto. La limpieza, en el caso que nos ocupa, es auténticamente excepcional.

Alarmado, el dueño, que estaba asombrado de la sagacidad preclara del veterinario, intentó arreglar la, a su juicio, perdida situación.

-Bueno..., por supuesto que usted puede venir a mi restaurante cuando quiera y con quien quiera; que siempre será bien recibido y atendido, aunque para ello tuviésemos que echar del restaurante al mismísimo Presidente del Gobierno.

Ricardo, perplejo, no comprendía donde radicaba la génesis de tal manifestación de sumisión por parte del dueño.

-Mire, le agradezco lo que me dice y acepto,... pero, ¿porqué me invita usted?

-Pues porque me ha caído usted bien, hombre -justificó el dueño que comenzaba a sudar profusamente dando ya por supuesto que también sería acusado de intentar sobornar a un funcionario público-.

-¡Ah bueno! Siendo así... La verdad es que tengo algo de sed, ya sabe; el viaje, el sol...¿verdad, Onofre?

Onofre asintió con los párpados.

-¿Le apetece una morcillita de Burgos?

-Hombre, siempre y cuando no suponga molestia, la verdad es que es un manjar muy apropiado... sobre todo acompañado por un buen tinto de Rioja como el que tiene usted en aquel bote-llero -matizó Ricardo, señalando una botella de Imperial de C.V.N.E. del año 1964 valorada en varios miles de pesetas.

-¡Oh!... esa botella... -balbuceó el dueño recordando el día en que adquirió aquella botella de excepcional marca y cosecha, pensando en el día de sus bodas de oro.

-Ésa... por poner un ejemplo -dijo maliciosamente Ricardo, que aunque no sabía porqué, advertía que el hombre intentaba comprar su benevolencia.

El buen hombre dio las órdenes oportunas de forma que a los diez minutos Ricardo y el despertado Onofre estaban ante una mesa opíparamente surtida y con la majestuosa botella vertiendo sus primeras lágrimas de rojo y brillante vino en la copa de Ricardo. Éste paladeó el cenital sabor del riojano caldo mientras el propietario miraba cómo su líquida ilusión se desvanecía por el gañote de aquel inspector pervertido. Onofre también lo probó ante la mirada angustiada de su amigo.

En la puerta de el Pimpollo, dentro del blanco Renault, don Fulgencio comenzaba a despertar del sueño producido por el dardo de Ricardo. Notaba como su trasero estaba esquilmado cual campo de batalla y a medida que volvía al mundo ésta sensación se hacía más notable. Unos metros detrás del automóvil había cuatro jóvenes de aspecto tenebroso; dos de ellos lucían unas crestas de variados colores coronando sus cráneos; los otros dos llevaban el cabello rapado y los cuatro habían salido de prisión hacía sólo algunos días.

-Titos -dijo el más fornido de los dos con cresta, que parecía ser el jefe-, o damos algún golpe o nos quedamos sin azuquiqui pa'l body, ¿vale?

-Que sí tío, que ya lo sabemos andoba -dijo uno de los calvos. Pero ya has visto a la pasma que últimamente está a la que salta y no hemos podido mercar ni un jodío peluco.

-Cojona, pues algo habrá que hacer, porque a mi está a punto de darme un monazo que no veas -informó el otro calvo, señalándose un brazo por el que discurría una vena con más vías de acceso que la autopista del Mediterráneo.

-Tío, tío -dijo el que quedaba-, mirad ahí -señaló el Renault en el que despertaba don Fulgencio-. Pero si además hay un tío dentro. Vamos p'allá, que seguro que sacamos algo.

Sin ninguna precaución y con profusión de risotadas, los punkis se aproximaron al coche convenientemente dotados de escandalosas armas blancas. El jefe rompió el cristal trasero de una pedrada que no descalabró a don Fulgencio de puro milagro e introdujo como pudo su encrestada cabeza a través del agujero practicado en el cristal. Examinó a don Fulgencio (quedando, por cierto, bastante perplejo) y le puso el cuchillo en el cuello.

-A ver gordo: o me sueltas la guita que lleves encima o te rajo el cuello y me llevo tu zanahoria para dársela a mi perro -amenazó, señalando el pene del desnudo don Fulgencio.

- Joven, aún estoy dormido -dijo don Fulgencio señalando el dardo de su trasero- y no se qué es lo que quiere usted.

-Coño, tío estiraos, que está muy claro: ¡que me des la guita, la pasta, las monises!

-Perdóneme, pero creo que la cartera la llevo en los pantalones.

-Pues busca los pantalones -dijo el punki, que perdía la paciencia poco a poco-.

-Es que me los ha quemado el jardinero.

-Ya, y ese dardo te lo ha clavao en el culo un veterinario que te ha confundido con un perro, ¿no?

-Exactamente.

El punki, fuera de sí, estrujó el cuello de don Fulgencio que comenzó a cambiar la tonalidad de su tez.

-Mira tío, o me sueltas la pasta ahora mismo o te saco las tripas para hacer chicharrones con ellas, ¿entendido?

-Sí, sí... -susurró don Fulgencio mientras registraba su americana, de cuyo bolsillo interior extrajo su cartera.

El Punki contó los billetes y, no satisfecho del todo, se volvió a don Fulgencio examinándole cuello, muñecas y manos.

-Y también nos llevamos el peluco -dijo, quitando a don Fulgencio el reloj después de haberle arrebatado una cadena de oro de la que colgaba el tampón de goma que usaba cuando era jefe de Sanidad. Y ahora el anillo, ¡vamos...! o te corto el dedo.

Don Fulgencio, entre atemorizado y aún dormido, se extrajo nerviosamente su anillo de bodas del dedo anular y se lo tendió al punki que salió corriendo con sus compañeros. Lo que más le importaba era que se llevasen su tampón y por supuesto las quince mil pesetas que llevaba en la cartera. Lo demás realmente le importaba menos.

La gorda estaba tan atónita como Jaime y Francisca Ceballos ante las explicaciones que sobre lo sucedido daba Tere. Que le hubiesen tocado la viola le extrañaba pero que se la hubiesen tirado –término que se vio obligada a utilizar Francisca para hacerse entender– ya no le extrañaba tanto, pues justificaba los dolores que tenía en la cadera y en el bajo vientre así como los signos de violencia que su cuerpo acumulaba; tal y como le decía la médico que tenía delante.

–Y, además, yo diría que la han sodomizado –añadió Tere.

–¿Qué me han qué? –inquirió la gorda Ramona que, al igual que Jaime, no había oído jamás semejante palabra.

–Que han hecho con usted un coito anal.

–¿Qué?

–¡Que se la han hincado por detrás! –intervino Francisca Ceballos, harta de la gazmoñería de Tere y partidaria de llamar a las cosas por su nombre. Jaime, se desmayó.

–¡Por Dios, Francisca! –objetó Tere.

–Coño, Tere, si es que a ti no hay dios que te entienda.

–En eso tiene razón esta señorita –dijo Ramona–, a usted la entiendo mucho mejor –añadió señalando a Francisca–. Y...¿quién m’ha hecho eso?!, ¿quién?!

–¿No lo recuerda usted?

–Yo no menrecuerdo ná. Sólo recuerdo que estaba subiendo unas escaleras y que después estaba aquí con ustedes, toa desnuda, sin bragas y saliéndome sangre de los adentros y de los introytos, que decía mi señora madre.

-No se preocupe, tenemos testigos -informó Tere, recordando a Jaime, aún yaciente, a Furriel y a ella misma.

-Y ¿pa qué queremos testículos de esos que usted dice?

-Testigos, testigos; gente que ha visto lo que le ha pasado y quién se lo ha hecho.

-¡Ah!, ¿pero es que además me lo ha hecho tó delante de tó el mundo?

-No, no. Lo que ocurre es que algunos hemos visto lo que ha pasado al entrar en este cuarto para hacer otra cosa.

-¡A ese guarro hay que encarcelarlo y detenerlo!

-Claro, claro. -Dijo Tere, contenta de que después de todo sus planes marchasen prácticamente al milímetro.

Ricardo estaba completamente ahíto cuando se sirvió la tercera copa de coñac Napoleón gentilmente ofrecida por el desdichado dueño y generosamente secundada por Onofre. Ambos, veterinario y conductor, estaban como cubas.

-Pues sí, hombre pues sí -dijo Ricardo, metiéndose un dedo en la oreja derecha hasta un punto inverosímil-, que estaba todo muy limpito y muy aseadín, ¿verdad, Onofre?

-¡Ciertamente, ciertamente! -gritó salvajemente Onofre, haciendo temblar los vasos y copas de la mesa.

-En fin... vamos a hacer un informito que se va usted a chupar los dedos. No se preocupe por nada que su amigo Ricardo Escudero vela porque el templo donde se guardan los vinos y licores

más aristocráticos de la provincia y aledaños no sufra contratiempo alguno en forma de multa, sanción o expediente administrativo. ¡Hale! –exhortó Ricardo dando un golpe en la espalda de Onofre y dejándolo sin respiración durante unos segundos.

Ricardo y Onofre se levantaron seguidos del dueño del restaurante que estaba encantado ante la perspectiva de perder de vista a aquellos dos borrachos aprovechados. Onofre al pasar junto a la repostería hizo reparar en ello a Ricardo que, recordando que no habían tomado pasteles, decidió entrar a echar un vistazo. Ricardo observó los artilugios y hornos del repostero y, cuando ya daba por terminada y completada la inspección, abrió distraídamente el cajón en el que unas horas antes el pinche había escondido los pasteles del bautizo de la Maripuri. El descubrimiento de los pasteles hizo palidecer al dueño de El Pimpollo, que se prometió azotar al estúpido pinche.

–¡Huy!, pero ¿qué tenemos aquí? Unos pastelitos con una pinta deliciosa. –Anunció Ricardo con voz de borracho empedernido.

–Sí, los guardaba el repostero entre sus cosas.

–Pues dígale al repostero que el inspector veterinario decomisa este dulce cargamento –informó Ricardo entre risotadas.

–¡Hombre don Ricardo!, no sea usted así, sea usted clemente con el repostero, que está enfermo.

–Y ¿qué le pasa?

El dueño, que se veía entre la espada y la pared, eludió informar que el repostero tenía una colitis desmesuradamente caudalosa.

-Pues, nada... un resfriado de nada.

-El caso es que me gustaría llevarme unos pastelitos, ya sabe; la mujer, los niños...

El dueño, dando por imposible negarse a las peticiones de aquel glotón inspector, decidió mostrarse amable y, de perdidos al río, envolvió en un bonito papel de regalo los infectos pastelitos con tanto denuedo reclamados por Ricardo. Así se los coma todos, deseó, aun comprendiendo que su negocio tenía los días contados.

En la calle, Felipe era conducido por su fiel Chispa hasta su casa. Cuando se introdujeron en el portal el beodo conserje cayó al suelo con sus músculos en atonía. Chispa le transportó escaleras arriba mordiendo la cintura del pantalón del flácido Felipe. Ante la puerta del domicilio, Chispa -acostumbrada por otras ocasiones similares- extrajo del bolsillo de Felipe la llave con sus patas delanteras depositándola en el suelo. La cogió con la boca suavemente y, con una facilidad pasmosa debida al entrenamiento al que involuntariamente su dueño la había sometido en repetidas ocasiones iguales a aquella, metió la llave en la cerradura. Una vez en ella, acercó sus fauces al oído del medio inconsciente Felipe y ladró con tal fuerza que al segundo la contestaban cuantos perros había en tres kilómetros a la redonda. Felipe, aturdido por el alcohol y la proliferación de decibelios que penetraba en su oído, se levantó automáticamente, como tantas veces, y giró la llave den-

tro de la cerradura. Chispa arrastró al interior al ya inerte conserje y cerró el hogar de su amo con la pata trasera, para un minuto más tarde subirle hasta su cama, donde Felipe continuó durmiendo su espectacular mona.

La gorda había sido ya convencida por Tere de que lo mejor que podía hacer era denunciar al perverso de don Fulgencio por violación consumada. De éste hecho se encargó la propia Tere de dar fe, extendiendo un prolijo certificado médico, profuso hasta en los más sórdidos detalles. Francisca Ceballos se fue hacia su despacho para informar de los hechos presuntamente acaecidos en el despacho de don Fulgencio a cuantas personas mostrasen el más leve interés por conocerlos. Jaime, recuperado, se encaminó hacia el suyo acompañado por Tere que, tras facilitar a la gorda nuevas ropas y dejarla descansando en el despacho de don Fulgencio, decidió velar por que su amigo no volviese a desmayarse o a tener cualquier otra manifestación gástrica en el camino hasta su mesa. Antes de llegar al despacho de Jaime, al pasar ante la puerta del departamento de informática, pudieron escuchar unos lamentos que provenían del otro lado de la misma.

-¿Qué otra desgracia puede haber sucedido? -se preguntó Tere.

-Vámonos, vámonos -imploró temeroso Jaime con un gritito agudo.

Tere haciendo caso omiso –como siempre– de los ruidos que salían de la boca de Jaime, abrió la puerta del departamento de informática y ante ella apareció el pobre Micci con un hilo de sangre bajándole por la cara y con las manos extrayendo de su muslo, dolorosamente, el dardo lanzado por Escudero.

–¿Qué te pasa? –se interesó Tere, a la que en el fondo le importaba un comino lo que pudiera sucederle al desdichado Micci.

–Nada. Ricardo que se ha vuelto completamente loco. No sé porqué me ha disparado un dardo anestésico y me ha hecho una brecha –informó, conteniendo un gesto de dolor.

–Es zuerto,...ciurto, mmggññ.... ¡ciertooo! –profirió en un psicópata alarido Jaime, tras poner los ojos en blanco, como su mente–, yo también le he visto tirar dardos al jardinero y a don Fulgencio.

–Al menos en eso no andaba desacertado –pensó Tere en voz alta.

–Pero es que a mí me ha atacado sin razón alguna y gritando como un poseso –puntualizó Micci–. Algo habrá que hacer.

–Sí, algo habrá que hacer. No te preocupes por eso que yo me encargo –dijo Tere, a la que recriminar a un funcionario bajo sus órdenes era una de las acciones que en la vida le producían mayor satisfacción–. No te preocupes, que yo me encargo de todo. Ahora, sin embargo, tengo que hacer algo aún más importante –Tere descolgó dramáticamente el teléfono y marcó el número de la Comisaría–. ¿Policía? –dijo cuando descolgaron– llamo para de-

nunciar una violación que ha tenido lugar en la Consejería de Salud de esta ciudad.

## CAPÍTULO VIII

En la comisaría el cabo Méndez se aburría solemnemente. Aquella mañana no había ocurrido nada digno de mención; tres muertos en una reyerta de gitanos, un robo en unos grandes almacenes y una constelación de amenazas, tirones, señoras que daban la murga quejándose del vecino y del poco caso que les hacía la Policía, en fin: pura rutina. Estaba en la máquina de café del pasillo de la comisaría cuando escuchó como el teléfono de las desdichas -así era conocido por los policías e inspectores- repiqueteaba con insistencia. Dio un sorbo a su café y se acercó cansinamente a atender la llamada.

-Comisaría de centro. ¿Qué desea?

El cabo Méndez escuchó con interés la denuncia que una voz femenina le hacía desde un organismo público. Si el tipo de delito, una violación, no es que fuera una cosa que por sí misma pudiese sacarle del aburrimiento, en cambio el lugar donde se había producido era de lo más chocante e incluso divertido. El cabo Méndez recabó toda la información que le pareció oportuna y una vez anotada se despidió de la denunciante con la promesa de que volvería a llamar. Fue a dar la noticia al comisario Bermúdez. Cuando iba camino de la puerta del comisario pensó en que antes

de darle la noticia a éste, llamaría a su hermano, periodista meritorio sin mucho éxito en una emisora de radio local.

-Quisiera hablar con Álvaro Méndez. Soy su hermano -dijo cuando alguien descolgó al otro lado de la línea. Al cabo de un minuto narraba a su hermano la denuncia que acababa de escuchar y desde dónde había sido formulada. La llamada puso muy contento a Álvaro Méndez que aquel día no había tenido mucha suerte. Al fin tenía algo con lo que sorprender al jefe de informativos de la radio y así darse argumentos para algún día, que él esperaba no muy lejano, dejar la situación de meritorio y obtener un puesto fijo en la emisora.

Una vez hecho el favor a su hermano, el cabo Méndez fue hacia el despacho del comisario Bermúdez para cumplir con el mandato de las ordenanzas policiales consistente en dar curso de las denuncias al superior al mando en la comisaría.

Escudero había bebido medio litro más de sabrosísimo rioja mientras hacía el acta de El Pimpollo. Su estado no era lo que se dice despierto, pero aún era capaz de mantenerse en pie -la experiencia, y Ricardo tenía mucha, es un grado- o de conversar animadamente de temas banales -los únicos que realmente dominaba sin que se notase demasiado la seriedad de su intoxicación etílica-. Onofre estaba recostado pesadamente sobre una silla que a su vez descansaba también pesadamente, aunque también peligrosamente, sobre sus dos patas traseras, reposando el respaldo

en la aquel día blanca pared de la cocina. Onofre comenzaba a dormitar, aunque las diferencias entre eso y su estado de vigilia eran prácticamente inapreciables.

-Bueno, pues ahora me firma usted aquí -dijo Ricardo, indicando un recuadro del papel en el que acababa de escribir-. Tome, aquí tiene mi bolígrafffffffo -añadió dificultosamente a la vez que le tendía el escribiente instrumento, que estaba manchado de restos de vino y de puré de manzana altamente pegajosos-.

-A ver, ¿dónde firmo? Porque yo firmo donde usted me indique -dijo el dueño que durante el proceso de elaboración del acta se había sabido construir una melopea de tamaño natural.

Obedeció a una nueva y confusa señal del desaseado dedo de Ricardo y estampó su rúbrica en el lugar que mejor le vino, que resultó ser el destinado al lugar y fecha. Ricardo aprobó con ligereza la firma de su nuevo amigo y comenzó a entonar una inacabable despedida comparable a la de una jota aragonesa. Mientras hablaban propietario e inspector, y tras recoger Ricardo su rifle y su paquete de venenosos pastelitos, pasearon por la cocina, como si de un bello jardín se tratase, en dirección a la salida del establecimiento. Al pasar ante la silla del letárgico Onofre el dueño rememoró el muy gorrón y aprovechado comportamiento de su casi vegetal amigo y disimuladamente, con un pie, movió una de las patas traseras de la silla de Onofre, dándose éste una costalada contra el suelo de envergadura sobrtesaliente. Onofre, segundos después, perseguía dolorido a los dos animados y borrachos contertulios pensando en la futilidad de la amistad de su amigo

que, a pesar de haber sido por él prevenido, le pagaba su desvivir con tan hematómica moneda.

Tere esperaba nerviosamente la llegada de la policía. Acompañó a su pánfilo amigo Jaime hasta su despacho. Y allí, sentada, se autofelicitó íntimamente por el éxito con el que se iba desarrollando su plan. Sólo le preocupaba dónde podría andar Fulgencio, pues estaba segura que en cuanto éste supiera lo que se le venía encima supondría quién se encontraba detrás de todo y reaccionaría de forma no muy amistosa. El trabajo de Tere consistía en retirar a Fulgencio todo el poder de reacción que aún pudiese conservar. Jaime se sentó ante su mesa y se puso a jugar con unos dados de goma que sacó de un cajón. En el despacho adyacente Micci, ya recuperado, se levantó del suelo y subió hacia la sección de Inspección.

Don Fulgencio se encontraba dentro del automóvil de la Consejería. Allí aparcado a la puerta de El Pimpollo, pensando en que el genízaro de Escudero estaría haciendo una de sus rigurosas inspecciones, pensando en los macarras que acababan de ultrajarle y robarle, pensando en la escasez de su vestuario –y esto, a su juicio, era urgente arreglarlo– y pensando en la fiera de Tere a la que sin demora estaba decidido a dar su merecido. Así estaba don Fulgencio, debatiéndose entre la vergüenza y la necesidad de salir

del coche a buscar a un descontrolado Escudero, a buscar algo de ropa y a buscar un teléfono desde el cual llamar a la policía para denunciar el robo del que había sido objeto unos minutos antes. En este estado de espera decidió distraer su acalorada y confusa mente poniendo la radio del coche. Movi6 el dial del aparato hasta que localizó la emisora local que gustaba escuchar, en la que debían estar a punto de dar un avance informativo.

Noticias de última hora –anunció una voz perfectamente modulada–, hace unos minutos se ha recibido en nuestra emisora una noticia tan grave como curiosa: en el despacho del Jefe de Inspección de Sanidad, don Fulgencio Bigeriego Garcés, ha sido encontrada una mujer con signos evidentes de haber sido violada. Se sospecha que el agresor es el propio Fulgencio Bigeriego Garcés, que desde que esta mañana entró en su despacho ha observado una conducta anómala a juzgar por las declaraciones de uno de sus compañeros, el doctor Jaime Bobo, que está en nuestros estudios. Doctor, diga a nuestros oyentes lo que ha pasado.

Don Fulgencio, pálido, pudo escuchar la voz metálica de Jaime.

–¿A qué oyentes?, ¿pero nos escucha más gente?. Ja, Ja, Ja –rió con su habitual estúpidez el doctor Bobo en el altavoz.

–Ejem, señor, ¡Qué bromista usted, en estos momentos tan graves! –dijo el locutor, absolutamente perplejo y pensando alucinado en la posibilidad de que su interlocutor estuviese hablando en serio–. Se trata –añadió, mirando con los ojos desmesuradamente abiertos el auricular donde resonaban la locas carcajadas

de Bobo-- de hablar por el micrófono éste y su voz saldrá por la radio.

-¡Ay! -gritó histéricamente, haciendo que se acoplasen los altavoces de cuantos receptores estaban sintonizados con la emisora en doscientos veinticuatro kilómetros a la redonda- ¡Qué ilusión me hace! ¿Sabe? nunca he hablado por la radio. Escucharla, la he escuchado muchas veces, pero nunca me he oído ni he hablado -el locutor estaba atónito-. Oiga y ¿puedo saludar?

-Por supuesto que puede -contestó el otro, con un hilo de voz-.

-Jorge -dijo, invocando a su compañero sentimental, que retezaba en aquel momento en su trabajo con un camarero con el que había ligado la noche anterior y evidentemente no tenía conectada radio alguna..., soy Jaime,... tu Jaime. Me están haciendo una entleviú o como se diga, y estoy diciendo cosas por la radio,... a un micronetófono. Es que don Fulgencio se ha cepillado a una gorda y yo he venido la radio. No te lo ivaginas,... digo imaginas, lo bonitísimo que es todo esto. Oye Jorge, que me grabes la vez,...¡¡¡Oyyyy!!! -chilló provocando nuevos y desagradables acoplamientos-, que grabes la voz para así luego me oigo. Oye,... Jorge, que ya voy yo a la compra -y, dirigiéndose al boquiabierto y perplejo locutor, preguntó cuál era la pregunta que le había hecho.

-No..., yo... decía que nos dijese usted qué había pasado.

-Ah, pues muy sencillo: que ha venido una gorda al despacho de don Fulgencio, que se la ha tirado, como dice mi amiga Fran-

cisca, que estará muerta de envidia si me está escuchando, y luego se ha ido y que después se ha marchado -explicó Jaime con su particular manera de expresarse.

-Ya, comprendo -dijo, sudando, el locutor-. Y, ¿se conoce el paradero de don Fulgencio?

-No, no se sabe nada, pero ya ha llamado Tere a la policía... ¿Cómo se dice; policía o pulicía?

-Policía, señor -el locutor estaba abochornado.

-Pues eso; que Tere ha llamado a la pulicía y que le van a pillar muy pronto y le van a meter en la cárcel. Por hijo puta, como dice mi amiga Francisca.

-Muchas gracias doctor...porque es usted doctor, ¿verdad? -inquirió el locutor, convencido de que había tenido lugar un malentendido y estaba entrevistando a un retrasado mental amanerado o a algún paciente psiquiátrico.

-Sí, sí, yo soy eso que usted dice -dijo Jaime sonriendo bobalicónamente, al tiempo que echaba el cuello hacia atrás con ánimo de coquetear.

-Pues muchas gracias -confirmó sobrecogido el locutor iniciando la despedida de la emisora central, al tiempo que se prometía no volver jamás al médico.

Don Fulgencio había escuchado la noticia con creciente sorpresa. Su situación era más penosa de lo que él imaginaba. Si estar en pelota picada constituía por sí sola una nada envidiable cir-

cunstancia, ser buscado por violación sobrepasaba cuantos contratiempos podía haber previsto don Fulgencio que le pasasen en su vida. Al reparar que Escudero y Onofre podían volver de un momento a otro consideró que era urgente tomar alguna decisión. Si bien Onofre, posiblemente no haría nada peligroso aunque conociese su nueva condición de presunto violador, y no haría nada peligroso fundamentalmente porque Onofre nunca hacía nada, Escudero ya era otro cantar. Escudero, en opinión de don Fulgencio, disfrutaría de lo lindo entregándole a la policía aunque le buscasen por haberse saltado un semáforo. Don Fulgencio, con la desesperación y el odio dibujados en el rostro, salió del Renault en dirección a la parte trasera de El Pimpollo con el objeto de encontrar alguna ropa que ponerse antes de huir.

Cosme Velasco había quedado sorprendidísimo y buenamente escandalizado (Velasco todo lo hacía buenamente) ante la información que le había transmitido su compañera Francisca Ceballos. Estuvo pensando un rato alguna excusa con la que justificar ir al despacho de Tere a indagar más detalles de lo ocurrido. Según sus convencimientos, era su deber intentar salvar cuantas almas descarriadas encontrase a su paso y, por lo que parecía, el rebaño acababa de descarriarse por completo. Al fin decidió una excusa y se encaminó hacia el despacho de Tere.

-Tere -dijo cuando estuvo ante ella-, que se me ha acabado la tuberculina -prometió confesar aquella mentira tan pronto como saliese del trabajo- y que vengo para que nos hagas el pedido.

-Y, ¿cómo es que subes tú, cuando normalmente mandas subir a una enfermera? -inquirió Tere extrañada.

-Bueno, es que la enfermera no se encontraba muy bien -informó, horrorizándose ante la facilidad con que mentía por segunda vez.

-Y, ¿qué la pasa?

-Tose -farfulló, añadiendo un nuevo pecado, a su juicio más grave que los anteriores por lo reiterativo.

Tere se quedó mirando al atribulado Velasco sin comprender el porqué de la augusta palidez de su rostro. Del cajón superior de su mesa sacó un talonario de formularios de peticiones y cumplimentó uno de ellos con los requerimientos de Cosme. Doblando cuidadosamente el pedido, Tere miró afablemente a Cosme, le tendió el papel e inició una despedida.

Cosme, irritado por el poco éxito de su expedición y extrañado de la escasa locuacidad de Tere, cuando lo normal es que hubiera que pedirle que se callara, decidió a la desesperada abordar el tema sin más preámbulos.

-Tere -acertó a decir-, ¿ha pasado algo que te atormente? -preguntó con eclesiástico candor.

Tere miró a Cosme con ojos de besugo.

-En la vida -continuó el capellánico médico- hay momentos en los que uno ha de abrir su alma a los que le estiman, Tere, y yo

te estimo. Aunque sea una relación laboral ésta, la nuestra, es enriquecedora tanto para ti como para mí porque en el frenesí del quehacer diario yo te miro la cara y me digo: Tere es feliz; porque los demás miran tu rostro surcado por arrugas –lo de las arrugas molestó a Tere especialmente– labradas a golpe de preocupaciones, labradas a golpe de desvivirse por los problemas ajenos, labradas, amiga mía, por una vida dedicada inagotablemente al servicio a los demás, y dice: Tere es feliz. Pero hoy, Tere, hoy las cosas no van del todo bien. Negros nubarrones amenazan la integridad moral de este edificio, desde hoy maldito –en ese momento entró Jaime, que se mantuvo en silencio ante lo que creyó una declamación poética–. La Gehena amenaza a la espiritualidad de nuestro desdichado amigo y tu faz se mortifica. La oscuridad del pecado más horrible –Jaime daba por seguro que Cosme hablaba de las penosas condiciones de la merluza a la venta en el mercado– se ha adueñado del espacio tras el umbral de la puerta de Fulgencio, y tu faz se mortifica. La bondad ha sido hoy brutalmente agredida por las manos del morador del averno y tú, Tere, querida amiga, te mortificas. Ábreme tu corazón. No tengas miedo. Dime qué te turba, dime qué te lastima, dime cuál es tu miembro herido que yo, amoroso, lameré tus heridas del alma hasta sanarlas –esto último causó especial repugnancia a Tere que no podía soportar la sola idea de Cosme acercándose a lamerla, aunque fuese en el alma. Jaime daba por sentado que Cosme se estaba declarando y estaba fascinado–. Que yo velaré tus tribulaciones y me esforzaré en devolver la alegría a ese espíritu puro tuyo, hoy

tambaleante por el feroz golpe recibido –Cosme calló y, juntando las manos ante su bata blanca a la altura de su pecho, miró clericalmente a Tere que estaba a punto de tirarle un cenicero a la cabeza. Jaime prorrumpió en aplausos–.

–¡Bravo! ¡Bravo! No sabía que estabais emaropnados... enramonados... ppffffjj... gñññll... enamorados. ¡Qué bonito!

–Estamos enamorados de nuestros espíritus –informó Cosme, que ya estaba totalmente lanzado.

–¡Deja ya de decir jilipolleces, Cosme! –dijo Tere exasperada, sobresaltando a sus dos compañeros, y sorprendiéndose del abrupto que la perorata de Cosme le había inducido a proferir–. Ni estoy atribulada, ni turbada, ni nada por el estilo. Fulgencio ha violado a una gorda que todavía está en su despacho y ha huido. Yo lo único que he hecho ha sido llamar a la policía –dijo, dando un golpe en la mesa, estando a punto de fracturarse la mano–, y no me da la gana aguantar sermones de santones como tú. ¿Me has oído?

Jaime estaba sinceramente desilusionado.

–Comprendo la hiel que la vida te hace digerir. ¡Condena para Fulgencio! ¡Condena para la lascivia! ¡Condena para la lujuria! y ¡Condena para los fabricantes de preservativos y pildoritas prosexto! –esto último era el apelativo ingenioso con el que Cosme denominaba a las píldoras antibaby–. ¡Y condena para los comunistas y rojos del mundo! –Cosme siempre aprovechaba para meter alguna cuña en este sentido–. Voy a ver a esa desdichada –dijo saliendo hacia el pasillo, justo cuando un pisapapeles lanzado por

Tere no le acertaba en el cráneo por milímetros-. ¡Anatema! ¡Sacrilegio! ¡Blasfemia!

En la puerta del edificio, Josefo despertaba de los efectos del dardo de Escudero. Miró alrededor y no vio nada del follón que reinaba antes de cerrar los ojos y quedarse como un cesto. Se levantó y se dispuso a arreglar su desordenado tupé. En ese momento dio un brinco, producto del sobresalto que le produjo un frenazo que tuvo lugar a sus espaldas. El frenazo provenía del coche policial en el que viajaban el comisario Bermúdez y el inspector Chacón que era quien conducía. En el interior, Bermúdez imprecaba a Chacón objetándole su agresiva forma de conducir.

## CAPÍTULO IX

Escudero, en la puerta de El Pimpollo, se despedía ruidosamente del dueño, al que prometió volver con asiduidad para degustar los maravillosos vinos que atesoraba en la bodega, lo cual alarmó sobremanera al sucio restaurador. Antes de introducirse en el coche, Ricardo empuñó el rifle y disparó al aire un dardo anestésico, a modo de salva de honor, como despedida de su alucinado e involuntario anfitrión. Ricardo proclamaba a grandes voces las bondades del restaurante El Pimpollo. Onofre, a su lado, mostraba escaso regocijo y aún se preguntaba porqué su amigo le había tirado al suelo hacía unos minutos cuando dormía plácidamente sobre la silla.

-Señor Escudero -dijo Onofre metiéndose en el coche-, va siendo hora de marcharnos.

Ricardo asintió. Se despidió otra vez de su nuevo amigo y se introdujo en el Renault preguntándose qué tipo de tortura automovilística le iba a ser administrada por Onofre en el camino de vuelta. Afortunadamente estaba lo suficientemente borracho como para no exaltarse ni perder los nervios por mucho que Onofre se empeñase en ello. Éste arrancó el alucinante motor del automóvil para meter la directa a cuatro metros del punto de partida. Ninguno de los dos había reparado ni en la rotura del cristal tra-

sero hecha por el punki ni en la ausencia de don Fulgencio en el asiento de atrás.

El comisario Bermúdez salió del coche a pedir perdón a Josefo por la torpeza al volante de su subordinado. Josefo acertó a dar las gracias quedándose luego fascinado por estar hablando en persona con un policía, como en las películas.

-Oiga, buen hombre -inquirió Bermúdez-, ¿dónde está la violada?

Josefo, por toda respuesta, se encogió de hombros y puso una cara aun más expresiva (y esto era francamente difícil) de ignorancia que la que normalmente tenía.

-Pero bueno, ¿no han llamado ustedes diciendo que había tenido lugar una violación?

-Mire usted, yo aquí soy nuevo y la verdad es que todavía no me he hecho del todo a la casa y no sé en donde se hace eso que usted dice.

El comisario Bermúdez elevó su mirada a los cielos implorando un mundo más sensato y congruente. No tenía ni la más pajolera idea de dónde estaba a punto de meter las narices.

-Y dígame, ¿con quién puedo hablar para enterarme de lo que quiero?

Josefo que, aunque era recién llegado a la casa, ya sabía que para enterarse de algo lo mejor era preguntar por Tere o por Jaime -que de no ser médicos habrían sido porteras-, informó a

Bermúdez de que en el primer piso encontraría a la doctora Sáez que, a buen seguro, le daría cuantas informaciones solicitase.

Bermúdez subió las escaleras de dos en dos –un policía siempre debe dar una impresión dinámica, pensaba–, mientras el inspector Chacón insistía, a base de golpes, en reducir el tamaño de un par de coches que le impedían maniobrar con soltura el BX policial en el escueto aparcamiento del cuaternario edificio.

Cuando Bermúdez llegó al primer piso no vio a nadie. Curro se había tirado al suelo cuán largo era a buscar un lápiz que se le había caído y una vez allí, tontamente, se había quedado dormido y, tapado por las mesas y una mampara de formica, no se le veía. Bermúdez escrutó el rellano con aparente sagaz mirada sin ver nada que le llamase la atención. A punto estaba de entrar en la sala de extracciones del laboratorio, revólver reglamentario en mano, cuando apareció por una puerta un extraño individuo. No muy alto, tez cetrina, cabello negro y sucio, disimuladamente pegado al cráneo –posiblemente con gomina o bien a palmetazos–. Por los bolsillos de los lamparosos pantalones asomaban gomas, lapiceros, otros objetos de escritorio, algún que otro insecto y tres o cuatro hilos de coser de indeterminado color. Lo más característico era el penetrante y nauseabundo hedor que despedía alguna abominable y desaprensiva parte de su anatomía que el comisario Bermúdez no fue capaz de identificar, pese a su capacidad profesional de deducción y su, hasta entonces, extraordinario olfato.

Se trataba de Arnoldo Perriáñez, funcionario átono de profesión y escultor e inventor de afición. Su único punto de unión con la escultura y los escultores –los bohemios– era el incomparable desaliño corporal que lucía... y este desaseo no era exactamente producto de una vida bohemia. Arnoldo no sabía qué podía ser eso.

–Oiga –dijo Bermúdez, llevándose un pañuelo a proteger su olfato y a retirar una furtiva lágrima que se le había escapado ante la odorífera sinfonía que tenía delante–, ¿sabe dónde puedo encontrar a la doctora Sáez?

–Pues sí.

El comisario Bermúdez se quedó esperando una respuesta más rica en detalles mientras Arnoldo permanecía ante él sin añadir ni una coma y sonriéndole con una imponente cara de retrasado mental.

–Bueno, y ¿dónde es?

–Siguiendo el pasillo, la segunda puerta a la izquierda, allí la encontrará.

Bermúdez se arrepintió al instante de haber exigido mayor locuacidad a su interlocutor. De su boca, jalonada por unas encías de color negro rojizo y unos dientes con mil distintos tonos amarillos, salían, sin duda, demontres y serpientes en su forma espiritual. Y debían ser demontres y serpientes pues sólo así justificaba Bermúdez el nefasto olor que le impregnó de arriba abajo –como una posesión– cuando Arnoldo Perriáñez abrió su boca –pozo mortal– para hablar. Bermúdez pasó unos minutos recuperando el

aliento, intentando contener el llanto y apesadumbrado por la, presumiblemente irreparable, pérdida de su olfato en su sentido más prosaico. Quedaba por saber si su otro afamado olfato –el policiaco– había sido afectado por aquella hecatombe aromática.

Bermúdez, tambaleante, tomó la dirección indicada por Arnoldo parándose de vez en cuando a retomar el perdido y contaminado resuello.

Don Fulgencio, parapetado tras un pequeño muro, observó la partida de Ricardo y Onofre. Admitió que su situación no era precisamente envidiable y, precavido, se cercioró de que no había obstáculos en su camino hacia la puerta de servicio El Pimpollo. Cuando estuvo seguro de no correr peligro de ser visto, inexplicablemente raudo, se introdujo por la puerta sin que nadie advirtiese su presencia. Dentro, don Fulgencio observó, diríamos, la otra cara de la moneda; no había nada que no necesitase una buena y concienzuda limpieza, la mugre reinaba por doquier. Parecía imposible que un ser humano pudiese vestirse y desvestirse en un ambiente tan sórdido y asqueroso sin contagiarse con alguna enfermedad de la piel bien repulsiva o adquirir una centuria de parásitos de cualquier tamaño o color. En este sentido bastaba decir que el volumen y variedad de la microfauna que, en forma de insectos, arácnidos, gusanos anélidos, babosas y similares, había en aquellas vergonzosas dependencias habría hecho más delicias en cualquier naturalista ávido que el Mato Grosso en un

día especialmente florido. Don Fulgencio, sin querer pensar en el tipo de acta que habría sido capaz de hacer Escudero y sin querer atreverse a indagar en qué estado se encontraría la cocina por temor a una apoplejía, se metió por una puerta que anunciaba ser la entrada al aseo vestuario del personal. Cuando don Fulgencio entró por la puerta lo que vio, a su juicio, era más que suficiente como para condenar a cadena perpetua sin ningún tipo de remordimiento al dueño o responsable de aquel monstruoso atentado contra la dignidad, decencia y salud humanas. Había un inodoro sin tapa por cuya superficie, antaño blanca, se movían escolopendras, algunas de muy considerables dimensiones, con una velocidad y soltura que sólo contribuían a aumentar la sensación de repugnancia que don Fulgencio sentía. Delante, en el frío suelo, se amontonaban desordenadamente varios pares de zapatos, alguno de los cuales parecía capaz de resucitar a un muerto por la vía olfatoria. En la húmeda, desconchada y probablemente nunca pintada pared podían verse varios carteles en los que había varias mujeres jóvenes en actitudes intencionadamente provocativas y repulsivamente obscenas. Uno de estos carteles, en el que una de las hembras con cara de estar pasándolo mejor aparecía acompañada por un individuo de raza negra exageradamente bien dotado que parecía, a juzgar por la actividad de su miembro, ser el motivo del extasiante gozo de la mujer, reclamó la atención de don Fulgencio que absolutamente boquiabierto vio resquebrajarse todo su concepto de virilidad, hasta entonces sustentado más en razones de dimensión y volumen que en otras consideraciones

más nobles en las cuales, por otra parte, era prácticamente incapaz de reparar. Justo a la derecha del sorprendente cartel, una herrumbrosa taquilla se erguía ante el desnudo sanitario. Don Fulgencio procedió a intentar abrirla, comprobando al instante que la portezuela de la taquilla era un mero y simple adorno posiblemente usado como alarma, a juzgar por el escándalo que produjo su caída al sucio suelo. Don Fulgencio contuvo la respiración convencido de que aquel estruendo era más que suficiente como para que toda la plantilla del restaurante se sintiese amenazada por una banda numerosa de atracadores. Quizá fuera por eso, quizá por la descomunal borrachera adquirida durante la visita de Escudero, el caso es que nadie acudió al aseo vestuario a investigar qué había sucedido. Todos pensaron que alguno de ellos estaba descargando su estómago por vía retrógrada y había encontrado un obstáculo que su aturdido cerebelo había sido incapaz de evitar. Cuando don Fulgencio estuvo seguro de que nadie acudía a defender sus posesiones examinó las ropas que había en la taquilla y escogió nerviosamente las primeras que encontró que, a primera vista, parecían corresponderse con su constitución anatómica. Los pantalones de sucedáneo de cuero le estaban algo ajustados pero la cazadora, del mismo tejido y de color negro como el pantalón, oprimía menos sus tegumentos. Del montón de pestilentes zapatos escogió unos lo suficientemente confortables como para acoger sus extensos pies. El único inconveniente era que tenían unas puntas en exceso puntiagudas, pero aquél no era el momento ni la situación como para andarse con remilgos estéti-

cos. Don Fulgencio salió sigilosamente de El Pimpollo ya más tranquilo por haber solucionado el problema de su desnudez. Caminó por un descampado durante unos minutos en dirección al casco urbano de Tordesillas. Yendo por las primeras calles confirmó la extravagancia de su indumentaria al comprobar las miradas que le dedicaban cuantos transeúntes encontraba a su paso, alguno de los cuales se rió sin disimulo. Algo alarmado y recordando que aún no se había visto, se dirigió hacia el escaparate de una carnicería en cuyo cristal vio reflejada su nueva imagen. Don Fulgencio comprendió la reacción de la gente. Sus ropas no sólo eran de sucedáneo de cuero sino que estaban generosamente adornadas por toda clase de clavos, tachuelas e imperdibles. Los zapatos, que parecían puntiagudos en el oscuro vestuario del restaurante, más que puntiagudos parecían afilados y en su ápex acometían la verticalidad amenazando al cielo. Horrorizado, decidió que aquellas ropas de fortuna debían ser sustituidas tan pronto como le fuera posible y, en consecuencia, determinó encaminarse de regreso a la ciudad para, una vez en su domicilio, ponerse otras prendas más adecuadas. Alguien en Tordesillas comentó a un conocido que aquella mañana había visto a un punki gordo, viejo y calvo paseando por la calle principal.

Unas manzanas más lejos de dónde se encontraba don Fulgencio, el grupo de punkis que le había asaltado se encontraba en

el interior de una farmacia, atracándola. El farmacéutico había sido lo suficientemente hábil como para oprimir un botón de alarma que disponía en el mostrador conectado con la policía local sin que lo advirtiesen los jóvenes y siniestros ladrones. Unos minutos después el silencioso ambiente del pueblo se inundaba con el fragor de las sirenas de los coches policiales en cuyo interior viajaban los sorprendidos punkis que habían sido detenidos sin demasiados problemas, no por la efectividad de los funcionarios policiales -que no era ejemplar- sino más bien por el estado semiinconsciente en que estaban los cuatro facinerosos tras haber consumido en la propia farmacia una contundente dosis de narcóticos.

-Buenos días -dijo Bermúdez a Tere cuando ésta le hubo abierto la puerta-. Soy el comisario de policía Bermúdez.

-Buenos días. Yo soy quien les ha llamado a ustedes -informó Tere solemnemente.

-¿Podría repetirme cuáles son los hechos denunciados?

-Claro. Una mujer ha sido violada por un funcionario de la casa.

-Bien, y ¿se sabe dónde está ese funcionario?

-Ha huido, como usted comprenderá.

-Si..., claro. Y la mujer atacada, ¿aún está aquí?

-Sí, sí. Acompañeme, aún debe estar aturdida y asustada.

Tere salió al pasillo seguida por Bermúdez y por Jaime, que estaba a punto de desmayarse por la excitación. En el camino se les unió un despistado inspector Chacón que tras abollar el automóvil de Francisca Ceballos en varias ocasiones había subido tras los pasos de su jefe, habiéndolos seguido uno a uno incluyendo en ellos el aturdimiento y tambaleo subsiguientes a las explicaciones que también había tenido oportunidad de escuchar de la densa boca de Arnoldo Periañez. El comisario Bermúdez, al verle, procedió a las presentaciones.

-Doctora Sáez, ejem..., éste es el inspector Chacón.

Displicentemente, Tere desplazó una mecánica y protocolaria mano mientras tras ella, Jaime Bobo, que sintió un irresistible impulso de atracción física hacia el policía recién llegado, ardía en deseos de ser presentado.

-Doctor... -continuó vacilante Bermúdez-..., perdone,... supongo que es usted médico, pero aún no nos han presentado -objetó Bermúdez, suavemente, sonriendo a Tere.

-¡Oh! Claro. ¡Qué fallo tan imperdonable! -dijo Tere, que en realidad no concedía importancia alguna al hecho de presentar a alguien tan irrelevante como Jaime estando ella presente-. Comisario Bermúdez, él es el doctor Bobo.

Bermúdez estrechó reverencialmente la desaliñada mano de Jaime que inmediatamente se acercó a Chacón.

-Yo soy el doctor Bobo -le anunció al absorto inspector, que empezó a suponer que el apellido del médico era la mar de ade-

cuado-, soy el responsable de varios departamentos de esta casa -mintió, lo que hizo que Tere le mirase arqueando una de sus cejas-, y también poseo varias especialidades médicas, además de varios premios y menciones de instituciones muy prestigiosas -si había algo que Jaime no soportaba era no poder disponer realmente, ni de lejos, del suculento curriculum del que se ufanaba a la mínima oportunidad-, pero puede usted llamarme Yeimi.

Chacón contempló horrorizado como, según terminaba la autopropagandística y mentirosa frase, Jaime le guiñaba un ojo, fruncía sus repelentes labios lanzándole un secreto beso y se colgaba de su brazo descaradamente expeliendo varios apestosos suspiros -a juicio de Jaime, muy sugerentes- que hicieron que el primitivo sentimiento de horror que había experimentado Chacón se tornase en pánico incontrolable. Aquel maricón antierótico y antihigiénico parecía haberle tomado afecto. Además, a ver cómo diablos explicaba Chacón a su novia el origen de la peste que emanaría la manga derecha de su chaqueta después de los segundos -más que suficientes- que había pasado en contacto con Bobo.

## CAPÍTULO X.

Cuando entraron en el despacho de don Fulgencio, encontraron a Cosme Velasco postrado de rodillas, mirando hacia la ventana, en piadosa actitud. Ramona, perpleja, miraba alucinada al beato galeno.

-Óiganme -dijo cuando vio entrar a Tere y a Jaime-, ha entrado este loco hace un momentico y no sé qué es lo que quiere. Na más entrar s'ha persigñao, m'ha llamao hija mía y después s'ha hincao de rodillas en el suelo a cuchichear como una vieja.

-No se preocupe Ramona -la tranquilizó Tere-, no es peligroso. Lo que ocurre es que está rezando por usted y por quien le ha hecho eso... Está un poco majareta -susurró-. Mire Ramona, le presento al comisario Bermúdez de la policía que, amablemente, ha venido en seguida a investigar su caso y encontrar a su violador -dijo Tere sonriendo al comisario.

Discurrió otra larga sesión de presentaciones, en el curso de la cual Bermúdez se preguntó por la veracidad de la violación dado que, según su experiencia -que era extensa-, jamás violador alguno había osado incurrir en tal delito con espécimen del sexo débil tan inadecuadamente dotado, desde un punto de vista estrictamente estético, como el que estaba delante de él. Eso sin entrar en otras consideraciones que harían mucho más difícil la fase

previa, indispensable en cualquier intercambio, con semejante mujer. En tanto, Jaime se había dedicado a pellizcar las zonas más personales del inspector Chacón, que todo lo educadamente que podía iba huyendo en círculo de su atosigante predador. Por fin, adoptando un aire pelicularo muy profesional, el comisario Bermúdez cogió una silla y, sentándose al revés en ella, apoyó los brazos en el respaldo y encaró a la supuesta víctima.

-Dígame, ¿qué ha ocurrido? -inquirió poniendo cara de protagonista de serie policiaca americana.

-Pos que he venío por lo de la cagalera y m'he encontrao con que el Bigeriego ese me l'ha hincao, como mu bien dijo la señorita, y se m'ha violao.

-¿Está usted segura de que ha sido el señor Bigeriego?.

-Ensolutamente, sí señor. Que bien que le conozco ya yo a ese señor.

-Y, aunque comprendo que esto es muy duro para usted -añadió Bermúdez, que realmente no estaba muy seguro de esto último-, ¿qué cosas le ha hecho?

Asombrada, Ramona miró a Tere preguntándole si debía contestar a semejante indiscreción.

-Conteste Ramona, no le importe, que este señor es policía y sólo quiere ayudarla -dijo Tere conteniendo un bostezo.

Ramona bajó los ojos tras mirar, roja como un tomate, a Bermúdez y a Chacón.

-Pos eso..., que el Bigeriego ese m'ha cerdomizado -susurró.

-¿Cómo dice? -preguntó el comisario, que no había oído nada.

-Hable más alto, Ramona -animó Tere.

-¡¡¡Qué me ha cerdomizado!!! -chilló ostensiblemente.

-¿Que le ha qué?... ¿Cerdomizado, ha dicho?... Y, ¿qué es eso?  
-preguntó Bermúdez, seguro de estar ante una nueva técnica oriental relacionada con la zoofilia.

-¡Velay! ¡Qué tontos que son los guardias hoy en día!, que, como muy bien dijo la otra señorita, me l'han hincado por detrás.

Bermúdez, sonrojado, comprendió el significado de cerdomizado, pareciéndole éste un término muchísimo más apropiado que el considerado correcto. Aunque estaba por demostrarse que el principal elemento de diversión en la bíblica ciudad de Sodoma fuese el coito contranatura, lo que sí estaba claro era que, según su opinión, aquello era una cerdada. Ordenó a un congestionado Chacón, que intentaba evitar los restregones indisimulados con los que pretendía favorecerle Jaime, que tomase nota de todo lo que de interés pudiese ser dicho por la víctima o los testigos.

-¿Reconocería usted, Ramona, al individuo autor de su... ejem... cerdomización?.

-Por supuesto... Y que s'agarre cuando le pille.

En aquel momento volvió a la carga el temporalmente aplacado fragor intestinal de Ramona que, entre una espantosa ventosidad y un no menos indicativo aroma, pidió permiso para ausentarse temporalmente, permiso que fue veloz y rápidamente concedido. Bermúdez sacó su pañuelo para mejor recuperarse. Tere

abrió la ventana, mientras el inspector Chacón propinaba un matotazo a unos dedos furtivos que intentaban manipular su cinturón.

-Veamos -continuó Bermúdez dirigiéndose a Jaime-, usted ¿vio algo que le extrañase a lo largo de la mañana?

-Vi como don Fulgencio metía en su despacho a esa señora. Y ya no tengo nada más que decir -dijo en un pitido Jaime, más preocupado del palmito de Chacón que de contestar preguntas, a su escaso juicio, indiscretas.

Bermúdez, atónito, vio como Jaime acosaba incansable a su desdichado subordinado. Cuando consideró que Chacón podría desenvolverse con unas expectativas éxito razonables continuó los interrogatorios acompañado por Tere, que estaba encantada del curso que tomaban los acontecimientos.

Onofre circulaba por la autopista a unos 35 kilómetros por hora por el carril de la izquierda. De vez en cuando, el magnífico Renault daba un bandazo, producto del cimbrear de brazos que obligadamente debía dar Onofre para seguir el compás del Asturias, patria querida, que en aquel momento entonaba con Escudero. El dudoso discurrir del coche sanitario originó que una larga fila de automóviles circulase tras Onofre sin adelantarle ante el temor de un más que probable accidente. Un kilómetro y medio más adelante, el guardia civil de tráfico motorizado Melitón Miñón observaba con sus prismáticos la autopista, extrañado, como su

compañero, de que hiciese más de quince minutos que no veían un solo semoviente mecánico pasar en dirección a la ciudad. Melitón entonces vio aparecer, tras un todavía lejano cambio de rasante, el Renault de Onofre y todo el cortejo que le acompañaba.

-¡Qué barbaridad! -exclamó Melitón.

-¿Qué ocurre? -preguntó, curioso, su compañero.

-Míralo tú mismo -dijo Melitón, descolgándose los prismáticos para dárselos al otro guardia.

-¡Cojones! -exclamó éste cuando hubo observado la dubitativa, lenta y zigzagueante trayectoria de Onofre-. A ese tío hay que encerrarle.

Dicho esto, ambos guardias pusieron en marcha sus veloces motocicletas y esperaron a que se acercase el blanco coche sanitario para detenerle.

En el interior del Renault Onofre y Ricardo entonaban con vehemencia el Huerta, huerta murciana, cántico popular que a diferencia del Asturias, patria querida propiciaba vaivenes más amplios, pero menos bruscos, al ser su tempo Allegro, ma non troppo e un poco maestoso en lugar del más vivaz Andante cantabile con moto del aire asturiano. Todo ello hizo que, ya a la vista de los dos beneméritos guardianes del tránsito, algún osado usuario intentase adelantar al exasperante Renault blanco, para comprobar como acababa su aventura contra en pretil de la vía o contra el tomillo y la flor de las cunetas al ser embestidos por Onofre en el movimiento de vuelta.

Melitón, alucinado, se prometió a sí mismo que aquel asesino dejaría de tocar un volante en su vida o se cambiaría su familiar epónimo, superviviente ya durante seis generaciones de guardias civiles.

Al pasar a la altura de los motorizados agentes la paralítica velocidad con que Onofre se producía hizo que Ricardo pudiese apreciar en toda su intensidad la mirada de odio incontenido que uno de los guardias les dedicaba. Al instante, Escudero se volvió para comprobar como ambas motocicletas partían en pos de ellos. Afortunadamente para Ricardo y Onofre, los guardias tuvieron bastantes dificultades al hacerlo, al ser necesario que sorteasen a varios de los numerosos coches que les seguían.

-Onofre, tú ¿alguna vez has pasado de cincuenta por hora? -  
inquirió Escudero.

-En mi juventud fui conductor de rallies.

De rallies de caracoles, pensó para sí Ricardo.

-Bueno, Onofre, pues no sé que habrás hecho y si serás buen conductor de rallies, como tú dices. Pero tú y yo estamos borrachos como cubas, estamos organizando un atasco sin precedentes en la provincia, y ahí detrás tenemos a dos lebreles en forma de guardia que seguramente quieren pararnos para darnos un recado que precisamente no creo que sea agradable. O sea, que o aceleras o tú verás que hacemos.

Lo que ocurrió entonces no puede entenderse sin considerar el alto índice de alcoholemia que Onofre portaba en sus arterias y venas. En lo que a Ricardo parecieron intrépidos e inusuales mo-

vimientos, Onofre manejó la palanca de cambios y el acelerador con una habilidad tal, que al cabo de diez segundos transitaban por la autopista a una velocidad bastante mayor a la manifestada como posible en el manual de instrucciones del Renault y ampliamente superior a la permitida en la autopista y a la requerida por las más elementales normas de seguridad y de prudencia.

Melitón y su compañero quedaron absortos ante aquella demostración de habilidad y desfachatez. Los locos que tenían delante no sólo circulaban de forma peligrosa, sino que nada más verles se daban a la fuga de la forma más descarada que ambos guardias recordaban y a una velocidad impropia del vehículo que les transportaba, que sin duda estaba preparado. Ambos guardias conectaron sus sirenas y pusieron toda su atención en la conducción, pues para poder seguir a aquel energúmeno tendrían que marchar a toda la velocidad que otorgaban los motores de sus máquinas.

Ricardo Escudero, boquiabierto, miraba el desencajado rostro de Onofre, que había sufrido una especie de transformación similar a las del Dr. Jeckyll y míster Hyde. Los ojos venosos estaban a punto de salirse de las órbitas y la boca le babeaba copiosamente al tiempo que dibujaba una siniestra sonrisa. Lejos de asustarse, Ricardo decidió que debía colaborar con Onofre al que, para ser honestos, él se había encargado de encabritar. Para ello no se le ocurrió mejor cosa que recoger el fusil de aire comprimido del asiento trasero y cargarlo con uno de los aún abundantes dardos anestésicos que guardaba en sus bolsillos.

-¡Estupendo!, ¡estupendo!, vociferó un excitadísimo Onofre al ver las intenciones de Escudero.

-¡Ahora verán esos medio huevo!, aulló Ricardo igualmente excitado y sacando medio cuerpo por la ventanilla al tiempo que apuntaba al entrecejo de Melitón.

Melitón Miñón estaba contento por lo bien que funcionaba su motocicleta que, al poco de ser requerida para poder alcanzar el loco automóvil infractor, había aumentado la velocidad de forma considerable, experimentando una aceleración que hubiese sido catalogable de gratificante si no hubiese sido porque Melitón no estaba allí para pasar el rato, sino persiguiendo a unos delincuentes que tenían todo el aspecto de ser considerablemente peligrosos. Lo que vio ante sí no hizo más que confirmar sus temores; el ocupante del asiento derecho del Renault blanco estaba sacando el cuerpo por la ventanilla de su lado en peligrosa maniobra (de hecho estuvo apunto de caer al asfalto en un par de ocasiones). Volvió a centrar la atención en el demente aspecto risueño del, ya sin duda alguna, delincuente y la sangre se le heló en las venas. Si los delincuentes eran peligrosos de por sí, los delincuentes locos eran aún peores pues no solía importarles demasiado las consecuencias que se derivasen de sus actos frecuentemente imprudentes y, por lo que estaba viendo Melitón, el que tenía delante era peligroso, loco e imprudente. Con la misma demencial sonrisa, con los canosos cabellos al viento, ofreciendo siniestra estampa, el demente equilibrista del coche infractor amartillaba un rifle y, con signos inequívocos de estar dispuesto a dispararlo, apuntaba

a Melitón, y, al parecer, a la cabeza. Melitón comenzó a hacer eses, como le habían enseñado en las clases teóricas de su época de academia y que, hasta entonces, nunca había tenido que llevar a la práctica. Su compañero, al advertir las maniobras de Melitón, pensó que éste se había vuelto loco de repente hasta que en una de las pasadas que Melitón le hizo por delante de su propia motocicleta notó como algo silbaba junto a su oreja. Observó con más detenimiento las maniobras del automóvil que perseguían, dado que parecía ser la fuente de todas sus desdichas. El loco del lado derecho amartillaba un rifle y, tras haberlo disparado una vez, parecía disponerse a cargarlo de nuevo con un proyectil que, desde su posición, le pareció extremadamente voluminoso. El único consuelo que les quedaba era que, al menos, el rifle no parecía ser de repetición.

En el Renault, Onofre se interesaba por los resultados de las gestiones de Escudero.

-Que, señor Escudero, ¿le ha dado a alguno de esos hijos de puta? Con perdón

-No, me cago en... Pero seguro que tarde o temprano les mando a por margaritas a la cuneta -dijo un vociferante Ricardo mientras cargaba de nuevo el rifle de aire comprimido-. Yo creo, Onofre, que deberías dejar que se acercasen un poco para que así me sea más fácil acertarles.

-¡A la orden! -Chilló Onofre de forma estrafalaria.

Melitón observó como el francotirador se había metido de nuevo en el interior del vehículo y como éste perdía terreno con

respecto a ellos. Hubo un momento en que su compañero, unos metros delante del propio Melitón, entre él y el Renault, se encontraba a medio decámetro del objetivo. Pero cuando todo parecía ganado, surgió de nuevo por la ventanilla la terrorífica faz de aquel delincuente entrecano con su temible rifle amartillado y seguramente cargado. Melitón vio cómo el rifle era encañonado hacia las ruedas de la moto de su compañero, cómo el rifle era disparado y cómo su compañero se daba una bofetada de descomunales proporciones contra el negro asfalto. Melitón decidió continuar la persecución con la esperanza de que su compañero estuviese sano y salvo.

En el suelo, el compañero de Melitón comprobaba como, al menos, debía tener dos o tres huesos importantes fracturados. Con el brazo que parecía haberle quedado sano cogió su intercomunicador reglamentario y relató al puesto que había seis kilómetros más adelante las contingencias por las que se habían visto obligados a pasar. Formuló además una petición de ayuda para su compañero, en forma de refuerzos, y para él mismo, en forma de ambulancia.

En la comisaría de centro, dos coches celulares procedentes de Tordesillas arribaban al aparcamiento del establecimiento policial. En el interior de uno de ellos, estrechamente juntos, viajaban los cuatro malencarados punkis que habían sido detenidos minutos antes en el pueblo.

-Jodé tío, también es mala follá que nos haya encontrao la madera.

-Menos mal que nos ha encontrao ya chutaos y ya estamos funcionando bien, colegas.

Un funcionario abrió las puertas del furgón y bruscamente indicó a los detenidos cuál era el camino que debían seguir.

En el edificio de la Consejería, Bermúdez estaba a punto de perder la paciencia y la razón. Aunque sus interrogatorios le habían puesto en claro que el violador no podía ser otro que Fulgencio Bigeriego Garcés, para el que dio orden de búsqueda telefónicamente, los aspectos formales de sus entrevistas habían distado bastante de ser merecedores del calificativo de normales. Al menos, en su opinión, sus interlocutores no lo habían sido. Además, un elevada proporción de ellos se quejaba de los ataques de una perra rabiosa que andaba suelta por la casa. Por otro lado, algunos individuos ofrecían un aspecto extraño; un tal Micci lucía un hematoma de dimensiones muy estimables producto, según su testimonio, del impacto de un dardo anestésico. Bermúdez no alcanzaba a comprender como un dardo, por muy anestésico que fuese, podía ser capaz de originar hematomas como aquél, y tampoco acertaba a encontrar explicación para que un médico tuviese contactos con un dardo anestésico. Y cuando Micci le explicó que el motivo era que él estaba trabajando en el ordenador, Bermúdez dio por terminado el interrogatorio con el médico, hizo

un receso de cinco minutos para poder poner en orden sus ideas y pidió una tila y un tranquilizante. Al poco de reanudar la sesión de interrogatorios se presentó ante él un ordenanza de importantes dimensiones, que atendía por Curro y tenía tres dedos de una mano vendados e inmovilizados, dado que se los había fracturado aquella misma mañana en plena acción bélica mientras acompañaba a un superior en el campo de batalla. Aquello fue la gota de despropósitos que hizo derramar el vaso de su paciencia. Bermúdez pidió otro descanso, otra tila y otro tranquilizante.

Chacón, en una habitación contigua, registraba a toda persona que fuese a entrar a ser interrogada. En siete ocasiones rechazó a Jaime, al que, todo lo amablemente que pudo, las siete veces indicó que ya había sido interrogado y que, por tanto, no era necesario registrarle una vez más, que no le hacía falta asegurarse de que no llevaba armas y que, por mucho que Bobo insistiese, según su opinión, no parecía que fuese peligroso como no fuese para su castidad. También hubo de insistirle en que él era el policía y, por tanto, el quien hacía los registros y que no era necesario que el doctor Bobo le hiciese registro ni exploración alguna a él.

En un momento providencial para ambos policías, que estaban al borde de la histeria pues no habían visto cosa igual en su vida, sonó un teléfono especialmente dedicado para el uso del comisario Bermúdez, que había dado instrucciones al respecto. Bermúdez cogió el teléfono, lo que escuchó le sonó a música proveniente de los cielos.

-Jefe -sonó al otro lado de la línea- le llamo desde comisaría. En Tordesillas hemos detenido a cuatro punkis: uno de ellos lleva documentación y su nombre es Fulgencio Bigeriego Garcés.

-¿Seguro? -preguntó Bermúdez anhelante, ante la mirada inquisitiva de Chacón que había entrado desde la habitación contigua al oír el ruido del teléfono.

-Seguro, señor. Lo he visto yo mismo.

-Bueno. De todas formas que sigan vigilando la casa de Bigeriego en la ciudad. Nosotros vamos hacia la comisaría ahora mismo.

-¿Qué vamos a la comisaría ahora mismo? -preguntó feliz Chacón ante la perspectiva de huir de Bobo.

-Sí, Chacón. Nos vamos de esta casa de locos. Llame usted a esa doctora Sáez.

-Ahora mismo -y salió Chacón a la búsqueda de Tere, no sin antes sortear la mirada y los dedos de Jaime, que estaba totalmente ciego por Chacón.

Al cabo de unos minutos entró Tere en el despacho que había sido designado como centro de operaciones por el comisario Bermúdez. En el fondo, Tere estaba deseando que aquello terminase cuanto antes, dado que el despacho elegido había sido el suyo.

-Bueno, doctora Sáez, parece que este asunto está a punto de ser resuelto. El tal don Fulgencio está a buen recaudo en la comisaría de centro.

-¡Gracias a Dios! -exclamó Tere que pese a la noticia no las tenía todas consigo.

-De todas maneras tendrán ustedes que venir esta tarde, así como la víctima, a la rueda de reconocimientos. Ya sabe; un puro trámite, pero como buen trámite absolutamente necesario.

-Le comprendo -repuso Tere.

En Tordesillas, un punki gordo y viejo caminaba pesadamente hacia las afueras del pueblo. Llegó a la carretera que conducía a la ciudad y en la cuneta de la misma se plantó para, con un estilo nada académico, ponerse a hacer auto-stop a cuantos coches, camiones, furgones y carros pasasen. Minutos antes se le había visto en la estación de autobuses explorando los bolsillos de sus negras ropas sin que obtuviese resultado positivo alguno. Don Fulgencio, a cada coche que pasaba de largo, se prometía cruel venganza. Tenía una imagen en el cerebro y no se le quitaba de él; era la cara de Tere riéndose a carcajadas, a carcajadas terribles. Cada risotada que resonaba en su cerebro era como una gota en noche insomne y le impedía albergar otro sentimiento que no fuese el de inquietud, odio y venganza. Sobre todo venganza.

## CAPÍTULO XI

El comisario Bermúdez y el inspector Chacón hicieron el camino de vuelta a la comisaría en el coche policial manteniendo un silencio casi absoluto. De vez en cuando alguna tosecilla irreprimible, algún carraspeo, algún suspiro rompía el silencio reinante en el interior del Citroën BX oficial. Ambos estaban seriamente afectados por la experiencia que acababan de vivir. Bermúdez, hasta entonces, creía que la población se encontraba en manos competentes en lo que a Sanidad se refería. Él mismo, alguna vez, y casi siempre como producto de algún estado de ánimo inusualmente bajo o en el contexto de alguna conversación chistosa con sus compañeros, había asegurado que los recursos policiales de la población eran temibles y que la protección del ciudadano era prácticamente inexistente. No obstante, nunca había cuestionado la Sanidad y es que, claro, uno ataca siempre lo que mejor conoce. Pero, de todas formas, Bermúdez estaba seguro de que la más pesimista de las afirmaciones que hubiese podido hacer en su vida sobre la policía –a la que estaba orgulloso de pertenecer–, constituía un ejemplo inalcanzable en lo que se refería a la situación sanitaria si los responsables de ésta eran el ganado de locos que acababan de visitar. Se le venían a la cabeza multitud de deta-

lles. Lo mal que olía el agua del río y las acusaciones radiofónicas de la doctora Sáez, días atrás, a la papelera que había diez kilómetros más abajo. En aquel momento Bermúdez no alcanzó a entender como una fábrica que estaba río abajo podía contaminar las aguas fluviales a su paso por la ciudad, como no fuera por el complicado mecanismo de corrientes subacuático que la doctora Sáez explicó de forma incomprensible. También recordó el extraño bulto en la nalga de su nieta, meses antes, después de vacunar a la pequeña en la Consejería, explicada por Cosme Velasco por una extraña alergia que la Providencia Divina había enviado al glúteo de la niña. Más raro fue que al cabo de un tiempo saliese pus por el bulto y que al poco la niña sanase. Bermúdez, en su fuero interno, dudó siempre de aquel esotérico diagnóstico pero su mujer le decía que ¿qué iba a saber él de esas cosas?.

La cabeza de Chacón también era una jaula de grillos. Aún se sentía perseguido por aquél ninfómano de dudosa higiene. Estaba pensando en quemar la ropa o desinfectarla con algo suficientemente potente, pues el penetrante olor que le impregnaba era realmente difícil de soportar. Varios de los carraspeos que Bermúdez había dado en el viaje de vuelta, subrayados por un pañuelo de celulosa que llevaba simultáneamente a su nariz, fueron interpretados acertadamente por Chacón como signo evidente de que su problema no sólo era su problema. Luego estaba su novia, a la que tendría que dar mil explicaciones para no tener una cita aquel día, pues si era olido por ella le abandonaría para siempre y con razón. Chacón, por éstas y más cuitas, seguía gravemente

preocupado, pues aquella tarde aquel monstruo invertido iría a la comisaría a la rueda de identificación y él estaba de servicio. Una solución era emplear su arma reglamentaria con Jaime y acabar con el problema de una vez, pero Chacón no estaba muy seguro de que esta acción fuese suficientemente entendida. Otra posibilidad era liberar clandestinamente al detenido para así tener que suspender la rueda de identificación, pero aquello era algo que también Chacón dudaba que estuviese bien visto por los compañeros y los superiores. Y las explicaciones que tendría que dar serían demasiado engorrosas. Una tercera salida era fingirse repentinamente enfermo. Aquélla sí era una buena estratagema. Lo único era que sus dotes interpretativas eran totalmente inadecuadas. La última vez que fingió un resfriado en la comisaría, sus compañeros confundieron sus estornudos de ficción con una fabulosa imitación de un chihuahua, y a la menor ocasión era requerido en cualquier fiesta de la comisaría para que ensayase de nuevo tan graciosa imitación. Chacón convino consigo mismo que su situación no era nada envidiable y que como buen policía debería hacerla frente. Aún quedaba la esperanza de que tuviese que ir a un tiroteo contra una banda terrorista o intervenir en una batalla de bandas callejeras; cualquiera de las dos posibilidades le parecían a Chacón infinitamente más atrayentes que la cita que el destino le había preparado.

Ambos policías entraron en la comisaría con cara circunspecta. El sargento Socías les informó de la ausencia de novedades, excepto la comunicada por un guardia civil solicitando ayuda para

perseguir a dos peligrosos delincuentes en la autopista, a la que ya habían sido enviados los refuerzos solicitados. El sargento Socías quedó impresionado por los rictus serios y solemnes dibujados en las caras de los dos policías cuando, en teoría al menos, la visita que acababan de hacer era prácticamente rutinaria y además todo estaba ya solucionado pues el principal encausado se encontraba encerrado.

-Bien Socías, bien -dijo Bermúdez con voz cansada-. Ahora voy a tomar un café. Lo necesito. Hágame usted el favor de subir a ese Bigeriego a la sala de interrogatorios, que dentro de unos minutos iremos Chacón y yo. A ver si acabamos con este tema de una puta vez.

Escudero, encaramado como un primate al exterior del blanco Renault, disparaba por cuarta vez al infortunado Melitón, que había estado a punto de irse al suelo en más de una ocasión y estaba francamente asustado. En sus largos años de servicio, Melitón sólo había conocido el miedo en dos ocasiones; aquélla y otra, quince años antes, en que fue retenido por unos asesinos que aseguraban que le matarían si no se les suministraba determinada cantidad exorbitada de dinero, y hubo momentos en los que Melitón estuvo seguro de que cumplirían sus amenazas. Pero en aquella ocasión era distinto. El espeluznante malhechor entrecano, que cada vez mostraba una agilidad mayor a la hora de trepar por puerta y capota a considerable velocidad, tenía una mirada y

una forma de sonreír que su sola visión helaría la sangre de un hombre curtido en mil batallas. Y Melitón lo era. Ver a aquel feroz saltimbanqui amartillar el rifle en dirección a su anatomía era sobrecogedor. Había desafiado a la suerte ya en cuatro ocasiones y dudaba que tanta fortuna durase mucho tiempo.

-¡Narices! -exclamó Escudero-

-¿Hay algún problema señor Escudero? -se interesó Onofre, que conducía a más de ciento cuarenta kilómetros por hora.

-El condenado guardia ese, que se mueve como un demonio y no hay manera de acertarle -explicó Ricardo, metiéndose de nuevo en el interior del coche por la ventanilla.

-Es intolerable que persigan al ciudadano de este modo, ¿verdad, señor Escudero?

-Efectivamente. Es intolerable cómo persiguen al ciudadano. Y también es intolerable cómo se mueven los cabrones mientras persiguen al ciudadano -puntualizó Ricardo tras cargar de nuevo el rifle, para salir inmediatamente por la ventanilla en dirección a la capota del automóvil.

-¡Animo señor Escudero! ¡No permita que persigan al ciudadano!

Ricardo Escudero recordó un nuevo argumento que añadir en la demente conversación que estaba manteniendo con Onofre. Por ello volvió a meter la cabeza dentro del coche ante la atónita y aterrorizada mirada de Melitón Miñón que, al ver como Escudero salía de nuevo por la ventanilla, comenzó de nuevo a zigzaguear de un lado a otro de la carretera con el objeto de evitar el dardo,

probablemente venenoso, con que estaría cargado en rifle del entrecano energúmeno.

-¡Onofre! -clamó Ricardo cuando hubo metido la cabeza dentro del auto, mientras mantenía el resto de su anatomía sobre la capota-, que nosotros no somos ciudadanos, joder, que somos la autoridad.

-Pues tiene usted razón -asintió feliz Onofre.

-Ja... Al idiota ese se le ha caído el pelo. Además de acertarle con un dardo se le va a caer el pelo -repitió Ricardo en un grito, volviendo a su baluarte ambulante y apuntando a un desencajado y extremadamente móvil Melitón-. ¡La has cagado, medio huevo!

Melitón, vivamente alarmado por la vehemencia con que se prodigaba aquel funambulista de criminales instintos, aminoró la velocidad de su motocicleta, con lo que evitó un blanco casi seguro para Escudero, que estaba dispuesto a disparar y seguro de acertar cuando vio como el huidizo guardia se alejaba de ellos unos metros. Melitón, al pasar una cerrada curva -que Onofre tomó a ciento cuarenta y siete kilómetros por hora, sin que ello pareciese afectar al equilibrio de Escudero-, vio aliviado como a lo lejos estaba dispuesto el dispositivo de seguridad y control solicitado por su compañero unos kilómetros antes.

-Señor Escudero, señor Escudero -llamó Onofre.

-¿Qué pasa? ¿Qué son esos gritos?

-Mire usted ahí delante -dijo Onofre, señalando el grupo policial que tenían ante ellos.

–¡Mierda, mierda, mierda! –maldijo Ricardo–. Aminora un poco Onofre, que quiero mandarle un recuerdo al de ahí detrás a modo de despedida.

Onofre dejó de acelerar, volviendo a conducir a la velocidad de caracol que acostumbraba. Arriba, Ricardo apuntaba por quinta vez a Melitón que, desprevenido por la insólita pérdida de velocidad de su perseguido, se le había acercado más de lo que hubiera deseado. Ricardo disparó de nuevo, rebotando el dardo en el casco del motorista. Melitón, más reconfortado y en el convencimiento de que ya había acabado todo, acercó su moto al blanco Renault, indicando mediante gritos al externo ocupante armado que se diera por vencido, que estaba detenido y que diera gracias de salir ileso de aquella aventura por la que, sin duda, debería pagar con varios años de su vida. Sería por la vehemencia de sus asertos, sería por la apostura de intrepidez de policía heroico que Melitón había adoptado, sería por lo que fuere, el caso es que Melitón había relajado la guardia y aquello fue nefasto para él. Ricardo, en pie sobre el Renault y ante la incrédula mirada del destacamento encargado de su detención, al que estaban a punto de llegar, blandió el arma por el cañón y, tras darla varias vueltas sobre su cabeza, la lanzó hacia el rostro del motorizado guardia con la precisión de un misil. El culatazo que el infortunado Melitón se llevó fue de los que hacen época. Antes de dar con sus huesos en el duro asfalto notó como se tragaba un incisivo y un premolar; y como se le movía, cual badajo de campana, un canino; todos ellos desplazados por el escalofriante impacto del rifle. Melitón, aturdi-

do en el suelo, notaba el sabor de la sangre en su boca. Levantó la vista y pudo ver a su perseguido dando alaridos de alegría un segundo antes de perder el conocimiento.

A la salida de Tordesillas, un punki de aspecto gordo y viejo hacía dedo desde hacía una hora con la esperanza de que alguien quisiese transportarle a la ciudad. El éxito no acompañaba al oscuro auto-stopista y nadie se dignaba a detenerse, posiblemente por la nada tranquilizadora apariencia del solicitante. Lo que más había enfadado al viejo punki no era que nadie se parase, lo cual, dicho sea de paso, le indignaba bastante. Lo que más le había molestado era que, desde dos automóviles, le hubiesen arrojado entre risotadas el contenido de sendos ceniceros abundantemente surtidos, y que un tercero, haciendo ademán de parar, hubiese esperado a que el punki estuviese lo suficientemente próximo como para, al tiempo que le hacía un internacional y ofensivo signo con ambos brazos, recomendarle trabajar, añadiendo además el calificativo mangante.

-Mangante,...me ha llamado mangante. Será posible... Llámame a mi mangante -se lamentaba don Fulgencio al borde de la carretera y al borde del ataque de nervios.

No obstante, el destino quiso que la fortuna le sonriese alguna vez aquella sórdida mañana, cuyo recuerdo infausto fuera confundido en los infiernos. A lo lejos, un camión frigorífico se acercaba a moderada velocidad. Al ver a don Fulgencio reclamando

una parada, el conductor se detuvo, curioso por el aspecto contradictorio del anhelante funcionario.

-¿Hacia dónde vas muchacho?

-A la ciudad -contestó don Fulgencio, al que no le hizo ninguna gracia que le llamasen muchacho.

-Anda, sube, que has tenido suerte -añadió el conductor tendiéndole una mano para ayudarle a subir a la cabina.

Hubo un rato en el que ninguno se atrevió a soltar palabra. Al cabo de un tiempo, don Fulgencio, que además deseaba saber qué era lo que transportaba en el camión por pura deformación profesional, se aventuró.

-¿Qué?, y ¿viene usted de muy lejos?

-Desde Lugo. Salí esta mañana de Lugo con la carne.

-Ah, trae usted carne en el camión.

-Sí. Una buena cantidad.

-Pasará usted frío con el frigorífico a la espalda todo el día.

-¿Qué dices? De ninguna manera. Como que te crees tú que voy a llevar encendido el puto frigorífico durante todo el camino. Estaría tonto. Con todo lo que gasta y el frío que da. Y total, la carne llega más o menos igual.

-No crea, no crea. La carne se debe transportar como dice la Ley.

El camionero estaba alucinado.

-¿Y a ti qué más te da como traiga yo la carne? Además la Ley. ¡Buff!, la Ley. Si cumpliese algo de la Ley, entonces me plantearía cumplir lo del frigorífico también.

-No le entiendo -dijo don Fulgencio sinceramente preocupado y sorprendido.

-Mira, estas vacas se han comprado a ganaderos que las debían haber sacrificado por padecer no sé qué peste vacuna. La carne no se puede vender y a la vaca hay que matarla, y para ello le da un dinero el Gobierno al ganadero como compensación. Pero el ganadero, en vez de matarla él, me la vende a mí. Yo le fabrico un certificado diciendo que he sacrificado al animal y el ganadero se lava las manos y puede cobrar lo que le da el gobierno y algo más que añado yo para que esté contento. ¿Qué pasa con la vaca?: Evidentemente la mato, pero después lo que hago es distinto de lo que se debería hacer. Yo voy, cojo a las vacas, las despiezo y las vendo como buena carne a los restaurantes y supermercados a los que normalmente distribuyo y me gano unos buenos duros, pues los beneficios son mucho mayores. Como si me pillan los de Sanidad el puro que me van a meter va a ser de órdago a la grande lleve o no lleve encendido el frigorífico,... pues eso que me ahorro.

Don Fulgencio estaba boquiabierto sin saber que decir. No sabía si denunciarle, si identificarse, no sabía nada. Lo que acababa de escuchar le había dejado, simplemente, parálítico.

-De todas formas -continuó el conductor- a esos de Sanidad les daba yo. Acaban de decir en la radio que uno de ellos, un tal Bigeriego o así, se ha tirado en su despacho a una pobre mujer. Si le pillase yo a ese tío se iba a enterar. Violar a una pobre mujer aprovechándose de que uno es un capitoste importante. ¡Qué po-

ca vergüenza! Por eso te digo, que a mí ¿que me van a decir?, si en el fondo no hago mal a nadie. No como ese hijo puta. Menos mal que creo que la policía ya está a punto de encontrarlo.

Don Fulgencio estaba totalmente atemorizado. Sólo pensar en lo que le podría hacer semejante bestia le ponía la carne de gallina.

-Y, dígame, ¿usted cree, dice, que están a punto de coger a ese Bigeriego? -preguntó don Fulgencio, olvidando por completo el asunto de las vacas.

-Bueno, según han dicho ya no hay de qué preocuparse. Cuando dicen eso; una de dos: o le han pillado ya o están a punto de hacerlo. Espero que le pillen pronto.

-Quizá no haya sido Bigeriego, parece un buen hombre.

-¿Qué dices? pero si es un hijo de la gran puta. Vive obsesionado con perseguir mayonesas. Yo creo que tiene cara de mayonesa. Entre perseguir mayonesas, perseguir carniceros y charcuteros y hacer leyes incomprensibles se pasa la vida. Oye, y tú ¿qué pasa? ¿es que le conoces?

-Bueno, un poco, ya sabe.

El camionero asintió, aunque no sabía nada.

-Pues como te decía -continuó el camionero-, no me gustaría estar en la piel del degenerado ese de Bigeriego cuando le pillen.

-¿Y por qué? -inquirió preocupado don Fulgencio.

-Porque cuando le pillen lo encerrarán. Y ya se sabe lo que hacen el resto de reclusos con los reos por violación.

-¿Qué hacen? -preguntó don Fulgencio, cuyo rostro estaba albo como el mármol de Carrara.

-¡Puff!. Pues, como el delito de violación es el peor visto dentro de presidio, lo que hacen es lo siguiente: Más tarde o más temprano se enteran de la razón por la que le encierran a uno ¿no?. Si hay algún violador se lo dicen a los presos homosexuales, que los hay a montón, y éstos se encargan del violador.

-¿Cómo? -preguntó don Fulgencio, a punto de tener una convulsión.

-Joder, hay que explicártelo todo. Pues eso, que le cogen entre los maricones y lo violan.

-¿To...to...to...todos? -quiso saber el desencajado funcionario.

-Sí, sí. Todos se lo pasan por la piedra.

Don Fulgencio no volvió a decir palabra. Había quedado sumido en sus pensamientos que, obviamente, no eran muy tranquilizadores. El relato que siguió acerca de la multiplicidad de técnicas desarrolladas por los presos para cumplir su particular sentencia con los violadores que entraban en prisión no contribuyó, en modo alguno, a llevar un poco de sosiego al atribulado corazón de don Fulgencio.

-Señor -dijo el sargento Socías, entreabriendo una puerta-, tenemos al punki en la sala de interrogatorios. Cuando quieran.

Bermúdez y Chacón, que habían permanecido en una oscura habitación de la comisaría, se levantaron cansinamente. Durante

el largo rato de espera habían consumido varios cafés, sin atreverse a formular comentario alguno acerca de la experiencia que acababan de vivir por temor a que el otro confirmase la constelación de inquietudes que se había forjado en su interior.

El punki que portaba la documentación de don Fulgencio había sido conducido a la sala de interrogatorios. Por el camino había solicitado la presencia de un abogado, pero algún distraído golpe en el abdomen le había acabado por disuadir de continuar solicitando tal petición. Cuando fue arrojado a la sala de interrogatorios le dejaron solo en ella. El macarra se quedó pensando un rato en qué tipo de tortura iba a serle administrada, pero decidió no mostrarse pusilánime –en la medida en que le fuera posible– con el madero que viniese a interrogarle. Algo que le tenía confundido era por qué la habían tomado con él, por qué los compañeros de celda no habían querido saludarle y por qué le llamaban Bigeriego y Fulgencio, aunque sobre esto último tenía la fundada sospecha de que se debía a que el pollo al que habían robado en Tordesillas, y cuya documentación llevaba, se llamaba así. En cualquier caso decidió no ser él el que deshiciese el error pues así, cuando menos, fastidiaría un poquito más a la pasma. Pasados unos minutos, Chacón y Bermúdez entraron en la sala.

–Hola –saludó Bermúdez con una sonrisa hipócritamente afable–. A ver, a ver, a ver, ¿cómo dices que te llamas?

–Fulgencio –mintió el punki, que se llamaba Ramiro.

–Fulgencio ¿qué más?

–Bigeriego.

-¿Bigeriego?

-Eso.

-Y, ¿es verdad que eres responsable del delito del que se te acusa?

-Eso dicen -contesto Ramiro con desprecio.

-Mira -dijo Chacón visiblemente nervioso-, estoy harto de guarros como tú. No me hace ninguna gracia lo que hacéis y, si por mi fuera, te arrancaba los cojones ahora mismo con un tenedor. Así que, para que no me ponga nervioso, creo que te conviene ser mucho más locuaz de lo que lo estás siendo.

-Tranquilo Chacón -le calmó Bermúdez, al que le temblaba visiblemente una pierna.

-Eso, tranquilito Chaconcito -dijo con sorna Ramiro, que no logró ver por donde le vino la bofetada que le endosó Bermúdez.

-Bien -continuó Bermúdez, observando como el macarra le miraba con los ojos fuera de las órbitas-, ya has visto que los tipos como tú nos ponen algo nerviosos. Por muy inspector sanitario que seas no te creas que te vamos a dar ningún trato de favor.

-Además tú no te vas de aquí hasta que no nos firmes un papelito en el que digas detalladamente qué has hecho y quién eres... -añadió Chacón, pisándole un pie.

Al cabo de hora y media, Chacón y Bermúdez salían de la sala de interrogatorios con una declaración firmada en la que el punki confesaba llamarse Fulgencio Bigeriego Garcés, ser el autor de la violación de la gorda en Consejería de Salud y de tres o cuatro delitos más que se les habían atragantado a los dos policías en el úl-

timo mes. Tras ellos, el sargento Socías sacaba, ayudado por otro policía de uniforme, al macarra Ramiro que estaba en un lamentable estado. Bermúdez se volvió a Socías.

-Socías.

-Sí, comisario Bermúdez.

-Adecénteme a ese memo, que dentro de dos horas y media ha de estar visible, que tiene rueda de identificación.

-No se preocupe.

Socías se alejó con Ramiro hacia el departamento de cosmética de la comisaría. Allí arreglarían a Ramiro. Por lo menos para que, desde la distancia de la que se hacían las identificaciones, no pudiese apreciarse la variedad de hematomas y traumatismos que adornaban la anatomía del preso.

Ricardo bajó del automóvil cuando Onofre, bruscamente, lo detuvo ante un gran destacamento de policía uniformada. Un policía especialmente rudo y con poblado bigote se acercó al veterinario y le encaró mordazmente.

-A ver, ¿tú quién eres?

-Perdón. No me falte al respeto. A mi me llama de usted y se me pone firmes a poco que le insista. Soy el inspector de Sanidad Veterinaria Ricardo Escudero. Y soy yo quien tiene que hacerle algunas preguntas.

-¡Qué detengan a este dichoso mequetrefe! -gruñó el fornido policía.

Ricardo, prácticamente sin que le diera tiempo a advertir qué estaba ocurriendo, fue introducido en un coche policial por expertas manos. El automóvil, con Ricardo esposado en su interior, arrancó violentamente en dirección a la ciudad.

Una blanca y ruidosa ambulancia transportaba al compañero de Melitón. Al pasar por delante de éste, el guardia informó al conductor que él se encontraba bien, aunque un poco aturdido, tras una fugaz pérdida de conocimiento, y que no le ocurría nada que no pudiese arreglar un buen odontólogo. La ambulancia emprendió camino de nuevo hasta que pasó por el lugar en que se encontraba el Renault blanco de la Consejería de Salud. En torno a él una nube de policías colaboraba en la extracción de Onofre del interior del vehículo, donde se había quedado dormido.

-¿Ocurre algo? -preguntaron desde la ambulancia.

-Sí, uno de los ocupantes del coche transgresor, que parece no estar nada bien. Ha perdido el conocimiento y parece no tener pulso.

-Pues si no tiene pulso lo que tenéis que hacer es llamar a la funeraria o al juez para que levante el cadáver -añadió el conductor de la ambulancia a punto de arrancar de nuevo.

-Espera, espera. Es que no es que no lata nada. Es que late muy despacio.

-Eso ya es otra cosa -dijo el de la ambulancia, descendiendo de la misma y sacando una segunda camilla al exterior-. Oye, -in-

quirió mientras ubicaba a Onofre en la ambulancia un minuto después-, y ¿cómo de despacio dices que van los latidos de este tipo?

-Eso es lo raro. Que va a cuatro latidos por minuto.

En el vetusto edificio sanitario la gente se preparaba para dirigirse hacia sus casas para comer. Tere había dado las instrucciones pertinentes para que Jaime, Francisca Ceballos, José Furiel, Curro, Micci y Josefo acudiesen por la tarde a la comisaría de centro a la rueda de identificación, a donde iría por su cuenta Ramona, que ya se había ido a su casa. Tere cogió su bolso y su chaqueta y, mirando antes de salir -como siempre- el interior de su despacho, recordó lo sucedido aquel día. Si llevaba todo con astucia eliminaría para siempre de su camino al baboso de Fulgencio. Tere cerró la puerta de su despacho y se encaminó hacia la escalera. En el rellano, una multitud de funcionarios de toda clase y nivel pugnaba por firmar en la hoja de control de salida. Micci se empleaba con especial violencia; había apartado de su camino a una de las secretarias, que no cayó por el hueco de la escalera de milagro y, ya junto a la ansiada hoja de salida, hundió su codo en el hígado de Jaime Bobo, que precisó de varios minutos para recuperarse. Mientras esto ocurría, Tere, que nunca firmaba nadie sabía por qué oscuro designio, expectante, ya en la puerta de salida y entrada al edificio, esperaba a que Jaime, Francisca Ceballos, María Moll o cualquier otro desdichado saliesen

para apuntarse a un cómodo y gratuito viaje de vuelta. Francisca Ceballos y María Moll, a su vez, esperaban pacientemente a que fuese otra la que tuviese que llevar a la poco estimada Tere. Cuando ambas vieron salir a un lívido Jaime, que aún se recuperaba del codazo de Micci. Sólo entonces fue cuando emprendieron el camino de salida del edificio. Cuando ambas funcionarias llegaron juntas a la puerta –sabiendo las dos íntimamente cual había sido la táctica de la otra a la salida– escucharon el cotidiano guirigay que se formaba en el jardín que servía de aparcamiento del edificio. La mujer de Cosme Velasco estaba insultando gravemente a Camilo, achacando a su dudosa habilidad al volante los desperfectos del lateral derecho del automóvil de su marido, que estaba dentro del mismo sin atreverse a decir ni mu ni a salir por temor a llevarse un sopapo. Camilo, pacífico hasta un límite lejano ampliamente rebasado por la mujer, rezumaba rencor, pues su coche también tenía varios daños. Llamó fulana a la mujer del médico, que exigió a su marido que saliese del coche a ponerle a Camilo las peras al cuarto. Cosme Velasco, que prefería claramente recibir un moquete propinado por Camilo que uno de su mujer, salió al momento.

–A ver Camilo. ¿Qué pasa contigo? –espetó Cosme, mirando de reojo a su mujer.

–Si no va contigo. Es a tu mujer a la que voy a poner las cosas en claro.

–Camilo que no me controlo –añadió inseguramente el médico.

Cuando Camilo ya había decidido ensayar un crochet de derecha en la mandíbula de Velasco, elevose la voz de Curro, el ordenanza, que asistía divertido al espectáculo.

–¡Eh! Que todas las abolladuras las ha hecho el coche de policía.

Camilo decidió dejar a Cosme, que ya había cerrado los ojos esperando el golpe. Antes de meterse en su coche, no obstante, hizo una pública proclama sobre su opinión acerca del enorme tamaño de la ropa interior del médico y sobre la inexistente vida marital de la pareja, añadiendo el consejo de que Cosme procurase prodigarse más a menudo en el tálamo nupcial para así aplacar los instintos carroñeros de su esposa, a la que se refirió como esa malfollá.

Unos metros más allá, Miguel Escuer –Ingeniero sanitario de la casa– y Raquel Fresneda desplegaban sus esfuerzos intentando movilizar el bien asentado coche de Ricardo Escudero. Miguel Escuer profería juramentos en varios dialectos orientales y era especialmente exacto al describir lo que pensaba hacer con el veterinario cuando éste apareciera –lo cual no era, precisamente, agradable–. Al rato eran varios los funcionarios que, deseosos de descargar su violencia por ejemplo en el coche de Escudero, se prestaron a moverlo. El empeño fue tal que a los cinco minutos el automóvil del veterinario estaba sobre un seto con una rueda pinchada y con varias abolladuras en el techo –resultado de varios puñetazos particularmente vehementes de Miguel Escuer–.

Poco a poco el oscuro edificio fue vaciándose ruidosamente y, como a diario, sólo entonces respiraron tranquilas las ancianas vigas de la construcción. Estaban todo lo orgullosas que puede estar una viga. Habían aguantado un día más.

## CAPÍTULO XII

Tras dejar al guardia en el sanatorio de la policía, el conductor de la ambulancia circulaba por la ciudad con una temeridad notable. Por el aspecto que presentaba, diríase que el individuo que portaba en la camilla estaba a punto de palmarla, si es que no la había palmado ya. Y el hecho de que alguien palmase en el interior de una ambulancia de la empresa estaba tremendamente mal visto por los mandamases. El pobre hombre estaba considerando cuál sería el camino más corto hacia el hospital, cuando un punki de elevada edad descendió de un camión de transporte frigorífico. El ambulanciero pisó secamente el pedal del freno, lo que propició que las ruedas patinaran con violencia. El punki se había escapado por poco, pero la ambulancia no. Siguió deslizándose suave e incontroladamente, hasta colisionar lateralmente con uno de los madroños encargados de adornar el asfaltado paisaje urbano. Unos metros atrás, pesadamente, huía el viejo punki.

Ricardo Escudero evaluaba su situación, llegando a la conclusión de que ésta no era todo lo favorable que a él le hubiera gustado que fuese. Realmente era irritante tener que ir en el asiento trasero de un coche celular de la policía, flanqueado por dos

agentes de adusta mirada y, encima, esposado. Cuantos argumentos se le ocurrieron para hacer comprender a aquel par de bestias que él era toda una autoridad y que no sabían con quién estaban tratando fueron de una utilidad dudosa, dado que lo único que consiguió fue añadir la acusación de amenaza a la de agresión a la autoridad y homicidio frustrado. Además, el corporativismo policial con el infortunado Melitón hacía que los guardias, sin recato, insultasen de forma gruesa y sonrojante al veterinario.

-O sea -dijo el que estaba a la derecha de Ricardo- que eres una autoridad y te tenemos que tener mucho miedo, ¿no, pedazo de cabrón?

-Entiendo que no me ha dicho usted lo que me parece haber oído -dijo Ricardo, adoptando un gesto respetable.

-¡Ah! -ironizó el otro-, su excelencia el señor veterinario inspector sapientísimo hijo de puta, además, es sordo.

-No saben ustedes lo que están haciendo.

-Sí. Hablar con un asesino maricón que ha estado a punto de cargarse a dos compañeros nuestros. Y suerte tienes si llegas vivo a la comisaría... Las fugas son muy corrientes hoy en día y... Cuando un preso se fuga... Ya se sabe...

-Me está usted amenazando de muerte -ladró Ricardo con indignación.

-No. Le estoy diciendo lo que pasa con los delincuentes malos que se quieren escapar. Curiosamente suelen ser los que intentan cargarse guardias. Y más si son toda una autoridad -informó el

guardia de su izquierda a Ricardo, que le estaba mirando con espantados ojos.

-Voy a denunciarles por insultos y amenazas -anunció Escudero dignamente.

Uno de los guardias propinó un fuerte golpe con su porra en la entrepierna de Ricardo, que se dobló compulsivamente hacia delante.

-Se le ha olvidado a vucencia incluir, en el manajo de denuncias ése que piensa hacer, la agresión escrotal.

-No se preocupe -dijo Ricardo entrecortadamente-. No se me olvidará.

El otro guardia agarró del cabello al veterinario.

-Y ¿con qué testigos cuentas para apoyar todas esas denuncias tan terribles que nos vas a poner?

Ricardo comprendió que no tenía nada que hacer. A partir de entonces decidió no volver a intercambiar palabra con sus guardianes, en espera de encontrar en la comisaría a alguien más razonable.

El tiempo que quedaba de viaje, ambos guardias se dedicaron a enseñarle a Escudero, de forma absolutamente gráfica, unos cuantos motivos más por los que un guardia puede ser denunciado.

Jaime, al volante, suspiraba absorto en sus fantasías mirando un semáforo rojo que había cambiado de color por cuarta vez.

-¡Jaime! -aulló Tere que comenzaba a impacientarse-. ¡Qué van cuatro semáforos!

-¿A dónde? -preguntó Jaime, despertando de su sueño erótico chaconiano.

-A ningún sitio. Que arranques de una vez y que empieces a conducir ¡caray! Y sin dar más suspiros de esos -requirió Tere ante el hedor que solía salir por la boca de Jaime cada vez que suspiraba.

-Perdona, no sé en qué estaba pensando.

-En el policía ese del diablo, que te ha dejado todavía más tonto.

-Mujer. Como comprenderás eso que dices no sé porqué me lo dices. Además el comisario Chacón...

-Inspector...-corrigió Tere.

-Es igual. Para el caso... Bueno, pues decía...¿qué decía?

-Hablabas del príncipe ése que te has buscado.

-Eso, Chacón. Que el inspector Chacón es un hombre muy atento, muy educado y que lo sea no quiere decir que me guste.

-Pero te gusta -Jaime no contestó-. Lo que no sé es como dices que es muy educado y atento si ha estado huyendo de ti, lo cual, dicho sea de paso, no me extraña, durante toda la mañana.

-No te creas, no te creas.

-Pero si le he visto corriendo por el pasillo del primer piso buscando al comisario Bermúdez y diciendo que le auxiliasen, que le perseguía un ninfómano subnormal.

-Pues le perseguiría un ninffff...como se diga... subnormal, pero no tengo porqué ser yo. Además yo no puedo ser una cosa que no sé lo que significa.

Tere consideró momentáneamente cuál de las dos cosas no sería Jaime, si ninfómano o subnormal, pues prácticamente estaba segura de que Bobo no entendía el significado de ninguno de los dos términos.

-Tú dirás lo que quieras, pero detrás de ese pobre loco apareciste tú diciendo macizo, tío bueno, déjame que te ponga una inyección.

Jaime no contestó, pensando en una respuesta adecuada, pero, como le ocurría a menudo, ésta no llegó nunca a su cerebro.

El automóvil de Jaime discurrió con lentitud hasta el portal de la casa de Tere.

-Jaime -dijo Tere, una vez que había descendido del coche-, no se te olvide ir esta tarde a la comisaría a la rueda de reconocimientos.

Tere no obtuvo respuesta. Jaime continuaba pensando qué contestación darle a su amiga.

Don Fulgencio se despidió del camionero, que había detenido su vehículo cerca de su casa. El camión se alejó del lugar y el médico vestido de punki comenzó a cruzar la calle ignorando por completo todas las normas escritas y orales de elemental pruden-

cia. Una ambulancia que circulaba a notable velocidad comenzó a patinar dado que don Fulgencio se había interpuesto en el camino previamente trazado por la mente del conductor del vehículo. Don Fulgencio se percató de que algo ocurría y levantó la vista, observando como un vehículo sanitario pasaba a escasos centímetros de su anatomía en posición transversal y en dirección a un árbol plantado en la acera, con el que segundos más tarde rebotó. Al ver la trayectoria del vehículo, y deduciendo sagazmente que dicha trayectoria dudosamente sería intencionada, don Fulgencio comprendió que el único presunto obstáculo que impedía a la ambulancia continuar con una trayectoria más adecuada con el diseño del vehículo y con el raciocinio sensato era él mismo. Todo lo ágilmente que pudo, y evidentemente no era mucho, corrió hacia una bocacalle próxima con la idea de desentenderse de tal altercado. Ya llevaba demasiados acontecimientos siniestros aquel funesto día como para involucrarse en un accidente posiblemente horroroso. Parapetado en una esquina, observó como la ambulancia continuaba su periplo sin detenerse siquiera. Indudablemente, pensó don Fulgencio, transporta a un enfermo de gravedad, pues lo sucedido era como para detenerse a buscar al causante, considerando seriamente el ajusticiamiento antes de empezar a hablar.

Onofre, en el interior de la ambulancia, seguía profundamente dormido. El impacto contra el madroño no había propiciado ti-

po alguno de reacción en su organismo. El conductor sangraba copiosamente por una ceja, que había impactado violentamente con el espejo retrovisor. Su preocupación iba en aumento, considerando que las posibilidades de que su precioso –y esto sí que era un decir– cargamento llegase con vida al hospital habían disminuido bastante, en relación inversa a sus posibilidades de ser despedido. Al poco, pudo vislumbrar la estructura del funcional y antiestético edificio asistencial. Cemento y ventanas eran los dos componentes principales de la construcción, todo ello con un insulso color grisáceo que brillaba por las tardes cuando el sol ya estaba bajo. La monumentalidad era otra de las características del centro. Tenía tres mil quinientas diecisiete camas (estas diecisiete nadie sabía muy bien qué pintaban), y de ellas, podría decirse que sobraban como mínimo las tres mil primeras. El hospital, no es que estuviese sobredimensionado para una capital de provincias, estaba sobredimensionado para el mismísimo Pekín. La constelación de servicios con los que contaba generaba tal caos administrativo que el director gerente ya había tenido que ser atendido dos veces por síntomas psíquicos mal definidos (curiosamente el hospital no contaba con servicio de psiquiatría), como depresiones profundas, crisis maníacas y erotomanía compulsiva en el último verano, en el que aduciendo los escuetos vestuarios que lucían sus secretarías justificó su pasión desmedida, como consecuencia de la cual se benefició a todas sus subordinadas, que accedieron de buen grado, considerando que se trataba del director gerente y que, después de todo, no estaba tan mal el chico.

En la entrada de Urgencias se metió la ambulancia. Una vez ante la puerta, el conductor salió rápidamente, con la esperanza de que Onofre aún estuviera vivo. Dos celadores acudieron en su ayuda.

-Corred, corred, que éste se me muere dentro de la ambulancia -anunció el ambulanciero.

-¿Tan mal está? -preguntó uno de los celadores, mientras miraba los desperfectos ocasionados por el madroño en colaboración con don Fulgencio.

-Ni te lo imaginas. El corazón -informó el otro mientras abría el portón trasero.

-Oye, no nos jodas a nosotros, a ver si la va a espichar en las fiambreras.

Por un curioso planteamiento de diseño sui generis, nunca bien explicado, el servicio de Urgencias se encontraba en la duodécima planta del edificio, por lo que los ascensores (no siempre disponibles, y menos rápidamente) eran conocidos como las fiambreras. El motivo de este apelativo era el elevado número de ocasiones en las que lo que se transportaba en ellas eran fiambres -según la cáustica terminología del personal.

-Mira, macho; vengo desde la autopista a toda hostia con la idea de que este tío llegue vivo porque si no me despiden. Por el camino he estado a punto de cargarme a un individuo deforme que parecía ser el abuelo de Johnnie Rotten o un jubilado de los Sex Pistols. Por si fuera poco, me la he dado con un árbol por culpa de ese baboso y ahora llego aquí y me andáis con gilipolleces.

Me da igual donde la espiche este tío siempre que no sea dentro de mi ambulancia. Y si la espicha dentro de mi ambulancia, estad seguros de que vosotros la espicháis con él. Dentro o fuera de mi ambulancia.

Ante la vehemencia con que se expresó el conductor, ambos celadores trasplantaron (nunca mejor dicho) rápidamente a Onofre de la camilla de la ambulancia a otra camilla portátil y emprendieron veloz carrera hacia los ascensores. Onofre, pese a los violentos golpes que su nuca se daba con la barra del cabecero de la camilla con cada zancada de sus porteadores, seguía plácidamente dormido.

-A ver si llegamos arriba -decía uno a otro.

-Nosotros sí que llegamos, el que seguramente no llega es éste tipo -dijo el celador que iba detrás, mirando lo que a él le parecía la cara de un ser inanimado: un cadáver.

Nerviosamente presionaron cuantos botones había en el panel de los ascensores. Al cabo de seis minutos se abrieron las puertas de uno de ellos, en el que se metieron los dos celadores, la camilla con Onofre y catorce personas más.

Diez minutos después se encontraban en el piso undécimo ambos celadores solos con la camilla y con Onofre. El ascensor subía -aunque no lo parecía- hacia la duodécima planta. El más pusilánime de los celadores, que seguía fijándose en el inanimado rostro de Onofre, acercó su oreja al pecho del funcionario intentando escuchar su corazón.

-¿Qué haces? -preguntó el otro.

-Chsssst -chistó el primero que, recostado sobre el lado derecho de Onofre, no oía ninguno de los tres latidos por minuto con que batía el corazón de éste unos centímetros más a la izquierda-. Este tío está ya muerto -susurró.

-¿Qué dices? -dijo alarmado el compañero, al tiempo que pulsaba el botón de parada del ascensor, deteniéndolo entre piso y piso y comprobando por sí mismo la veracidad del diagnóstico del otro-. Cojones, pues es cierto -anunció, cometiendo un error idéntico al del primero-. Y, ¿ahora qué hacemos?

-¿Y yo qué coño sé? Lo que no vamos a hacer es subirlo a Urgencias, pues menudo cabreo se cogerían.

-La culpa la tiene el cabrón de la ambulancia. Seguro que éste ya se había muerto y él ya lo sabía.

-No creo. Debe haberse muerto hace muy poco porque aun está bastante caliente.

-Me da igual. ¿Qué hacemos? No podemos quedarnos aquí dentro con el fiambre toda la vida. ¡Vamos, digo yo!

Tras un período que se les hizo eterno, ambos meditaron qué hacer. Las relaciones laborales en el hospital estaban tan deterioradas como la psique del director gerente y llegar con un cadáver a la sala de Urgencias era motivo más que suficiente como para considerar un despido fulminante como una contingencia posible y probable. Al fin, a uno de ellos se le encendió una luz dentro de la cabeza.

-Ya está, vamos a llevarlo al pasillo de Radiología. Como por allí hay enfermos de todas las plantas y los hay a mogollón, si dejamos a éste en un pasillo seguro que nadie reparará en él.

-Buena idea -aplaudió su compañero.

Oprimieron el botón correspondiente a la planta de Radiología y, una vez en ella, salieron de la fiambarrera en dirección a uno de los poblados pasillos. Cuando estuvieron en uno especialmente repleto, y aprovechando que nadie se fijaba en la maniobra (realmente, en la práctica, nadie se fijaba en nada), abandonaron la camilla y huyeron todo lo veloces que la discreción les permitía en dirección a la planta baja.

Cuando llegaron allí un coche policial estaba en la puerta. Uno de los guardias les abordó.

-Buenas tardes. Por favor, ¿han subido ustedes a un enfermo, que acaba de llegar en una ambulancia, a Urgencias?

-Hombre, hemos subido a muchos durante toda la mañana y lo poco que llevamos de tarde -dijo uno de los celadores intentando escurrir el bulto.

-Comprendo. Se trata de un individuo que ha tenido un accidente en la autopista y desde la autopista le han traído aquí. Nosotros veníamos detrás pero les hemos perdido cuando han colisionado con un árbol, por el camino, después de un patinazo.

Ambos celadores se miraron preocupados. Estaban en un lío.

-No -acertó a decir uno de ellos-. No hemos subido a nadie así. Si lo hubiéramos hecho nos acordaríamos perfectamente. No todos los días tenemos enfermos así.

-Claro, claro. Disculpen -dijo el policía, encaminándose a otros dos celadores que salían de una de las fiambreras.

En el pasillo de Radiología un médico tiró al suelo inadvertidamente la Historia Clínica del enfermo que estaba junto a Onofre, cayendo el sobre bajo la camilla del funcionario. Unos minutos después una enfermera pasó junto a Onofre y, al advertir el sobre en el suelo, lo recogió y lo dejó donde creyó que era su sitio: a los pies de Onofre.

Escudero estaba siendo sacado del coche con brusquedad. Dentro de la comisaría, Bermúdez deseaba conocer al delincuente de la autopista. Un cabo le anunció que acababan de traerle.

-Que me lo pasen a la sala de interrogatorios en este momento -ordenó Bermúdez, que estaba cogiendo marcha-.

Bermúdez se dirigió a la sala de interrogatorios, no sin antes aprovisionarse con un bocadillo de queso y un botellín de Mahou Cinco Estrellas.

Prácticamente tras los pasos de Bermúdez entró el sargento Socías con un martirizado Ricardo Escudero asido del brazo.

-¿Pero qué le han hecho a este desdichado? -preguntó alarmado el comisario al sargento al observar la pinta de Ecce Homo que lucía Escudero.

-Parece que los chicos venían un poco molestos.

-¿Un poco molestos?

-Sí. A ninguno le gusta tratar con demasiada cortesía a los asesinos de policías.

-Pero si este tío no se ha cargado a nadie.

-Porque no le han dejado -arguyó Socías, al que no le gustaba nada la postura comprensiva que adoptaba el comisario.

-Bien. Déjenos solos, por favor, sargento.

Cuando hubo salido el sargento, Bermúdez se quedó sentado en el centro de la estancia mirando la alucinante anatomía de Escudero. Gran parte de su cabello había sido arrancado a tirones, como si hubiese sido abordado por una tribu de sioux en pie de guerra. Varios hilos de roja sangre brotaban de cejas y comisuras y, por la tendencia del preso a cruzar las piernas, Bermúdez dedujo que sus partes pudendas habían sido objeto de un tratamiento especial. Bermúdez no miraba con buenos ojos a los delincuentes que maltrataban policías, incluso le causaban especial repugnancia, y no estaba, por lo general, demasiado dispuesto a ser demasiado humano con ellos, mostrándose normalmente seco y, a veces, incluso, violento. Pero aquello era diferente. El aspecto de Escudero sólo despertaba sentimientos de misericordia. Al pobre veterinario le temblaban aún las piernas, que apenas le sostenían, y, sin embargo, era incapaz de sentarse. Cualquier tipo de rozamiento con los pantalones y calzoncillos que se produjese al moverse seguramente acabaría de desbarajustar definitivamente su inflamadísimo y transitado escroto. Bermúdez, por su parte, estaba seguro de que ni siquiera los avezados artistas del departamento de cosmética podrían arreglar los destrozos que salpicaban

a Ricardo. Bermúdez además temía que la prensa, últimamente muy picajosa con estas banalidades, orquestase una nueva campaña de descrédito policial. Y si eso ocurría, la primera cabeza que rodaría sería la suya.

Ricardo estaba literalmente acojonado. Miraba con espanto a Bermúdez dando por descontado que de un momento a otro comenzarían las bofetadas y los golpes. Personalmente, el mismo Escudero había expresado públicamente y con vehemencia su convencimiento de que al delincuente había que tratarlo duramente y que los remilgos a la hora de soltar un cachete sólo conducían al envalentonamiento de los criminales y a la pérdida de prestigio de la policía. Lo que acababa de ocurrirle había tirado toda su teoría por el suelo. Era lógico que se sintiesen ofendidos por haber lanzado unos darditos a unos motoristas, pero él esperaba que su posición haría apaciguar los ánimos de los toscos agentes cuando lo que sucedió fue exactamente lo contrario. Ahora, aquel misterioso comisario parecía estar cogiendo resuello para obsequiarle con todo un nuevo repertorio de agresiones, aunque Ricardo dudaba que por muy novedoso que resultase dicho repertorio a él no le resultase familiar.

-Siéntese, hombre.

Una leche, pensó Ricardo, si me siento seguro que me pone la cara morada a patadas o me aplica unos electrodos en la entrepierna.

-Gracias, gracias, estoy mejor de pie.

-Como quiera -Bermúdez sacó una cajetilla de tabaco y le ofreció al desconfiado Escudero.

-No fumo. Gracias -mintió Escudero seguro de que los cigarrillos contendrían algún tipo horrible de narcótico requisado o que, cuando menos, explosionarían en sus narices.

Bermúdez captó el supremo pánico de Escudero como un signo de dignidad en un detenido que se sentía ultrajado y estaba dispuesto a armar la marimorena en cuanto topase con un periodista.

Ricardo, por su lado, había decidido declararse culpable de todo con tal de que no le zumbasen más la badana.

-Soy culpable de todo -anunció.

-Hombre, eso habría que probarlo -dijo Bermúdez.

Ricardo interpretó aquello como un síntoma inequívoco de que las intenciones de Bermúdez no eran otras que pasearle manos, puños y zapatos por cabeza, cuerpo y extremidades. Y que el policía, sencillamente, no estaba dispuesto a dejarle irse de rositas sin ningún recuerdo personal suyo.

-Le digo que fui yo. Yo atacué a los dos motoristas y a los dos derribé. Seguro que hay pruebas. Mis huellas dactilares deben estar por todo el coche y por todo el rifle de dardos anestésicos. Además mire --ricardo extrajo unos cuantos dardos que aún conservaba en los bolsillos--, tengo los dardos que seguro que coinciden exactamente con los de la autopista y con el que clavé al primer policía.

Bermúdez comprendió la estratagema. Aquel demonio, seguro de salir bien parado de cualquier juzgado, dado que, todo lo más, sólo se le podría acusar de agresiones, intentaba declararse culpable para ir con el cuento de las torturas y los malos tratos en cuanto saliese por la puerta y viese a su abogado.

-Y una mierda -dijo malhumorado el policía-. Esos dardos no prueban nada. Cualquiera tiene dardos de esos hoy día. Y las huellas dactilares no indican nada en absoluto tampoco. ¿Quién no me dice a mí que un delincuente le robó el rifle, lo disparó poniéndose unos guantes y por eso las únicas huellas que hay son las de su legítimo propietario?

Ricardo miró al policía con los ojos muy abiertos.

-De hecho el rifle no es mío -informó-, me lo llevé del edificio de la Consejería de Salud.

-¿Qué dice? -preguntó Bermúdez sinceramente alarmado-, ¿qué tiene usted que ver con la Consejería de Salud?

-Soy inspector veterinario responsable del departamento de zoonosis.

Dios mío uno de esos locos, pensó Bermúdez, convencido de que si no llevaba el asunto con tacto supremo su carrera había terminado. Bermúdez pensó rápidamente.

-Vamos a ver, entonces, ¿usted es inspector sanitario?

-Sí, señor.

-Es decir, una autoridad.

Ricardo creyó ver en la frase la misma ironía que precedió, minutos antes, al aluvión de golpes en el coche celular.

-Bueno, no exactamente. Usted sí es una autoridad, pero yo... Yo sólo soy un pobre inspector veterinario responsable del departamento de zoonosis.

-No señor. Usted es muy importante. Usted es una autoridad. Una autoridad que, en el ejercicio de su deber, se ha visto atacada por las fuerzas del orden. Le prometo que el responsable pagará caro lo que ha hecho.

-Pero, ¿qué dice?

-Porque, vamos a ver, usted se identificó ¿no es cierto?

-No, no, de ningún modo.

Bermúdez comenzaba a desesperarse y Ricardo ya se cubría el rostro cada vez que el nervioso Bermúdez se le acercaba.

-¿Su coche no lleva distintivo alguno?

-El que hemos usado hoy, no.

-Bueno, pero tendrá matrícula.

-Sí, eso sí.

-Pues ya está. El policía debía saber que era un coche sanitario sólo con ver la matrícula.

-Pero, hombre, eso es muy difícil.

-Nada, nada. Mis guardias tienen que saberse de memoria las matrículas de todos los coches oficiales. Es su obligación. Además, ¿qué hizo usted cuando vio que le perseguían?

-Dispararles dardos anestésicos.

-Exacto. Y ¿quién tiene, normalmente dardos anestésicos?: los inspectores de Sanidad. Es raro que alguien más los tenga.

-Pero usted mismo, hace un momento, ha dicho lo contrario.

-Olvídese de lo que he dicho. Táctica interrogatoria. Nada más.

-Pero más tarde le lancé el rifle a la boca.

-Claro, ¿qué iba a hacer usted? Si era perseguido injustamente y le impedían realizar su encomiable labor.

Ricardo estaba absolutamente atónito.

-A ver -bramó por el interfono Bermúdez- ¿quién era el guardia que estaba en la autopista ésta mañana?

-Miñón -contestó una voz metálica.

-Qué venga Miñón inmediatamente a la sala de interrogatorios.

Ricardo Escudero, aún desconfiado, dedujo que Bermúdez le quería someter a un careo para empujarle definitivamente.

Melitón Miñón apareció por la puerta pasados unos minutos. Tenía la boca horrorosamente inflamada.

-Pebdone, feñor comifario, ef que eftaba enjuagándome la boca.

-Miñón, ¿reconoce usted a este hombre? -inquirió Bermúdez, señalando a Escudero con el dedo.

-¡Hifo puta! -chilló Miñón al reparar en Escudero-, ¡mida lo que me haz hecho!

Ricardo dio por sentado que se daría por contento si sólo salía paralítico de aquel despacho.

-¡Cabo Miñón! -imperó Bermúdez con voz profunda, justo cuando Melitón Miñón comenzaba a estrangular a Escudero-, repórtese y póngase firmes.

El cabo Miñón obedeció.

-Cabo Miñón -continuó Bermúdez enfáticamente-, le he ordenado que se ponga firmes, pero que se ponga firmes delante del inspector Escudero y le presente sus excusas.

-¿Inspector Escudero? -preguntó Miñón entre sorprendido y alarmado.

-Sí. Inspector veterinario responsable del departamento de fimosis.

-Zoonosis -se atrevió a corregir un apocado Ricardo.

-¡Ah! -exclamó el motorista- un enfuapapelef de éfof. ¿Y me tengo que cuadrar ante este afeño? Está usted loco.

-Ni loco, ni pollas -barritó Bermúdez expeliendo multitud de salivajos-. Ahora mismo se cuadra usted y pide excusas o le meto en una mazmorra hasta el día que se jubile. ¿Entendido?

-Fí, feñor; pedo no entiendo nada.

-Por eso es usted guardia, porque no entiende nada.

-Feñor yo...

-¡Qué se calle, le digo! A ver, ¿cuál era la matrícula del coche del señor Escudero.

-Feñor, estaba tan concentrado equivocando los dardos que me lanzaba este anim... el feñor Escudero, que no me fijé en el número de su matrícula.

-No se fijó en el número de su matrícula -ironizó Bermúdez.

-No, feñor -respondió Melitón, reconociendo en el tono de Bermúdez que iba a ser empujado sin mucha tardanza.

-¿Qué ha dicho que le lanzaba el señor Escudero?

-Dardo.

-¿Dardos? Y...¿quién suele usar dardos, y dardos anestésicos particularmente?

-La verdad es que no es muy corriente, pero, no obstante, la intención de herir a la fuerza pública era notoria, según mi entender -dijo Melitón justificándose.

-¡Hemos quedado en que usted no entiende nada! Y, como no entiende nada, ahora mismo va usted a acompañar al señor Escudero a su casa, protegiéndole durante el camino y poniéndose a sus órdenes de forma totalmente incondicional y sumisa. Y después, si el señor Escudero no le ordena nada, se vuelve usted a la comisaría que ya le daré algún encarguito para esta noche.

-Pero señor, a las doce de la noche comenzaba mi día libre y...

-Exactamente: comenzaba, pero ya no comienza. ¿Entendido?

-Fí señor -dijo entristecido y asombrado el cabo Miñón.

Escudero, en un rincón del despacho, estaba absolutamente perplejo. Suponía que el guardia aprovecharía la menor oportunidad para darle un tiro o un porrazo. O que, aunque él había oído personalmente las órdenes de Bermúdez, éstas estarían sometidas a una especie de código secreto ininteligible y en realidad estaba indicando al guardia como y cuando liquidarle.

-Realmente -terció el veterinario- no es necesario que ustedes se tomen tantas molestias.

-No son molestias. Así han de ser las cosas -sentenció Bermúdez.

Melitón Miñón, en aquellos momentos, no sabía a quién odiaba más: si al sanguinario criminal entrecano o al comisario Bermúdez. Apesadumbrado y sin entender nada, ofreció su compañía de muy mala gana a Escudero, que no obtuvo ningún éxito al rechazarla. Poco después ambos salían de la comisaría en dirección a casa del veterinario. En la comisaría, en un rincón, sobre una mesa, quedó olvidado un paquete. En su interior se alojaban los pastelillos de El Pimpollo esperando la oportunidad de poder demostrar de forma incontestable su venenosidad.

Jorge, el compañero sentimental de Jaime, miraba a éste en el cuarto de baño, absolutamente atónito.

-¿Porqué te pones tanto perfume? -preguntó mareado y abriendo una ventana.

-Me estoy poniendo lo normal -farfulló impertinentemente Jaime, al que no le agradaba que su pareja le observase cuando se arreglaba. Mientras, agotaba un segundo frasco de Caribbean Fragance.

-Te estarás poniendo lo normal, pero hueles a plátano que tira de espaldas.

-No sabes nada. ¡A plátano! ¡Ja! Inculto. Huelo a Caribe, a sabor tropical.

-Pero ¿dónde tienes que ir esta tarde de forma tan aromática? ¿A un congreso de chimpancés o algo por el estilo?

-Tengo que ir a la comisaría.

-Fantástico. ¡A ver si te encierran!

-Eres un grosero -y diciendo esto fumigó el rostro deñ otro con parte del contenido de un tercer frasco.

-¡Estás loco! -aulló Jorge.

Jaime continuó su acicalamiento con su singular y habitual mal gusto, algo perfeccionado por que se estaba esmerando. No hacía otra cosa que pensar en su apuesto don Juan e ignoraba por completo los comentarios de su Jorge, según Jaime carente de todo gusto y educación; apreciación -por una vez- no demasiado descaminada.

Tras varios cáusticos comentarios, en los que el tema central era la condición de primate de la persona que fuese a ver Jaime aquella tarde y la política de disuasión por medio del olfato que éste empleaba, Jorge se abandonó en un no menos abandonado sillón y se puso a ver vídeos pornográficos.

-Eso es. Ponte a ver guarradas -vociferó desagradablemente Jaime-. Ponte a ver guarradas, so salido.

-El menos esto me sirve de estímulo y me recuerda que el pito sirve para más cosas además de para mear. ¿Me entiendes?

Jaime le había entendido perfectamente.

-No decías lo mismo hace años -repuso furioso.

-Eso fue antes de descubrir que tenía seis dioptrías en cada ojo y de que, gracias a tu fobia al jabón, se me curase la anosmia de golpe y porrazo.

-¿La qué?

-Perdona, olvidaba que ignoras el significado cualquier término médico medianamente complejo: Anosmia o ausencia de olfato.

-Tú nunca tuviste ausencia de olfato.

-Es verdad. Era un broma. Aunque eso hace que sea absolutamente incomprensible que me enrollase contigo.

Jaime, dolido y furioso -a nadie le gusta que le suelten las verdades de forma tan cruda-, agarró un cenicero y se dispuso a lanzarlo justo después de que Jorge desapareciese tras la puerta de la cocina.

-Ya me las pagarás -dijo rabiosamente Jaime.

Jorge no contestó.

Unos minutos después, y tras una larga filípica expuesta a la puerta de la cocina, Jaime se marchó de su casa dando un sonoro portazo. En la cocina, Jorge leía un tebeo de Mortadelo y Filemón y desatendía de forma absoluta el ruido que salía por la boca Jaime.

Don Fulgencio, aún algo aturdido por el accidente que había provocado, se encaminaba a su casa con el ánimo de cambiarse de ropa. Cuando llegó frente a su portal advirtió la numerosa vigilancia policial establecida.

Parapetado tras un automóvil, vigiló la actividad de los policías. Al pronto reconoció, en la oscuridad del portal, a su mujer conversando con un policía uniformado que tomaba notas en una

libreta. Aquello le extrañó mucho. No pensaba que lo que había escuchado en la radio del transportista de carne de vaca clandestina fuese cierto, y ni mucho menos que fuese tan cierto. Seguramente el buscado era él. Inmerso en su odio y en la impotencia – sobre todo por no poderse quitar aquellas ropas ridículas–, don Fulgencio se prometió que María Teresa Sáez Benavides se las pagaría todas juntas.

## CAPÍTULO XIII

El doctor Ramón Saldaña Ortega examinaba el historial clínico del enfermo de la cama 6.134. Necesitaba hacerle un sondaje para hacerle un lavado vesical. Algo que le llamó la atención fue la enorme somnolencia que acusaba el paciente y la discordancia entre la edad aparente del enfermo -frisando la sesentena- y la indicada en su historial médico -treinta y cuatro-. Posiblemente se trataría de un error de transcripción y serían cincuenta y cuatro. El doctor Saldaña procedió a subsanar el error con su bolígrafo y se marchó a uno de los numerosos bares del hospital.

Escudero se despidió en la puerta de su casa de un mudo Melitón. El guardia aún conservaba bastante rencor en forma de inflamación bucal y de ausencia de piezas dentales. Cada vez que con su lengua exploraba los doloridos agujeros dejados por las raíces de los dientes perdidos, a duras penas podía controlarse. Ni siquiera se molestó en volver la mirada cuando Escudero le despidió.

El sargento Socías dio paso a la sala de espera a un sarasa que olía a bananero tropical.

-¿Está usted seguro de que no ha pisado ningún plátano? -inquirió Socías extrañado del aroma que acompañaba a aquel individuo.

-Completamente -respondió Jaime.

-No, si ya comprendo que es un poco rara mi pregunta, pero es que tengo la impresión de estar en Gran Canaria.

Curro, que dormitaba desde hacía diez minutos en la sala de espera, despertó poniéndose a olisquear de inmediato el aire con curiosidad.

-La delicia de un papión -murmuró mientras fruncía el ceño.

-¿Qué dice usted? -preguntó Jaime al ordenanza.

-Nada. Que menudo papelón. ¿Eh? -repuso el obeso subalterno al sospechar de quién emanaba el tropical efluvio

-Desde luego -comentó Jaime, que no sabía muy bien para qué había ido, ni sabía en absoluto dónde encontrar a Chacón-. ¿Ha visto usted a Chacón, Curro?

-¿A quién?

-A Chacón.

-Y, ¿quién es éste?

-Un policía. El encargado del caso.

-No. No lo he visto. No sé quien es.

A Jaime le pareció incomprensible que alguien no supiese quien era Chacón, cuando era obvio y notorio que era el policía más importante de la ciudad. Durante unos minutos Jaime com-

partió asiento con Curro, al que fastidió la siesta. No porque, por educación, Curro no debiera dormirse, que eso bien poco le importaba, sino por el aroma a plátano que reinaba en el ambiente y que tenía al ordenanza absolutamente aturdido.

-¿Tienen ustedes algún jardín en la comisaría? -preguntó Curro a un policía uniformado que pasaba por allí.

-No. No hay ninguno.

-Pues alguien se ha dejado la compra por aquí cerca. Alguien a quien le gustan mucho los plátanos.

El policía advirtió el olor inmediatamente.

-Tiene usted razón. ¡Qué peste a plátano!

Jaime Bobo, ajeno a la conversación de los dos hombres, estaba sentado en un banco de la comisaría pintándose los labios de un rabioso color carmesí.

El inspector Chacón, que se había ofrecido voluntario para toda clase de misiones suicidas que tuviesen lugar aquella tarde, se tuvo que conformar con reclutar personal por la comisaría para la rueda de reconocimientos. Desde la ventana de uno de los despachos había visto entrar a Jaime Bobo y se prometió que no saldría de allí hasta que no tuviese garantías de que aquel individuo se hubiese marchado. Lo que no sabía era que el cabo Méndez le había visto encerrarse. Y al cabo Méndez le llamó la atención seme-

jante encierro lo suficiente como para recordar, en su momento, donde se encontraba el inspector.

En un semáforo de la ciudad don Fulgencio pedía dinero para comer.

-¡A trabajar, hombre! -le dijo el propietario de un Peugeot justo antes de arrancar, una vez puesto el semáforo de color verde.

Tras un par de horas de mendicidad, don Fulgencio había podido obtener setecientas cinco pesetas. Con ellas se dirigió a un restaurante económico e insano al que anteriormente había puesto varias multas. Aquel día anunciaban menú del día por novecientas cincuenta.

-A ver -le dijo al camarero cuando le hubo atendido-, póngame un menú.

El camarero asintió y se encaminó a la cocina.

-Acaba de llegar un tío rarísimo -anunció al llegar a la asquerosa cocina dejando la bandeja sobre el cubo de la basura.

-Buah. No sé de que te extrañas, si este restaurante parece un museo -le contestó el cocinero, que además era el dueño-.

-Sí, pero es que este tío es más raro de lo corriente.

-Y ¿qué tiene de raro, si puede saberse?

-Pues, primero que me suena muchísimo su cara, y segundo que va vestido de punki y debe tener alrededor de sesenta años.

-¿Con cresta?

-¡Qué más quisiera él!. La verdad es que tiene poco pelo para una cresta.

El cocinero se secó las manos con un paño que además de secárselas se las ensució, y se dirigió al ventanuco que comunicaba la cocina con el comedor, con la intención de ver a semejante espécimen.

-¿Cuál es?

-El de la mesa seis.

El individuo de la mesa seis le pareció bastante familiar al dueño del restaurante.

-Cojones, si es el Bigeriego vestido de punki.

-¿Quién? -preguntó el camarero.

-Bigeriego. Fulgencio Bigeriego. El jefe de Inspección de Sanidad.

-¿El jefe de Inspección de Sanidad es un punki?

-No lo era, pero ahora sí lo es. De cualquier modo, punki o no, es él y vamos a alimentar como se merece a ese pedazo de cabrón.

En la comisaría, la sala de espera parecía un gallinero.

-¡Dios de mi vida! -chillaba Cosme Velasco- líbranos del error, concédenos el don de la clarividencia para no errar y no inculpar a un inocente.

-Cállate Cosme -dijo Tere-, reza más bajo por favor que me pones nerviosa.

Tere suponía que la rueda de identificación sería como en las películas, con espejos unidireccionales de forma que el preso a ella no la viese. Si tenía que pasar delante de don Fulgencio era muy probable que éste intentase asesinarla aun con la policía delante.

-Joder que peste a plátano -vociferó Furriel, que estaba harto del empalagoso olor.

-Sí, es insoportable -subrayó Francisca Ceballos.

En un rincón de la habitación, Ramona, la gorda, seguía padeciendo los efectos, ya atenuados, de los pastelillos de El Pimpollo. Como producto de esos efectos expelió una discreta ventosidad, discreta por su volumen sonoro, pero llamativa por sus propiedades aromáticas.

-Socorro -dijo Curro, al que se le estaban saltando las lágrimas, unos segundos después-. No puedo soportarlo.

-¡Dios santo!, líbranos del azufre del infierno -imploró Cosme Velasco, convencido de que estaba en la antesala del averno, a juzgar por el olor.

-¡Abran la puerta, abran la puerta! -graznaba Furriel aporreando la cerrada puerta y convencido de que aquello realmente era una cámara de gas-. ¡Panda de nazis, abran la puerta!

En la sala de reconocimientos, contigua a la sala de espera, el cabo Méndez dudaba si abrir o no la puerta a los desesperados funcionarios. Por fin, contraviniendo las normas, decidió hacerlo.

-Quieto, ¿qué hace? -le preguntó Bermúdez, que en ese momento entraba en la sala de reconocimientos.

-Señor comisario es que aquí dentro sucede algo.

-Lo único que sucede es que esa pandilla de desequilibrados, cuando está reunida, altera el orden lógico de las cosas y torna la tranquilidad en desconcierto. Nada más.

-Pero no sé que dicen de estar respirando un gas tóxico o algo así -objetó el cabo Méndez.

-No caerá esa breva -dijo Bermúdez-. A ver: que me traigan al punki ése de las mazmorras y a los demás, que vamos a empezar... ¡Ah!, Méndez, que venga también Chacón, que no sé donde coño se ha metido ese muchacho.

Méndez salió de la sala. Bermúdez escuchaba con deleite los alaridos pidiendo socorro provenientes de la sala de espera.

Don Fulgencio miró con amor supremo la sopa de pescado que tenía ante sí. En la mesa contigua, el camarero explicaba a un cliente que no podría tomar nada picante porque el chile y la pimienta se habían terminado. Maliciosamente, el dueño asomaba discreto por el ventanuco al objeto de no perderse el espectáculo.

Don Fulgencio introdujo en su boca, rápidamente y una tras otra, tres cucharadas llenas de ansiada sopa. Antes de tomar la cuarta una plétora de venas y arterias surcaba sus ojos y, tras la cuarta, sus cabellos se erizaron de modo que, por unos segundos, su aspecto llegó a ser el de un verdadero punki en toda la exten-

sión de la palabra. Con la lengua fuera, los ojos horrorosamente inyectados y el rostro demudado y colorado, pedía entrecortadamente al camarero una segunda jarra de agua y se llenaba la boca de pan. El hambre era más fuerte y don Fulgencio, ayudado por tres jarras colmadas de agua y numerosas rebanadas de pan, consiguió terminarse la sopa ante la atónita mirada del camarero y del dueño del restaurante.

-¿Le ha gustado al señor la sopita de pescado? -preguntó con sorna indisimulada el camarero.

-Un poco fuertecita -respondió don Fulgencio con un hilo de voz.

-El segundo plato le gustará más.

-¿Qué es?

-Estofado de ave a la pimienta.

Antes de que don Fulgencio pudiese expresar su intención de solicitar una reducción extensa de su dosis de pimienta, el camarero desapareció velozmente tras la puerta de la cocina.

-Menudo estómago tiene ese tío -le comentó al dueño, que en ese momento añadía algo de estofado de ave en un plato repleto de pimienta, chile y otras especias igualmente incomedibles.

-Después de esto no creo que tenga estómago -sentenció el dueño.

-Lo que pasa es que bebe mucha agua.

-Déjale que beba. Cuando quiera recordar no podrá mover el culo sin que le salga el agua por la boca.

Al camarero le pareció particularmente desagradable el comentario.

-Hombre, tampoco sé yo si convendría forzar la nota. ¿No cree?

-Nada de eso. Por culpa de ese meticón no pasa un año sin que me amenacen con cerrar el restaurante o sin que me pongan una multa de, al menos, doscientas mil pesetas. Te juro que este año puede que pague más multa que los anteriores pero, al menos, me habré reído un rato.

-O será convicto de asesinato -dijo el camarero mientras salía por la puerta en dirección al comedor con el segundo plato del punki.

El doctor Saldaña y tres cirujanos más tomaban su cuarta ginebra en la barra de uno de los bares del centro hospitalario.

-Ahora vamos a brindar por los dos cuernos del director gerente -proclamó en alta voz el doctor Alvarez consiguiendo la adhesión de cuantos facultativos había en ese momento en el bar, que eran bastantes.

-Lo único que le funciona a ese tío son las pelotas -chilló un neumólogo, que se fumaba un descomunal Montecristo.

-Sí, porque el cerebro... -comentó otro.

-¡Ah! Pero, ¿tiene? -ironizó el doctor Fuertes.

Cuantos galenos había en el bar -prácticamente las tres cuartas partes de la plantilla- prorrumpieron en estruendosas carcajas-

das y vaciaron una vez más sus copas. En un extremo del bar, el doctor Saldaña miró su reloj.

-Chicos, lo siento, pero me tengo que marchar.

-¿A quién se la vas a tocar hoy? -preguntó alguno de forma chabacana, ocasionando un coro de risotadas.

-Al director gerente -voceó Saldaña ruidoso, provocando las carcajadas incontenidas del resto antes de salir del bar hipando y pensando que había bebido más copas de la cuenta.

Chacón había ido de mala gana a la sala de reconocimientos. Para conseguirlo, el cabo Méndez tuvo que amenazarle con su pistola reglamentaria y advertirle que el comisario Bermúdez lo había ordenado expresamente, con lo que el inspector salió del cuarto donde se había ocultado. Cuando llegaron a la sala, ya estaban allí el punki y otros siete policías disfrazados de facinerosos dispuestos a ser identificados. En la sala de espera, el comisario Bermúdez daba instrucciones a los funcionarios.

-Lo único que tienen que hacer es identificar a don Fulgencio. Es sencillo. Una vez que lo hayan identificado serán conducidos a otra sala, donde esperarán a que todos sus compañeros hayan terminado... Por cierto -continuó Bermúdez, olisqueando-, alguno de ustedes debe haber comprado plátanos podridos..., y huelen tremendamente.

-¿Plátanos podridos...? -exclamó Furriel-, ¡lo que han intentado es gasearnos!

-Cálmese, por favor.

-Como quiere usted que me calme si estoy perdiendo el olfato en este cuchitril.

-Bien, bien, no se preocupe. Será usted el primero en salir. Acompañeme.

Antes de que abandonasen la habitación, varios funcionarios exigieron un ambientador y reclamaron a Furriel que fuese lo más breve posible.

Furriel paseó ante los ocho hombres. Le llamó la atención que uno de ellos tuviese un pómulo tumefacto, pero no encontró a don Fulgencio.

-¿Y bien? -quiso saber Bermúdez.

-No es ninguno de ellos -respondió Furriel.

-¿Qué está usted diciendo?

-Lo que oye. El del pómulo morado no es don Fulgencio.

-¿Cómo sabe usted...?

-Es fácil de imaginar -y Furriel fue conducido a otra sala contigua donde el ambiente era respirable.

Ramona fue llamada en segundo lugar, con evidente mejora en la atmósfera de la sala de espera y consiguiente empeoramiento de la de reconocimientos. Ramona llegó a las mismas conclusiones que Furriel, pero, antes, consiguió que todos los policías y el sospechoso implorasen a la gorda mujer que, por favor, fuese rápida y les identificase rápidamente.

-¿No ve usted que soy yo? -dijo Ramiro, que ya estaba morado de contener la respiración.

-¿Usted? ¡Qué va!

-Señora -dijo un policía ubicado dos lugares a la derecha de Ramiro-, tiene razón; él es el violador.

-Que le digo yo que no -reafirmó Ramona.

El cabo Méndez condujo a la gorda a la sala contigua, donde Furriel disfrutaba del aire incontaminado de la estancia. Cuando vio quién acompañaba al guardia le espetó.

-Eh, oiga, oiga. No se vaya. No me deje aquí encerrado con esta depuradora ambulante.

Pero sus palabras no fueron escuchadas y Furriel invirtió sus esfuerzos en intentar abrir una oxidada ventana que daba a un patio interior.

Jaime, al pasar por delante de Chacón, se le acercó guiñándole un ojo de forma viscosa. Una vez delante de él, le sobeteó la cara y el cuerpo hasta la cintura en lo que a él le pareció una sensual insinuación. Chacón contuvo una terrible náusea y notó una desagradable sensación de suciedad y un penetrante olor a banana.

-Hola cariño -le dijo- luego nos vemos -subrayó Jaime, sacándole la lengua con una descompuesta mueca.

Jaime tampoco fue capaz de reconocer a don Fulgencio. Cuando fue conducido con Furriel y Ramona, el veterinario -que se había hecho una herida en la mano al romper el cristal de la ventana- expresó su más radical disconformidad con el trato del que estaba siendo objeto, y planteó más de una objeción desde el

punto de vista higiénico a compartir habitación con dos de los seres, según su opinión, más contaminantes del planeta Tierra.

Don Fulgencio estaba tumbado en el suelo del restaurante, bebiéndose la jarra de la contigua mesa tres, cuyo propietario estaba protestando por el proceder del funcionario. Sus terribles muecas de incontrolable dolor hicieron que una señora, que comía en la mesa ocho, tuviese que dedicarse, con implorante actitud, a aplacar los llantos de su hija de tres años, la cual, entre sollozos, aseguraba estar viendo al hombre del saco, a drácula y al coco, todo en la misma persona.

Don Fulgencio se levantó del suelo con la camisa rasgada y un esplendente color bermellón gobernando su tez.

-¡Asesinos! -barritó, mientras se metía en la cocina a sorprendente velocidad.

El dueño, que desde el ventanuco había asistido con placer a todo el proceso demoledor del tubo digestivo del punki, advirtió el peligro que corría si don Fulgencio le encontraba en la cocina. Rápidamente se introdujo en la cámara congeladora de carnes.

Don Fulgencio entró en la vacía cocina. No había nadie. Nebulosamente recordaba la cara del dueño del local, del que sospechaba, prácticamente sin temor a equivocarse, como principal responsable de los dos ponzoñosos platos que acababa de comerse y del tremebundo y monumental ardor que notaba desde la boca hasta el ano. Compulsivamente, abrió un arcón de helados y

deglutió con fruición varios kilogramos de helado de straciatella y también varios de helado de pistacho. Cuando terminó con los helados dispuso su anatomía bajo un grifo y, poniendo su boca abierta bajo la boca del surtidor, accionó éste al máximo. Un caudal de agua comenzó a tranquilizar al funcionario.

El camarero entró sin hacer ruido en la cocina. Le extrañó no ver a su jefe. Escuchó un grifo que descargaba agua copiosamente, y cuando dirigió su mirada hacia él vio al punki. Combada completamente la espalda se hallaba, apaciguando el infierno que moraba en sus entrañas. Más abierta no podía tener la boca. Se acercó a don Fulgencio y, cuando estuvo ante él, descargó un bandejazo bastante vigoroso en el abdomen del punki, que se dobló compulsivamente, no sin antes abrirse una herida en la frente, especialmente aparatosa, con la boca del grifo.

-¿Qué le has hecho a mi jefe? ¿Dónde está? -inquirió el amenazante camarero.

Don Fulgencio esperó a que el dolor le permitiese incorporarse. Cuando esto ocurrió se lanzó sobre el camarero. Ambos forcejearon violentamente en el suelo de la cocina. Don Fulgencio, convencido de que habían intentado asesinarle, estaba francamente excitado e irritado, y todo ello hacía de él un temible adversario. En el curso de la porfía uno de los dos contendientes empujó con el pie la entreabierta puerta de la cámara congeladora, que quedó concienzudamente cerrada. Finalmente Don Fulgencio se adueñó de la situación y, con sus dos rodillas inmovilizando los brazos de

su contrincante, intentaba ahogarle sin que se pudiese decir que estuviese lejos de lograr su objetivo.

El fragor de la batalla que se estaba librando en la cocina hizo que varios clientes fuesen hacia ella a interesarse por el origen de los ruidos e imprecaciones y a interesarse por sus comidas, que tardaban demasiado. Al llegar a la puerta de la cocina el cliente de la mesa cinco pudo ver claramente a un punki que intentaba estrangular al camarero.

-Rápido -ordenó al cliente de la mesa dos, que iba detrás de él-, llame a la policía.

El cliente de la mesa dos se dirigió velozmente hacia el teléfono. Mientras, en la cocina, el cliente de la mesa cinco intentaba retirar las manos de acero del punki del cuello del camarero.

-Que lo vas a matar, muchacho.

Lo de muchacho no le sentó particularmente bien a don Fulgencio. El cliente de la mesa cinco se quedó de hielo al ver como el punki volvía hacia él aquella horrible y sangrante faz gorda, roja, desencajada y atestada de voluminosas venas hinchadas.

-¿Cómo que muchacho? -interrogó don Fulgencio de forma poco amistosa.

El cliente de la mesa cinco salió de estampida de la cocina con don Fulgencio tras él, pisándole los talones y dispuesto a reivindicar su condición de persona adulta, cívica y juiciosa de forma contundente. Ambos emprendieron carrera por la calle hasta que don Fulgencio no pudo perseguirle más dado el enorme peso que transportaba su panza. El cliente de la mesa cinco desapareció en-

tre la gente unos metros más allá. Don Fulgencio se sentó en un banco de la calle por la que segundos antes corría. No advirtió como captaba poderosamente la atención de todos los transeúntes. No era de extrañar: su atuendo peculiar; su edad –en conflicto permanente con las ropas que portaba–; su rostro rojo y demudado, que le confería el aspecto típico de un obseso violento, y la horrible herida de la frente justificaban por sí solas una primera página, con varios comentarios, en cualquier periódico dedicado monográficamente a los sucesos.

Bermúdez estaba completamente desconcertado. Ninguno de los funcionarios había reconocido a Ramiro como el autor de la violación de Ramona. Todos dijeron, sin dejar lugar a dudas, que don Fulgencio no estaba en la sala de reconocimientos. Los funcionarios, reunidos en una sala contigua, volvían a discutir acerca del motivo de la sinfonía canaria en forma de olores que reinaba en el aire, que a cada momento se volvía más irrespirable. Sólo Tere no intervenía en las discusiones. Pese a las insoportables condiciones ambientales reinantes, ella estaba preocupada por otra cosa. Fulgencio no estaba en la comisaría. No había sido detenido. No era difícil deducir que aun andaría suelto por las calles y no era difícil imaginar en quién estaría pensando descargar sus iras y venganzas. Se conocían hacia tiempo. Distraídamente posó la mano en un paquete que había en un rincón e, inadvertidamente, lo abrió; su interior estaba ocupado por una colección de ape-

titosos pastelillos. Al cabo de unos segundos todos los funcionarios habían comido alguno. Sólo Ramona rehusó ingerirlos. Había algo en ellos que le resultaba dolorosamente familiar.

Sentado en el banco de la calle, don Fulgencio repasaba su situación. Perseguido por la policía, sin poder volver a su casa, sin dinero y, por si fuera poco, habían intentado envenenarle. Pero él sabía bien a quién atribuir la responsabilidad de sus penalidades. Lo sabía perfectamente. Había decidido pasar a la acción. Ya en el restaurante, había podido dar muestras claras de su capacidad de maniobra. Iría al domicilio de Tere y esperaría el momento propicio para secuestrarla o algo parecido. Había decidido que Tere lamentase toda su vida haberse levantado aquel día, de la misma manera que lo hacía él.

Bermúdez interrogó una vez más a los funcionarios.

-¿Están ustedes seguros de no haber reconocido a Bigeriego?

Todos los funcionarios contestaron afirmativamente.

-Bien, siendo así -continuó Bermúdez-, pueden ustedes marcharse a sus domicilios.

Tere se acercó a Bermúdez, que comía un pastelillo.

-Comisario. Tengo motivos para pensar que Bigeriego intentará algo contra mi persona. Le pido que me asigne protección policial.

-Mire, andamos algo justos de personal y...

-Bien. Pasaré la noche en la comisaría.

-Eso no puede ser...

-Pues ya sabe lo que debe hacer.

Bermúdez consideró silenciosamente la petición. Pasados unos segundos llamó al sargento Socías al que pidió que hiciese presentarse inmediatamente a Melitón Miñón.

-Comisario -dijo Jaime, que había asistido indiscretamente a la conversación entre Tere y Bermúdez.

-Dígame -contestó Bermúdez retirando la cara con educación al advertir el imponente olor a plátano.

-Yo también necesito protección.

-¿Usted también cree que va a ser atacado por ese individuo?

-Naturalmente.

-Vamos, vamos, déjeme en paz.

En ese momento irrumpió Chacón, ante la mirada embelesada de Jaime.

-Comisario Bermúdez. Acabamos de recibir una llamada de un restaurante de la calle Fuentes de Coz. Un punki ha sido sorprendido robando en la cocina y, al ser descubierto, ha atacado a un camarero al que hubiera asesinado de no ser por un cliente. El dueño ha desaparecido.

-¿Era un punki viejo, con la cara muy roja y con cara de loco?

-Exactamente, señor.

-Ahí le tenemos. Aun anda suelto.

-¡Exijo protección! -chilló Jaime de una forma extremadamente desagradable.

Bermúdez le miró estupefacto.

-Chacón -dijo-, encárguese usted de la protección personal del doctor Bobo -y dicho esto desapareció de la estancia sin esperar contestación.

Jaime miraba a Chacón con una sonrisa que al inspector le pareció como la mirada del leopardo antes de hincarle el diente en la yugular a un mono. Chacón estaba desesperado.

Minutos después, Melitón Miñón salía con Tere de la comisaría en un coche azul. Chacón, en otro coche similar, salía con Jaime en otra dirección. Jaime empezó a acariciarle un muslo.

En el restaurante de la calle Fuentes de Coz ya no había nadie. El camarero había decidido no limpiar la cocina aquel día y además la policía le pidió que no tocara nada hasta que no fuese nadie de jefatura por el restaurante. Después de lo ocurrido no le quedaban ganas de hacer nada. Además estaba muy preocupado por su jefe. Había desaparecido como por ensalmo. Nadie le había visto. De modo que aquel día recogió sus cosas pronto y se fue a su casa.

Solo, en el interior de la cámara congeladora, en mangas de camisa y cubierto por varios canales de vaca, el cocinero y dueño del establecimiento intentaba protegerse de los dieciocho grados bajo cero reinantes a su alrededor. Había dado varios alaridos in-

tentando que alguien le oyese, pero todo fue inútil. Ahora sólo esperaba que, cubierto por carne de vacuno, pudiese aguantar hasta el amanecer y que el camarero entrase en la cámara a rescatarle.

## CAPÍTULO XIV

Atrayendo la atención de cuantos transeúntes se cruzaba, don Fulgencio fue acercándose al domicilio de María Teresa Sáez Benavides. Ubicado en el barrio alto de la ciudad, el hogar de María Teresa y Arturo era muy acogedor. Disponía de un pequeño jardín en el que Arturo solía dormitar con un libro al atardecer para así no tener que escuchar a su esposa. Las inmediaciones de un viejo pino constituían su reducto. María Teresa solía quedarse en el interior de la casa escuchando por la radio algún consultorio sexológico o revisando las publicaciones de la prensa amarilla. El jardín estaba circundado por un cuidado seto y, tras él, una herrumbrosa verja que Arturo se prometía arreglar semanalmente desde hacía varios años, servía de parapeto y separación del escaso tráfico de la silenciosa calle. En ella, a unos metros de Arturo, al otro lado del seto, se apostaba tras un contenedor de basuras un fofo y viejo punki que acababa de llegar al lugar.

Don Fulgencio parecía tener problemas de índole logístico. En primer lugar no sabía muy bien qué hacía allí, ni sabía tampoco a ciencia cierta cuál era su objetivo; si secuestrar a Tere; si agredirla con algo contundente; o si sería más pragmático asesinarla simple y llanamente. La idea de agredirla le gustaba bastante, quizá lo

que más. Secuestrarla, pese a ser ostensiblemente más complicado, también le seducía: secuestrarla y obligarla a firmar toda clase de confesiones horribles. Por último, asesinarla, aunque a priori fuese lo que le pedía el cuerpo, no parecía que a don Fulgencio le terminase de llenar. La venganza era un plato que no sólo debía servirse frío, sino que exigía ser saboreado. En segundo lugar no estaba seguro de si desde la posición en la que ahora se encontraba podría observar con una precisión aceptable los movimientos que tuviesen lugar en la casa y, lo que era peor, no sabía si los movimientos que él hiciese serían vistos desde ella. Decidió obtener parapeto de un contenedor de basuras próximo, desde el que le pareció poder observar con suficiente eficacia la casa y, sobre todo, con mayor seguridad. En estos planteamientos y resoluciones se encontraba el ajetreado don Fulgencio, cuando apareció por la esquina un coche azul. El funcionario desvió su atención hacia el automóvil, cuando advirtió que éste aminoraba su velocidad conforme se acercaba al domicilio de Tere. Emboscado tras una bolsa de hipermercados El Elefante que contenía restos de ragut, seis envoltorios de yogurt, dos cajas vacías de leche, una cucharilla de café inadvertidamente arrojada a la bolsa, un preservativo ya utilizado y las conchas de dos kilos y medio de mejillones, don Fulgencio pudo espiar quién salía del automóvil, que finalmente se detuvo justo ante el portal de Tere, la cual, en el asiento trasero del coche conducido por Melitón, estaba carcomida por la preocupación. Ignoraba hasta qué punto podía llegar el desequilibrio de don Fulgencio con motivo de los sucesos del día, pero

sospechaba, por los conocimientos que tenía, que sería anormalmente intenso. Si dicho desequilibrio sería suficiente como para generar actos violentos contra su persona aún estaba por verse, pero los hechos acaecidos en el restaurante de la calle Fuentes de Coz hablaban por sí solos. La parada del vehículo delante de su casa la sacó de su abstracción.

-Puede fallir feñora Fenafides -dijo Melitón desde el asiento delantero.

A María Teresa le pareció particularmente desagradable como se expresaba el guardia.

-Benavides. Señora Benavides.

-Pefdón. Feñora Fenafides -repitió el desdentado Melitón.

Tere salió molesta del coche. No le agradó en absoluto que el guardia ni siquiera hiciese ademán de levantarse del asiento delantero a abrirla su puerta. Entre la preocupación que le proporcionaba la libertad de don Fulgencio y la indignación que le ocasionó la apatía de Melitón, Tere no advirtió cómo, tras un contenedor de basura del portal de enfrente de su casa, un punki viejo y andrajoso con una herida en la frente sonreía maliciosamente al mirarla.

-Vamos, suba a casa señor Chacón. No se va a quedar aquí toda la noche -dijo Jaime mirando calurosamente los ojos del policía.

-No nos está permitido subir a las casas de las personas que vigilamos -dijo Chacón visiblemente atemorizado.

-Tonto -babeó el funcionario asquerosamente juguetón-, ¿y si los malos están ya en mi casa?

-Bueno, ejem,... su compañero podría... ejem... proteger la casa.

-¿Ése? Ni hablar. Es un enclenque que no tiene media torta. Si don Fulgencio ha subido a casa no habrá tenido ni para empezar... En cambio con un policía fuerte, valiente, intrépido y guapo como usted... -Jaime subrayó este último comentario entreabriendo sus labios y retorciendo su lengua de un modo particularmente repulsivo.

-Mire caballero..., yo he venido a protegerle del señor Bigeriego y nada más -dijo Chacón desesperado.

-Claro bobo, pero el señor Bigeriego puede haber subido a casa y haber atacado a mi compañero.

Tras un breve forcejeo dialéctico, a Chacón no le quedó más remedio que acceder a subir al piso de Jaime.

-Sólo a ver si está arriba y vuelvo a bajar a vigilar el portal ¿eh? -aclaró el policía.

-Ya veremos, ya veremos.

Escudero, en su domicilio, estaba sentado en su sillón favorito con la mirada perdida en el falso techo escayolado de su cuarto de estar. No las tenía todas consigo respecto a las intenciones del

comisario Bermúdez. Tampoco sabía muy bien como averiguar éstas. Lo que sí sabía –lo había experimentado en carne propia a menudo–, era cómo los favores abdominales y más concretamente gastronómicos constituían el método más seguro para apaciguar la inquina más animosa. Y si estos paseos abdominales eran precedidos por algún que otro paseo caminante que preparase una buena recepción a las viandas mejor que mejor. Ricardo era un peripatético, aunque el aspecto que más le interesaba de este proceder filosófico no radicaba en la vertiente noble del mismo, sino en las propiedades bulímicas que generaba su práctica. Experimentaría con el policía alguna suerte de combinación entre ambos procederes... Pero ¿de qué forma? Además, debía ser alguna actividad en la que la habilidad y conocimiento del veterinario superasen ampliamente las expectativas más optimistas del policía. Ricardo se levantó de su asiento para mejor pensar y pidió a su hijo menor que le preparase un café con leche.

En la comisaría de centro el comisario Bermúdez consumía su duodécimo café de aquel día. No había solucionado prácticamente nada de lo que debía y encima tenía suelto por la ciudad a una especie de violador violento sumamente escurridizo y listo. Y por si todo esto fuese poco, sus policías parecían estar volviéndose locos. No estaba muy seguro de que los dos hombres que había enviado aquella noche en misión de vigilancia fuesen los más idóneos, ya que parecían ser los más contundentemente afectados

por la neurosis ansiosa que aquel día se había apoderado de la comisaría. Bermúdez apoyó su brazo izquierdo despreocupadamente en la máquina de café del pasillo mientras con la mano libre acercaba el plástico vaso de café a sus labios para beberlo. Se argumentó íntimamente a sí mismo sobre las sorpresas de la vida y, arqueando las cejas, dio un resoplido, tiró a una papelera el vaso usado y se dirigió a su despacho dando golpecitos con los nudillos de su mano izquierda en la pared del pasillo. En ese momento el cabo Méndez asomó por una de las puertas.

-Comisario -dijo, dirigiendo a éste una mirada de alivio-, le llama por teléfono un tal Escudero.

El comisario Bermúdez, a su vez, agradeció el recado con la mirada y se dirigió hacia el teléfono preguntándose qué demonios querría aquel iluminado.

El doctor Saldaña acudió a realizar una última visita a sus pacientes. Al ver al ingresado aquella tarde revisó su historial, pues recordaba algo que el alcohol había casi escamoteado de su memoria. Al leer que el individuo precisaba un lavado vesical, y dudando que ya hubiese sido hecho, levantó las sábanas del enfermo y miró bajo el pijama.

-Custodia -dijo llamando a una de las enfermeras-, prepáreme a este enfermo para hacerle un sondaje uretral dentro de veinte minutos.

-Pero, doctor, si es de noche.

-Ya, pero entre las copas y qué sé yo qué más no tengo ningún sueño, y si lo hago ahora no tendré que hacerlo mañana... Ya ha visto que hay que afeitarse la zona.

Al ya medio dormido Onofre aquello de sondaje uretral y afeitarse la zona le sonó extraño. Antes de que pudiese decir ja, la enfermera empujó su camilla con rumbo a lo desconocido.

-Amor mío, bésame -jadeaba Jorge a la sirvienta en la habitación de las visitas, mientras cohabitaba con ella exitosamente.

-Mi vida -suspiraba la sirvienta teatralmente mientras con los dedos de los pies jugueteaba con las sábanas.

En aquel momento se escuchó el roce de los goznes de la puerta de la casa. Jorge notó como un atragantamiento en un par de zonas de su anatomía. Jaime era muy celoso.

-Cariño...¿dónde estás? Soy yo -vociferó Jaime.

Jorge se ponía la ropa a toda velocidad mientras la sirvienta entrelazaba con sus dedos el pito de Jorge.

-¡Estate quieta leche! -le dijo Jorge retirándose violentamente y ocasionándose un agudo y persistente dolor en la cúspide protagonista de sus partes.

Jorge terminó de vestirse apresuradamente y salió de la habitación caminando con los muslos ostensiblemente separados.

-Jorge, mira quién ha venido -le dijo Jaime al verle aparecer, refiriéndose a Chacón.

Jorge tendió una mano blanda al policía, que la estrechó.

-Encantado de conocerle ¿señor?...

-Chacón -dijo el policía mirando con perspicacia la separación de las extremidades inferiores de Jorge-, inspector Chacón.

-El inspector Chacón ha venido a protegerme -terció Jaime ante la perpleja mirada de su amante.

-¿A protegerte? -preguntó Jorge, que ignoraba qué tipo de acontecimiento glorioso podría acabar con Jaime Bobo de forma que hubiese suscitado el interés de la policía-. ¿De quién?...

-Al parecer -informó engoladamente Chacón- hay por ahí un punki peligroso que tiene verdadera afición por los funcionarios de la Consejería de Salud.

-¡Joder que no hay gente rara! -masculló Jorge, que mentalmente se hizo una idea del tipo de afección psiquiátrica que debía padecer tal individuo-. Parece absolutamente increíble -añadió pensando en el escaso interés que ofrecía el funcionariado de Sanidad por él conocido.

-Ciertamente -aseveró Chacón, mientras iniciaba un corto examen del piso. Minutos después volvió-. Hay una mujer desnuda en una habitación próxima a la cocina.

Jorge pareció enfrascarse en la lectura del periódico.

-¿Desnuda? -preguntó Jaime mientras se dirigía hacia dónde indicaba Chacón. Al cabo de un rato Jaime afeaba a la sirvienta su desnudez, informándola del peligro de contraer un resfriado de perseverar en tal ejecutoria.

Mientras, Chacón miraba pícaramente a Jorge.

-Yo no aventuraré hipótesis alguna en voz alta si usted exige al maricón de su amigo que yo duerma en la calle -dijo Chacón.

-¿Qué demonios dice? -preguntó Jorge entre asombrado y sorprendido.

-Lo que oye.

En ese momento entró Jaime en la estancia comentando lo loca que estaba la chica y felicitándose por las buenas migas que parecían estar haciendo Jorge y Chacón.

-Señor Chacón -dijo Jaime guiñándole un ojo-, su habitación es la del fondo del pasillo.

-Yo,... Señora, creo que debo irme abajo a vigilar. No debo quedarme aquí, dentro del piso -Chacón miraba implorante a Jorge.

-No, no, de ninguna manera -dijo Jorge a un espeluznado Chacón-. Usted duerme aquí arriba y protege al pobre Jaime -Jorge era plenamente consciente de que ni aunque Chacón intentase abrirle los ojos a Jaime respecto a él, su bisexualidad y la sirvienta con un abrebocas, obtendría más éxito que Julio Iglesias en una convención de rockeros sordomudos-. Además yo tengo que salir a llevar a la sirvienta a su casa.

Los siguientes minutos los invirtió Chacón en explicarle a Jaime la suerte de depravación sádico sexual que sospechaba que ejercitaba Jorge con la sirvienta. Jaime le contestó que aquello no podía ser más que una fantasía del policía, pues Jorge no sabía hacer esas cosas, y menos con una mujer, y eso bien lo sabía él. No obstante, se sintió muy excitado al comprobar los conocimien-

tos teóricos del policía, que empezaba a pensar en el suicidio. Jorge se encaminó a buscar a la sirvienta y, tras jugar con ella unos segundos, la cogió del brazo y salió de la casa despidiéndose afablemente de Chacón y de Jaime.

-¡Qué bueno es Jorge! -dijo Jaime-. Para que la sirvienta esté contenta y no se vaya, todos los días la acompaña a su casa.

-Ya, y también la acuesta -añadió con sorna Chacón.

-Sí, sí, por supuesto -fue la contestación de Jaime, que empezaba a mirar al policía igual que un niño mira un pastel.

Escudero consideró la posibilidad de proponer al comisario Bermúdez una excursión a cazar. De momento le pareció buena idea, pero al cabo de un rato comenzó a pensar en los inconvenientes del desempeño de tal actividad. Al verle con un arma podría recordar al policía que él había noqueado a dos de sus subordinados con un rifle unas horas antes. Por otro lado, convenía proponer una actividad en la que Ricardo sobresaliera claramente por encima de las posibles habilidades del policía, y no era difícil aventurar que, aunque sólo fuese por su oficio, el comisario Bermúdez sería cuando menos tan buen tirador como él. Escudero continuó cavilando las posibilidades hasta que se le encendió la bombillita: irían a buscar setas. Feliz por la ocurrencia, rápidamente se encaminó hacia el teléfono y marcó el número de la comisaría. La voz de un policía joven le pidió que esperase mientras iba a buscar al comisario.

-¿Diga? -inquirió Bermúdez al otro lado de la línea telefónica medio minuto después.

-Comisario Bermúdez, soy Ricardo Escudero.

-Ya, ya me ha informado el cabo Méndez de quién es usted - repuso Bermúdez con un tono de voz impregnado de desidia.

Ricardo prefirió no preguntar si la frase guardaba más intenciones que la aparente.

-Ejem... Le llamaba porque, atendiendo a la gran magnitud de las similitudes que guardan su carácter y el mío, he pensado en proponerle un plan para mañana -dijo Ricardo con la más cariñosa y ladina de las entonaciones.

Bermúdez estaba atónito. No alcanzaba a distinguir cuáles eran las horribles similitudes a las que se refería aquel degenerado. Tras un silencio sólo ligeramente más largo de lo esperado contestó.

-¿No será usted mari... homosexual?

-No -respondió Ricardo molesto-, no soy homosexual, ¿y usted?

-Perdóneme. No sé en qué diablos pensaba. Como en la comisaría tenemos tantas cosas escabrosas me habré liado con alguna redada de maricones que tenía en la cabeza -se excusó el policía, pensando que aquél loco tendría alguna grabadora en el teléfono y que pretendía acusarle de injurias.

-Pues quítese los maricones de la cabeza -dijo Ricardo provocando una perpleja mirada de su hijo menor- y escúcheme. Mañana es sábado y pretendía salir al campo a recoger unas setas

para luego cocinarlas y comerlas, y había pensado en si a usted le gustaría acompañarme. Conozco un buen sitio.

Bermúdez dirigió los ojos al techo de la comisaría arqueando las cejas y cabeceando delante y atrás.

-Estaría encantado de acompañarle -mintió el policía, que estaba seguro de que si no aceptaba aquel demente le organizaría algo mucho peor.

-Bien, pues de madrugada pasaré a recogerle a su casa.

Tras indicarle a Ricardo cuál era su domicilio, el policía colgó el teléfono y, metiendo la cabeza entre los brazos, se puso a sollozar.

-¿Se encuentra bien? -preguntó el sargento Socías, que estaba en ese momento en la estancia.

-Perfectamente, no se preocupe -contestó Bermúdez enjugándose unas lágrimas. Segundos después Bermúdez se preguntaba si realmente se encontraba bien, un sonoro y doloroso retortijón en su abdomen parecía empeñarse en demostrar exactamente lo contrario.

Custodia, la enfermera, empujaba la camilla de Onofre por la zona prequirúrgica.

-¿Dónde me lleva? -preguntó un despertado y escamado Onofre.

-Usted no se preocupe por nada.

Onofre, por el contrario, consideraba que tenía bastantes motivos para preocuparse. Estar en las manos de un médico que a todas luces había perdido el juicio, y una enfermera no menos enajenada no era algo muy tranquilizante.

-Quiero saber que pretenden hacerme -aulló Onofre, desplegando una actividad inédita en él.

-Ya sabe -dijo Custodia, que trajinaba con unos utensilios altamente sospechosos en opinión de Onofre-, lo de su cosita.

-¿Qué cosita?

-Colita -dijo Custodia volviéndose hacia Onofre y llevando una maquinilla de afeitar eléctrica en las manos.

-¿Qué está usted diciendo? ¿Qué hace con eso? Están ustedes absolutamente locos. A mi colita no le pasa absolutamente nada. ¿Para qué quiere ese artefacto?. Ya me he afeitado esta mañana, por si le interesa saberlo.

-No es para afeitarle la barba, hombre.

-¿Y qué me va usted a afeitar? -dijo Onofre con los ojos llamativamente abiertos y fijos en el eléctrico utensilio.

-Su pubis -informó Custodia, a la que los enfermos reticentes resultaban especialmente enojosos.

-¡Y una mierda! -dijo Onofre cruzando las piernas vigorosamente.

-Tranquilícese Venancio.

-¡Que coño Venancio! Onofre, señora, me llamo Onofre.

-Ya -dijo Custodia por toda contestación, conocedora de las estratagemas que los enfermos llegaban a utilizar en aquellas circunstancias-. Bueno, pues Onofre tranquilícese.

La enfermera forcejeó vigorosamente con Onofre intentando separarle las piernas, pero fue inútil.

-¡Sor Cunegunda! -clamó la enfermera- ¡Sor Cunegunda!

Onofre siguió resistiéndose heroicamente hasta que por la puerta de quirófano apareció una monja de unos dos metros de altura y varias decenas de kilos por encima del centenar y que parecía recién salida de un espectáculo de lucha libre. La religiosa, sin mucho esfuerzo, separó con sus manos los muslos de Onofre, temiendo éste que le hubiese luxado la cadera, para después terminar de desnudarle y, con mano experta, pero sobre todo firme, agarrarle la cosita cuyo tamaño se correspondía cada vez más con el diminutivo. Custodia comenzó a afeitar la ingle de Onofre, que miraba temeroso a la monja.

-Oiga hermana, le prometo que seré bueno y me dejaré afeitar, pero deje usted de practicarme el torniquete en la picha.

A Sor Cunegunda le pareció particularmente inapropiado el léxico empleado por Onofre y aumentó la presión de su mano.

-¡Qué me la arranca! ¡Qué me la arranca! -vociferó Onofre. Pero nadie podía escucharle y si alguien lo hiciese, lo más que haría sería ordenarle que se callase. Al cabo de unos segundos entró el doctor Saldaña en el quirófano.

-¿Qué tal? -preguntó a sus dos ayudantes.

-Un poco díscolo -dijo Sor Cunegunda sonriendo a Onofre, cuyo pene tenía un color morado encendido.

El doctor Saldaña se quedó mirando los tumefactos genitales.

-Esto está peor de lo que creía.

-No me pasa absolutamente nada, doctor -gimió Onofre-, a excepción de que esta monja burra ha intentado arrancarme el pito.

-No se preocupe. Va a ser sólo un instante.

-Joder, ustedes siempre dicen lo mismo, pero luego le someten a uno a cada martirio...

-No será para tanto -dijo sonriendo el doctor Saldaña. Mientras, tras él, como un coro, sonreían también Sor Cunegunda y Custodia-. Custodia, pásame una sonda de Foley del número 24.

La enfermera se dirigió a la mesa donde trajinaba al principio. Su retorno provocó algunas consideraciones de Onofre.

-Si piensa usted que voy a dejarle jugar con ese tubo enorme en mi cosita está usted muy equivocado -Sor Cunegunda daba muestras de tener una opinión muy diferente.

-Sólo es una sonda, hombre -dijo el doctor Saldaña.

-Pues a mi me parece un tubo. Un tubo de los de sacar agua de los pozos.

-Ja, ja, ja. Exagerado -rió el médico.

-Pero, ¡si es tan ancho como una pluma estilográfica de buen tamaño! Usted está mal de la cabeza. Además a mí no me pasa nada de nada -Y, diciendo esto, Onofre volvió a ofrecer toda la resistencia de la cual era capaz. A una mirada del médico Sor Cune-

gunda y Custodia acudieron de buena gana a socorrerle. Diez minutos más tarde la sonda de Foley del número 24 entraba por la uretra de Onofre y llegaba a su vejiga, donde le introdujeron una buena cantidad de agua.

–¡Qué dolor más horrible! –sollozó Onofre mirándose el tumefacto pene mientras Sor Cunegunda le llevaba de regreso a la habitación.

## Capítulo XV

-Pues algo tendrás que haber comido -dijo Arturo a Tere, después de que ésta saliese del cuarto de baño por quinta vez.

-Te digo que no -repuso Tere haciendo memoria de lo que había hecho durante el día y concluyendo que el motivo de su incontinencia fecal no era otro que el miedo a las represalias de Fulgencio.

Arturo estaba realmente preocupado por las cosas que hacía y decía Tere. Había llegado a casa con un policía desdentado que tenía unos hematomas horribles en el rostro y con el que era imposible mantener una conversación sin estar provisto de un paraguas.

-¿Quién es éste, señora Fárez?, había preguntado Melitón minutos antes de una forma que no había gustado ni una pizca a Arturo.

-Éste es mi marido, contestó María Teresa de forma hiriente.

Después de unos minutos, ya habían puesto a Arturo al corriente de lo que sucedía; de como don Fulgencio se había vuelto completamente loco y que abrigaba oscuros deseos de violar a Tere -lo cual le confirmaba a Arturo que efectivamente se había vuelto loco.

-Entonces usted, ¿ha venido a proteger a mi mujer?

-Efectamente -contestó Melitón, al tiempo que se despedía en la puerta de la casa y les anunciaba que podrían encontrarle patrullando por el jardín.

Arturo invirtió unos minutos en meditar todo lo que le habían contado, mientras Tere no paraba de hablarle sin que él la hiciera el más mínimo caso. Llegó a dos conclusiones: que era imposible que don Fulgencio hubiese alcanzado tal grado de depravación en tan poco tiempo y que María Teresa no era, ni muchísimo menos, ninguna víctima, y eso él lo sabía muy bien.

Sin importarle qué era lo que le estaba diciendo Tere, que a la sazón lo regañaba por haber descompuesto el periódico, se acercó a su butaca y cariñosamente la invitó a que le contase todo lo que le había sucedido aquel horrible día. A Tere no dejó de sorprenderle que Arturo la tratase con aquella delicadeza, pero la importancia que parecía concederle Arturo aquel día suponía una tentación que ella no sabía resistir. Fue entonces cuando Tere tuvo que salir disparada de nuevo en dirección al cuarto de baño.

Don Fulgencio seguía vigilando la entrada de la casa de María Teresa. Había visto como salía de ella un policía bastante alto que parecía sufrir una terrible deformación en la cara, y comprobó que la misión del policía debía ser la de proteger a Tere, pues se había quedado paseando por el jardín. Aquello era algo con lo que don Fulgencio no contaba y suponía un trastorno grave para sus pla-

nes, que -tras larga meditación- no eran otros que los de asesinar a su compañera. Se sentó sobre una bolsa de basura especialmente pestilente y se puso a pensar qué era lo que tenía que hacer.

El inspector Chacón llevaba dos horas dentro de uno de los cuartos de baño de la casa de Jaime. Mientras éste se había estado acicalando de la forma más surrealista que imaginar pudiera el inspector, que consideraba seriamente el plan de huir por el estrecho ventanuco del aseo.

-Chaconcito... vida -gritó Jaime.

Dentro del cuarto de baño, Chacón estaba a punto de sufrir un infarto. Asustado, miraba a izquierda y derecha mientras el sudor caía por su rostro.

-Voy a entrar -le anunció Jaime, canturreando.

-No..., aún no he terminado...

De pronto, un intestino de Jaime interpretó el Adiós a la vida de Puccini con bastante estrépito y exactitud. Chacón se quedó paralizado, convencido de que aquel loco tenía un mastín diarreico con el que pensaba intimidarlo.

-Déjame pasar, ahora va en serio -imploró Jaime con urgencia, olvidando por un momento los encantos de Chacón y considerando que tenía algo más importante que resolver.

¡Canastos!, pensó Chacón, que sin más tardanza se encaramó al bidé, comenzando a sacar el cuerpo por el estrecho ventanuco.

- ¡Que me cago! -aulló Jaime, convencido de que así era.

Chacón consideró aquella contundente afirmación como una muestra más de la locura de Jaime y realizó un supremo esfuerzo para conseguir escapar de aquella situación. Todo lo que consiguió fue quedarse atorado con medio cuerpo dentro de la casa de Jaime, precisamente la mitad que más interesaba al loco galeno.

Jaime comenzó a asestar unos enormes golpes a la puerta del aseo. Chacón estaba convencido de que, además del mastín, allí había un forzado que servía los oscuros caprichos de Jaime.

El doctor Saldaña revisaba el historial de Venancio Muro bastante extrañado. O estaba demasiado borracho o el individuo al que había sondado no tenía nada que ver con el protagonista del documento que leía, a no ser que padeciese un envejecimiento prematuro del que, por otra parte, no se decía nada en los papeles que tenía en las manos. El doctor Saldaña además estaba bastante escamado con el asunto de la responsabilidad civil. Si aquel individuo no era Venancio Muro y lo denunciaba, podía prepararse. El INSALUD no sólo le pagaba una miseria y lo explotaba de una forma bastante arrogante y negrera -motivo por el que él y otros muchos médicos del hospital habían abrazado el alcoholismo-, sino que en caso de conflicto legal el organismo para el que trabajaba no haría otra cosa que atacarle y procurar arruinarle la vida todo lo posible. De hecho, circulaba por el hospital el sentir de que un enjundioso porcentaje de las indemnizaciones que los pacientes sacaban a los médicos en los juzgados pasaba a engro-

sar las arcas de los directivos del INSALUD. Seriamente preocupado, empezó a estar convencido de que había metido la pata además de la sonda, y de que debía encontrar lo antes posible al verdadero Venancio Muro, que debía estar muriéndose de dolor por algún rincón del hospital.

Onofre estaba en su habitación con otros tres pacientes, alguno de los cuales ya había comentado a los demás que el nuevo, aunque tuviese una sonda, no debía ser un paciente de Urología sino de otra planta del hospital, pues lo que más llamaba la atención era que respiraba pocas veces.

Sor Cunegunda escuchó alarmada la historia que le contó el doctor Saldaña. Inmediatamente dio orden de que todas las religiosas del hospital buscasen a Venancio Muro y que cuando lo encontrasen se lo hiciesen saber inmediatamente.

El doctor Saldaña ya había llamado a su abogado, el cual le había recomendado que intentase arreglarlo por su cuenta, ya que en el juzgado lo tendrían perdido y también le había hecho saber que eran las doce de la noche y que no eran horas.

Los pacientes que compartían habitación con Onofre habían empezado a chillar alarmados por el aspecto de Onofre.

–¡Que se muere el compañero! ¡Que se muere el compañero!

El doctor Saldaña tardó en llegar a la habitación de Onofre cinco segundos exactos. Cuando llegó, los tres enfermos recriminaban al médico su tardanza.

– ¡Joder!, que se está muriendo y usted no aparece por aquí – dijo el primero, señalando a Onofre.

- Si es que ustedes los médicos van de señoritos y juegan con nosotros... Porque sepa usted que yo pago -aseguró el segundo, que era titular de una cartilla de Beneficencia.

-¡El día que los trabajadores manden...! -bramó el tercero.

El doctor Saldaña empezaba a dudar si él sería un trabajador, como atestiguaba su nómina, mal pagado, o bien un extraterrestre.

-¡Pero atiéndalo de una puta vez, hombre! -le ordenó el más educado de los tres, el cual debía la vida al alarmado galeno.

El doctor Saldaña buscó su fonendoscopio, el cual no usaba hacía doce años dada su condición de cirujano, y lo acercó al lugar donde según recordaba estaba el corazón.

Al principio pensó que se había equivocado, pues allí no sonaba nada. Onofre no se dignaba a latir ni una sola vez. El médico comenzó a ponerse nervioso.

-¡Que me lleven a este paciente a la U.C.I.!

-¡Lo ha matado! -dijo uno de los compañeros de Onofre.

El doctor Saldaña miró al cielo, convencido de que aquel mal nacido estaría dispuesto a testificar contra él allá donde fuera.

Entretanto, sor Patrocinia andaba por los sótanos del hospital con una linterna. De pronto escucho unos lamentos.

El comisario Bermúdez, desde el cuarto de baño -donde había decidido permanecer para no levantarse cada cinco minutos-, indicaba a su mujer que procuraría no estar mucho tiempo buscan-

do setas al día siguiente, pero que no podía dejar de ir pues el importante caso del punki violador dependía, en gran medida, de lo que averiguase en el curso de la excursión.

-Pero, vamos a ver -decía la mujer del policía-, ese Escudero, ¿qué tiene que ver con el punki?

-Son cómplices.

-¿Cómplices?, pero ¿no es veterinario?

-Claro; y el punki es médico.

-¿Médico?... todo esto es muy raro. Tienes que tener mucho cuidado.

-Y tanto -aseguró el policía ahogando un quejido.

Escudero llamó por teléfono a Micci, que le atendió desde el inodoro con su teléfono inalámbrico.

-¿Qué quieres Ricardo?

-Pues mira Federico, que mañana me voy con un amigo a buscar setas y como tú eres un entendido, me gustaría que me indicases un buen sitio.

Hacía tiempo Micci había asegurado a Escudero que era un experto en la materia, cuando en realidad lo más parecido a una seta que Federico conocía era la mesa de camilla de su dormitorio.

-Sí,... por el barranco de la Muerte, en la carretera de Cuéllar, hay un buen sitio para buscar setas -dijo Micci, al que le sonaba que el mencionado barranco tenía que ver algo con las setas.

-¿Estas seguro?, es que tengo que quedar bien.

-Quedarás bien, son unas setas muy buenas -aseguró el médico ahogando un fuerte retortijón.

Melitón estaba en el jardín de la casa de Tere y Arturo leyendo un periódico que éste había tenido la amabilidad de dejarle. Había un artículo sobre setas venenosas y lo especialmente frecuente que era su hallazgo en el barranco de la Muerte, que debía su nombre a esta contingencia y no, como creía Micci, a la altura del barranco, que no llegaba a dos metros escasos.

Dentro de la casa, Arturo interrogaba a Tere, que había necesitado ir al aseo en cuatro ocasiones más.

-Pero, vamos a ver: ¿quién ha visto a Fulgencio violar a la gorda?

-La gorda -repuso Tere pizpireta y molesta por tener que explicar algo tan evidente.

-¿Cómo...? ¿Cómo que la gorda?... Y... la gorda te ha dicho que Fulgencio la ha violado?

-Ya te he dicho que sí.

-No me lo creo. Según cuentas, la gorda es lo más parecido en ser humano a un perro pachón de grandes dimensiones, y además inculta como un adoquín. En el suponer de que Fulgencio la hubiese violado, probablemente ahora no lo buscaría la policía, sino que estaría siendo atendido en algún hospital por los traumatólogos de guardia y, por otra parte, me extrañaría que la bue-

na señora sepa que el significado del verbo violar no tiene nada que ver con tocar un instrumento de cuerda...

-¡Cada día eres más ocurrente!... -repuso Tere asombrada por la exactitud de la observación de su marido.

-Mira Tere..., yo creo que esa buena mujer ha denunciado a Fulgencio a la policía porque alguien la ha forzado a hacerlo.

-Forzar, forzar, no exactamente.

-¡Cuéntamelo todo, Tere! -bramó Arturo.

Tere comenzó una larga historia.

Sor Patrocinia intentaba calmar a Venancio Muro, que aún se quejaba agarrado a una tubería de agua del Hospital.

-Pero no se preocupe Venancio, que ya le hemos encontrado... Y dígame Venancio ¿le duele mucho?

-Váyase usted a la mierda... Desde ayer por la noche estoy sin comer un bocado. Primero que si me tengo que hacer unas radiografías y no puedo comer, después dos individuos me transportan hasta aquí diciendo que no me preocupe, que ahora mismo me hacen el análisis de sangre, después viene otro loco y me inyecta una especie de líquido viscoso por las venas y me dice que en una hora me hará una gammagrafía, pasan 7 horas y se hace de noche... Y eso sin contar que esta mañana me han hecho beber 2 litros de agua y como no puedo mear estoy a punto de reventar como un globo buena señora... ¡De reventar muerto de hambre!

-No se preocupe, que el doctor Saldaña ha venido al hospital expresamente a curarle a usted, dijo sor Patrocinia -haciendo gala de una mano izquierda portentosa. La monja llamó por teléfono a sor Cunegunda y diez minutos más tarde Venancio estaba en el quirófano con el doctor Saldaña.

Jaime había logrado tumbar la puerta del aseo de un cabezazo. Se sentó en el water y comprobó como hasta los actos más cotidianos pueden ser fuente inagotable de gozo. Una vez que su atención dejó de ser requerida por su extremo más caudal reparó en el medio cuerpo que salía por el ventanuco...

-¿Quién es usted?

Chacón calló como un muerto. Estaba convencido que su integridad física estaba próxima a su fin.

-¿Ha visto usted al inspector Chacón?. Estaba en este cuarto de baño cuando yo he entrado y ahora no lo veo por ninguna parte.

Chacón pensó que, hablando de partes, las suyas no estaban precisamente seguras. Caviló un momento y decidió que no le quedaba otro remedio que aprovecharse de la estulticia sin límites de Jaime.

-Soy el ventanero -aseguró.

-¿El ventanero?

-Sí señor, el ventanero. Hace un momento he visto al inspector Chacón salir por esta misma ventana mientras yo la estaba arreglando.

-Y... ¿Le ha dicho algo?

-Que no se preocupe usted, que él le protegerá.

-¡Qué bonito! Bueno si le vuelve usted a ver le dice que le espero en mi dormitorio, que quiero que me proteja allí ¿eh?

-Eh -contestó Chacón convencido de estar hablando con un espécimen masculino particularmente retrasado del Homo Erectus. Seguidamente y, una vez seguro de que Jaime había abandonado el aseo, comenzó a derrochar esfuerzos intentando desatacar su anatomía del ventanuco.

Fulgencio, distraídamente, registraba una de las bolsas de basura que le servían de apoyo, cuando le pareció que aquella bolsa contenía algo que le sacaría al menos del apuro de hacer el ridículo con la vestimenta que llevaba. Dentro de la bolsa encontró una camisa vieja a cuadros y unos pantalones vaqueros que, aunque no eran de su talla, se los podía meter. Abandonó sus ropajes de punki y continuó su vigilancia algo más animado.

Al otro lado de la calle Melitón advirtió movimiento en el contenedor de la otra acera. Lo miró minuciosamente sin advertir nada que despertase sus sospechas, que a aquellas horas estaban bastante dormidas.

Dentro de la casa, Arturo había comprendido hasta dónde llegaban las intrigas de María Teresa. Ésta se encontraba de nuevo en el cuarto de baño.

-Tere, tienes que hablar con la policía.

-¿Por qué?. Estoy harta de hablar con la policía.

-Porque no puede ser que el pobre Fulgencio ande por la calle en esas condiciones y sin poder entrar en su casa.

Don Fulgencio estornudó de forma estruendosa. Sus gafas salieron despedidas. Con mano nerviosa intentó encontrarlas pero no pudo. Al otro lado de la calle, Melitón despertaba de un sueño recién conciliado. Dentro de la casa, Arturo se asomaba a la ventana para cerciorarse de que no le había ocurrido nada a Melitón; el ruido había sido preocupante.

El doctor Saldaña terminaba de sondear a Venancio sin dejar de sorprenderse de la elasticidad de las paredes de la vejiga de su enfermo.

-Sor Patrocinia: recoja unas muestras de orina para analizar - ordenó el médico.

La monja miró al cirujano pensando que había muestra para analizar, para experimentar y para nadar, si en laboratorio quisieran.

Bueno, al menos este problema ya está medio solucionado – pensó el doctor Saldaña–. Lo que tengo que averiguar ahora es quién demonios es el tío que está en la U.C.I.

Onofre era motivo de amplias disquisiciones clínicas:

–Pues yo creo que se trata de un bloqueo auriculoventricular sobreagudizado –aseguró un cardiólogo del hospital que se creía particularmente prestigioso.

–Eso es una tontería. Se trata de una complicación cardioelétrica de un síndrome de Skruttfeld-Formiggianni –dijo la internista que, como buena internista, había soltado el nombre más exótico que se sabía, y sentía un profundo desprecio por todos los médicos que no fuesen internistas.

–Esto podría ser –dijo el intensivista, que no tenía ni la más remota idea de a qué enfermedad, si es que se trataba de una enfermedad, se refería su compañera, a la que por otro lado tiraba los tejos sin éxito desde hacía unas semanas.

–A ver si os ponéis de acuerdo –dijo un ginecólogo que estaba presente en la conversación que, como bien dictaba el buen hacer de su especialidad, ignoraba todo aquello que se refiriese a cualquier aparato ajeno al genital femenino.

–Me estoy poniendo muy nervioso –aseguró el doctor Saldaña, que acababa de llegar.

Bermúdez no podía conciliar el sueño. Los planes del día siguiente le tenían bastante preocupado. Ir a buscar setas con Ricardo Escudero no era una de las cosas que más le apetecía hacer; no ya sólo como entretenimiento, sino como parte de una jornada de trabajo especialmente dura y peligrosa. Por lo que sabía de Ricardo, éste era un individuo extremadamente agresivo que intentaba asesinar policías a culatazos. Lo de las setas ya se le antojaba un refinamiento atroz. Recordaba que en la biblioteca del cuarto de estar había una enciclopedia en la que sin duda podría informarse, aunque fuese sólo un poco, acerca de cuáles eran las especies de setas más venenosas para evitar en lo posible que Ricardo Escudero, que parecía un experto, le diese gato por liebre y lo asesinara con una seta que le produjese una muerte lenta y dolorosa -como sin duda pretendía hacer-. Salió de la cama y comenzó a rebuscar en las páginas del grueso tomo. Bermúdez revisó con detenimiento las que el libro anunciaba como más tóxicas y se aprendió de memoria todas sus características físicas.

Escudero, en su domicilio, manejaba con parecida impericia el mismo tomo de la misma enciclopedia con el objeto de poder reconocer al día siguiente cuáles eran las setas más suculentas de todas, para así poder obsequiar al comisario y de paso despejar cualquier duda que el policía pudiese tener sobre sus intenciones. Ricardo dedicó una atención especial a los nombres científicos de

las especies de setas que estudió.... Sin duda eso impresionaría mucho a Bermúdez.

Chacón hacía el último esfuerzo para desatascar su cuerpo del ventanuco del cuarto de baño de Jaime. Con lágrimas en los ojos y las nalgas enrojecidas por el rozamiento, al fin lo logró, cayendo desde el segundo piso de Jaime a un patio interior lleno de pañuelos de papel, trozos de algodón y otros efectos higiénicos usados -de peor prestigio- que los vecinos arrojaban al patio por los ventanucos de sus respectivos cuartos de baño. La abundancia de deshechos propició que el inspector no recibiese un golpe mayor y únicamente quedase algo aturdido. Ahora se daba cuenta de que su situación no era mejor que la de hacía sólo unos minutos, e incluso se preguntaba si los esfuerzos para desatascarse del ventanuco no debería haberlos hecho en sentido contrario. El caso es que se encontraba en el fondo de un patio infecto -de hecho no era el único mamífero vivo o muerto que allí se encontraba-, y sus posibilidades de escapar de allí aún parecían más remotas que las de escapar de los impulsos homosexuales de Jaime Bobo. Comenzó a dar grandes voces en demanda de auxilio.

## Capítulo XVI

Onofre era totalmente ajeno a las disquisiciones de las cuales era objeto. Su psique, absolutamente aletargada en aquellos momentos, sólo controlaba aspectos muy elementales como qué bien me encuentro, qué bien estoy o parece que alguien habla. De hecho, alguien hablaba a su cabecera. El doctor Saldaña seguía bastante histérico. Los efectos del alcohol que había consumido durante el día se habían ido mitigando y ahora era particularmente consciente de la entidad de la metedura de pata que posiblemente había protagonizado. Parecía claro que aquel individuo estaba en estado vegetal. Le habían hecho un electroencefalograma que había suscitado las delicias del neurólogo, que llevaba dos horas encerrado estudiándolo sin que hasta aquel momento hubiese dicho ni esta boca es mía. Afortunadamente la sonda que él mismo había colocado a aquella especie de petunia funcionaba satisfactoriamente... Algo había hecho bien. El décimo electrocardiograma que habían hecho a Onofre había planteado la lógica duda de que el electrocardiógrafo no funcionase bien, y se decidió que un técnico pasase al día siguiente por el hospital a revisarlo. La verdad es que el registro del electrocardiógrafo había sido exactamente fiel al estímulo que el corazón de Onofre le envió. La internista ya

había consultado con otros diez colegas igual de obtusos que ella e igual de engolados, que habían programado como primera medida una sesión clínica monográfica a las ocho de la mañana, en la que todos se demostrarían mutuamente lo mucho que creían saber, pero que no serviría de gran cosa para la vida de Onofre, la cual -afortunadamente- no corría el más mínimo peligro.

Bermúdez no había conciliado el sueño aquella noche. Se había bebido tres cafeteras y estaba algo más nervioso que de costumbre. De todas formas, probablemente, su nerviosismo obedeciera más a la incertidumbre del día que le esperaba que al efecto de la cafeína que había consumido. Su mujer hacía tiempo que dormía. Eran las cinco de la mañana y lo único que rompía el silencio de la casa del policía eran sus propios paseos. De pronto sonó el teléfono.

-Diga -preguntó Bermúdez.

-¡Hola! Soy Escudero... Aunque me puede llamar Ricardo. Por cierto tú como te llamas.

-Anacleto... -balbució Bermúdez.

-Pues escucha Anacleto, ¿estás preparado?

-¿Para qué?

-Para salir a por las setas, que nos vamos a dar un banquete.

-Hummm, sí... Pero, ¿no es demasiado pronto?

-¿Pronto?... No hombre, no. ¡Qué va a ser pronto!. Cuando se va a buscar setas se ha de salir al amanecer -aseguró firmemente

Ricardo, que lo único que sabía era que las actividades campesinas solían desarrollarse en horas intempestivamente tempranas.

-Bien, bien

-Paso a recogerte dentro de media hora.

Bermúdez dio de nuevo su dirección a Ricardo, que la volvió a anotar cuidadosamente. Después de colgar el teléfono Escudero se acercó a su cama y besó dulcemente la frente de su mujer. Algo le decía que aquella vez el peligro le rondaba de verdad.

Melitón iluminó la cara de don Fulgencio con su linterna

-¿Quién anda ahí?

Durante unos segundos, don Fulgencio no sabía qué estaba ocurriendo. Con los ojos muy abiertos miraba la luz que lo deslumbraba. Se había quedado adormilado y Melitón lo había despertado con la luz y sus voces. Pronto recordó cuál era su situación y obró en consecuencia.

-Soy Pepe Ruzafa -mintió.

-Enfñeme fu documentación.

-La he perdido. He salido, me he emborrachado y ya sabe usted -dijo don Fulgencio, que no se había pescado una borrachera en su vida.

Arturo miraba por la ventana. Pronto advirtió que Melitón estaba hablando con Fulgencio. Sin despertar a Tere, salió de la habitación y bajó la escalera de la casa.

-Melitón, ¿Qué pasa?

-Nada. Un borracho que fe ha quedado dormido enfrente de fu cafa.

Arturo miró al individuo que había al lado de Melitón. Aunque con una camisa a cuadros vieja y bastante sucia y unos vaqueros igualmente desaliñados y enormemente ajustados, aquél era Fulgencio. A Arturo le llamó la atención la desfiguración de la cara del compañero de Tere. La verdad era que aquel pobre hombre sólo movía a la conmisericordia.

-Hágalo pasar Melitón.

-¿Eftá ufted fe guero?

-Un momento, un momento -terció don Fulgencio-. ¿Quién le ha dicho a usted que yo quiero pasar a su casa?

-Mira Fulgencio -dijo Arturo-, sé que eres tú. Así que deja de hacer el gilipollas y pasa a casa a descansar como es debido y a ponerte una ropa más cómoda y menos hedionda.

Melitón intentó detener al funcionario al oír cómo lo llamaba Arturo. Éste le convenció de lo contrario, no sin apuros, pues las entendederas de Melitón dejaban bastante que desear. Minutos después Arturo entraba en el cuarto de estar de su casa llevando del brazo a un atribulado don Fulgencio, que lo miraba entre sorprendido y agradecido. Melitón rechazó la sugerencia de Arturo de marcharse a su casa y anunció que se quedaría haciendo su ronda y vigilando al peligroso sospechoso. Esta vez lo haría en el interior de la casa, dado que la principal amenaza para su protección se encontraba dentro de ella. La cocina de Arturo y María Teresa sería un buen sitio... Tomando coñacs.

Chacón había visto como se encendía el ventanuco del piso superior al de Jaime. La noche era bastante fría y el policía estaba pelado de frío.

-¡Oiga! ¡Oiga! -chilló el inspector.

Para su sorpresa vio como se apagaba la luz del vecino y se encendía la de Jaime y Jorge. Éste asomó la cabeza por el ventanuco.

-¡Hombre!, el ventanero -bromeó Jorge cuando vio al policía.

-Haga usted algo, que me estoy helando.

-De acuerdo. Voy a decírselo a Jaime.

-¡No! por el amor de Dios, no lo haga -vociferó Chacón provocando que todo el vecindario acudiese a sus cuartos de baño.

-Y ¿qué quiere que haga?

-¿Quién es ése? -preguntó el vecino del quinto, que se había subido al bidé y asomaba la cabeza por su ventanuco.

-El ventanero -dijo Jorge.

-¿Sabe lo que le va a hacer el ventanero? -gritó Chacón, que ya estaba harto de las bromas de Jorge. En ese momento se escuchó la voz de Jaime.

-¿Qué pasa, Jorge?

-Nada -dijo éste, mientras miraba sonriente a Chacón, que se había postrado de rodillas y lo miraba suplicante-. El ventanero que se ha caído al patio.

-Pobre hombre. Bueno pues a ver si lo sacas. Me voy a dormir.

-¡Gracias, gracias! -dijo vivamente Chacón a Jorge.

-Cuando volví a casa, Jaime debía estar esperando a otra persona, supongo que a usted, y esta noche me ha hecho unas cosas que hasta ahora ignoraba que se pudiesen hacer sin dislocarse un hueso. Y me ha provocado más orgasmos que en toda nuestra vida juntos. Ya sé que es repelente, pero no sabe usted lo que se ha perdido. ¿Sabe?, de noche no se le ve la cara y hasta apesta un poco menos, de modo que uno se imagina cualquier cosa y ... En definitiva, que estoy en deuda con usted y voy a sacarlo de ahí.

-Sí pero después me lo manda usted a mi casa -dijo el vecino del quinto, que escuchaba la conversación-. Necesito un ventanero -mintió.

Poco después, una cuerda salía del ventanuco de casa de Jorge. Chacón comenzó a trepar.

La internista jalaba del brazo izquierdo de Onofre.

-He dicho que este enfermo es mío -aseguraba vehementemente.

-¡Y una mierda! -exclamaba el doctor Saldaña que, como viejo zorro, sabía el peligro que corría dejando un enfermo en una sala de medicina interna. Probablemente al enfermo no le pasaría nada diferente a lo que le ocurriría en la planta de urología, pero su prestigio profesional en una sesión clínica plagada de internistas

estaba seriamente amenazado. No sólo seriamente amenazado sino en peligro de muerte, dada la afición de los internistas a minusvalorar las artes del resto de sus compañeros. El doctor Saldaña ya se veía saliendo en los periódicos... Y de allí al juzgado sin solución de continuidad. Tras un forcejeo, el doctor Saldaña, al que había acudido a socorrer sor Cunegunda que, a la sazón, había hecho presa en el cuello de la internista, empujaba por el pasillo a gran velocidad la camilla de Onofre con Onofre encima de ella. Múltiples tubos alimentaban el cuerpo del funcionario, que había alcanzado el nirvana de vegetalidad que durante tanto tiempo había perseguido. Al día siguiente, en el servicio de Medicina Interna se lamentaba la falta de determinación de la doctora Perdomo a la hora de retener aquel enfermo que, sin duda, habría llenado el servicio de disquisiciones clínico-metafísicas y de paso, a lo mejor, les hubiese proporcionado la posibilidad inventar una variante desconocida de un raro síndrome, cuando no un síndrome nuevo.

Seis pisos más arriba el doctor Saldaña acomodaba a Onofre dentro de una pequeña habitación de cuya existencia sólo estaban informados él, sor Cunegunda y un celador que fue el que se la mostró al médico durante una guardia de borrachera. No era infrecuente que en los hospitales del INSALUD apareciesen dependencias ignotas y completamente vacías que nadie sabía que exis-

tían desde tiempo inmemorial. Para qué fueron diseñadas en su día permanecía en el más absoluto de los misterios.

Bermúdez cogió su Smith and Wesson calibre 38 y lo introdujo en la cartuchera que llevaba bajo su axila izquierda. Había llenado el cargador del arma y sus bolsillos estaban repletos de cartuchos. El comisario estaba seguro de que aquel día le iba a ser muy necesario ir adecuadamente armado. El portero automático del domicilio del policía comenzó a repicar con insistencia. En la calle, Ricardo Escudero aporreaba con fruición todos los botones que tenía delante.

-Ya bajo -contestó Bermúdez alarmado y pensando que el veterinario iba a despertar a toda su familia.

-Sí, baje pronto, que ya está bien de dar el coñazo -dijo el vecino del cuarto tercera, que había cogido su telefonillo dispuesto a asesinar a alguien.

-Y córtele una mano al imbécil que está abajo. ¡Llamar así a estas horas! -añadió el del tercero segunda.

Tras unas cortas disculpas a estos dos vecinos y a otros doce que estaban a la escucha y, tras rogar a Escudero que le esperase en el coche y sin tocar un solo botón más, un abochornado Bermúdez revisó sus bolsillos, comprobó que no le faltaba nada y, después de cerrar la puerta de su casa, bajó las escaleras como un rayo.

-Anacleto, Anacleto, buscar setas es un reto -rimó Escudero mientras abría la puerta derecha de su Renault 25.

Escudero ya estaba arrepentido de haberle dicho su nombre de pila al veterinario y odiaba, una vez más, todas las palabras que terminaban en eto.

-Vámonos, señor Escudero.

-Llámame Ricardo, Anacleto, o aquí mismo me tiro un peto... Ja, ja, ja -dijo Ricardo a la vez que daba una palmada en la espalda del policía, que miraba a Ricardo con una extraña sonrisa, babeando imperceptiblemente por su comisura izquierda en tanto que acariciaba su revólver con su mano derecha, convencido de que lo iba a usar de un momento a otro. El automóvil del veterinario arrancó en dirección al barranco de la Muerte.

Después de apaciguarle, Arturo había dado de cenar a don Fulgencio y estaba saboreando un whisky en su cuarto de estar, a la vez que escuchaba la versión de los hechos del funcionario que, aunque era tan estrambótica como la de Tere, era mucho más creíble que la de ella y mucho más verosímil, conociéndola como él la conocía. Durante su relato, don Fulgencio había asegurado varias veces que lo único que quería hacer en ese momento era asesinar a María Teresa, aunque fuese la mujer de Arturo.

-Pero no la mates -dijo Arturo-, si sufre mucho más estando viva.

Aquél fue un razonamiento que le pareció a don Fulgencio especialmente acertado. Desde luego si él un día se levantase, fuese al cuarto de baño, se mirase en el espejo y viese el rostro de María Teresa seguro que sufriría mucho y querría morir.

-Además se me ocurre algo mejor -dijo Arturo, que estaba imaginando un plan diabólico-. Tengo un plan que más bien parece un plan de pensiones.

Don Fulgencio miró a Arturo con los ojos muy abiertos sin entender absolutamente nada. Arturo le sonrió y, dando una sonora carcajada, dijo: -no te preocupes, va a ser muy divertido. Tú de momento estás muy cansado ¿no?

-Muchísimo. Te puedes imaginar.

-Pues ahora vas al cuarto de baño, subes a mi habitación y te metes en la cama.

-Pero, ¿no estará Tere...?

-Sí, sí que está. Pero la cama es muy grande y me vas a prometer que no la vas a matar violentamente -le dijo Arturo a don Fulgencio, que no imaginaba cuán certera era la precisión de su amigo.

-Bien, bien. No la mataré violentamente. Sólo dormiré.

-Perfecto -repuso Arturo con un brillo en los ojos que a don Fulgencio le pareció muy extraño.

El doctor Saldaña había intentado desfibrilar a Onofre en tres ocasiones. Onofre, naturalmente, no respondía a ningún estímulo

externo, ni siquiera eléctrico. Sor Cunegunda miraba al médico con compasión. Era la viva imagen de la desesperación.

-¡Un accidente anestésico! ¡Un accidente anestésico! -sollozó el urólogo.

-Doctor, que no le hemos anestesiado -corrigió la religiosa.

-Pues algo le debe pasar a esta especie de marmota paralítica ¿no? No es normal que su corazón lata dos veces por minuto.

-Conozco algunos gurús hindúes que consiguen algo parecido sólo concentrándose -dijo la monja, que había sido misionera en La India.

-No diga tonterías, hombre. ¿Tiene este imbécil cara de gurú o de santón?

-Hombre... Yo, ¿qué quiere que le diga?

-¿Han averiguado ya cómo se llama este tipo?.

-No. No tenemos ni la más remota idea. Es como si no existiese. Las monjas han contado los enfermos del hospital. Después hemos preguntado en recepción y nos han dicho que sólo había 3.123 pacientes ingresados.

- ¿Sólo? -ironizó Saldaña.

-Sí. Es que contando a éste a nosotras nos salen 3.124.

-¿Y de dónde ha salido entonces esta cataplasma?

-No lo sabemos... No lo sabe nadie. De hecho sólo lo conocen usted, nosotras y los internistas.

-Los internistas no me preocupan. En cuanto digan en la sesión que han visto en la guardia un síndrome de Nosequé-Nose-

cuántos nadie les creerá. No sería el primer farol que se tiran en las sesiones clínicas.

El doctor Saldaña se quedó un momento pensativo. Unos segundos después pidió amablemente a sor Cunegunda que lo dejase sólo con Onofre y ella obedeció inmediatamente. Nunca le fallaría. Saldaña estaba completamente seguro de la complicidad y fidelidad de la religiosa... Es decir, de todas las religiosas, que aceptarían cualquier sugerencia de sor Cunegunda como la más severa de las órdenes.

-Me está usted descoyuntando las ancas con el ventanuco - susurró Chacón a Jorge con lágrimas en los ojos mientras éste tiraba sudoroso de una cuerda que el inspector llevaba atada bajo las axilas.

-¡Joroba!, si es que está usted bastante gordo.

-Bastante gordo lo estará su belfo -corrigió el policía.

-Mire, que dejo de tirar de la cuerda y despierto a Jaime -dijo Jorge dejando de jalar.

-No sea usted cruel -imploró Chacón con medio cuerpo fuera y medio cuerpo dentro del cuarto de baño de Jaime y Jorge.

Jorge volvió a emprender el duro trabajo. Minutos después ambos descansaban. Jorge estaba agotado y sentado en el water. Chacón descansaba sobre el bidé. En ello escucharon a través del ventanuco la voz del vecino del quinto que preguntaba por el policía.

-¡Señor ventanero!

-¿Quién es ése? -preguntó Chacón.

-El vecino, que debe querer que suba usted.

-¡Señor ventanero! -volvió a chillar el vecino.

-Ése va a despertar a quien usted y yo sabemos -repuso Jorge divertido. Chacón se asomó, raudo, al ventanuco.

-¿Qué quiere usted?

-Quiero contratarle.

-¿Tiene usted alguna ventana estropeada?

-¡Qué va!... ya sabe usted a lo que me refiero.

Chacón miró sorprendido a Jorge, que estaba a punto de partirse de risa.

-Pero ¿usted sabe qué quiere decirme ese loco?

-Probablemente nos ha escuchado antes, -explicó Jorge- y lo que quiere es que haga con su mujer el mismo trabajito que me ha hecho a mí con Jorge.

-¿Qué trabajito dice usted que le he hecho yo a ese tío? -preguntó el inspector indignado-. ¡Es usted un mentiroso! ¿Qué le ha contado usted al degenerado de ahí arriba?, so maricón.

-Bisexual. Bisexual -precisó Jorge-. Mire: el degenerado de ahí arriba es el Marqués de las Marismas del Urumea. Está forrado y su mujer está como una caravana de trenes, pero más sola que la una porque el degenerado no sabe, digamos, atenderla. Por otro lado, nos habrá escuchado y habrá entendido que usted es una especie de gigoló a domicilio. Y piensa, claro está, que yo he

quedado muy satisfecho de sus servicios, lo que, dicho sea de paso, es cierto.

Chacón miró a Jorge con la boca abierta y sin saber qué decir. Mientras, el marqués seguía llamando a Jorge con insistencia. Instantes más tarde Chacón subía las escaleras en dirección al piso del vecino... Por probar, fue lo último que dijo.

Ricardo Escudero detuvo su automóvil en un paraje sobrecogedor. Tanto él como Bermúdez se quedaron pálidos mirando el lóbrego paisaje. Frente a ellos había una especie de cárcava enana que allá por donde discurría parecía marchitar todo tipo de vida. No se escuchaba ni un ruido. Ni siquiera el viento se dejaba oír. Aquello era lo más parecido al planeta Marte que había en la Tierra. Ricardo bajó del coche cautelosamente con un cesto de mimbre colgado de su brazo izquierdo. Bermúdez hizo lo propio con su revólver amartillado en su mano derecha. Ya no era Ricardo el que le preocupaba.

-¡Cojones con el barranquito! -masculló Bermúdez- ¿usted lo conocía?

-Sí -mintió Ricardo con voz temblona-, he venido muchísimas veces.

Estuvieron un rato reconociendo el lugar. Cuanto más tiempo estaban allí más prisa tenían en irse, pero Ricardo debía disimular. Por ello fue él el primero en descender por el barranco.

-Allá por donde me meto veo setas, Anacleto -dijo Ricardo, que empezaba a recuperar el humor.

Anacleto Bermúdez miró al cielo pidiendo ayuda. Después comenzó también a descender por el barranco. Cuando llegó al fondo, Ricardo Escudero ya había introducido en el cesto una buena cantidad de boletos mortales.

-Suculentus Jocosus -dijo el veterinario mostrando una de las venenosas setas.

-¿Qué me está diciendo? ¿Porqué habla en latín ahora? -preguntó el policía convencido de que a Ricardo le había dado un ataque.

-Digo que esta seta es la Suculentus Jocosus, una variedad especialmente sabrosa y delicada. Los animales del bosque la comen a menudo por su sabor y por sus excelentes propiedades medicinales -agregó Ricardo, que según hablaba se iba inventando lo que decía. De hecho si una ballena adulta de gran tamaño hubiese comido un boleto de aquellos, hubiese gozado de las excelentes propiedades medicinales de la seta flotando panza arriba en pocos minutos.

Bermúdez no reconoció las setas que tenía ante sí como integrantes del grupo de venenosas consignado en su enciclopedia - cuando en realidad aparecían meticulosamente fotografiadas y descritas como los boletos más peligrosos del planeta-. Hambriento, se dejó convencer y se entregó solícito a la recogida de las setas, que eran abundantísimas y sencillísimas de recoger. Pa-

sada media hora tenían en la cesta una cantidad de boletos suficiente como para asesinar a todos los habitantes de la provincia.

## Capítulo XVII

Arturo subía la escalera de su casa con parsimonia. Un agotado y recién duchado don Fulgencio lo seguía cogido de su brazo. En la cocina, Melitón se había bebido medio litro de coñac y roncaba la mona sobre la encimera.

-Bien -aclaró Arturo en la puerta de su habitación, donde dormía profundamente Tere-, ahora te metes en el cuarto, te metes en la cama con cuidado de que no se despierte María Teresa y a descansar.

-No sé si podré acostarme sin asesinarla antes, Arturo.

-Me lo has prometido. Que no la asesinarás violentamente - volvió a matizar Arturo.

Don Fulgencio asintió algo molesto y, después de dar las buenas noches a Arturo, se metió en la habitación. Es cierto que al llegar a la cama estuvo a punto de coger un candelabro que había encima de una cómoda para estrellárselo a Tere en la cabeza, pero recordó su promesa. Si hubiese estado más despierto probablemente lo hubiera hecho, pero el sueño le vencía. Se quitó el bañín de Arturo que a duras penas le contenía y se metió en la cama, a la derecha de Tere, completamente desnudo. Unos segundos después roncaba como un camello.

Mientras tanto Arturo se había vestido para salir a la calle. Antes de salir se acercó a la cocina. No sin dificultad despertó a Melitón, cuyo aliento rezumaba coñac.

-Melitón -le gritó al oído- salgo a dar una vuelta. He dejado a don Fulgencio descansando en mi habitación y yo salgo a dar una vuelta. No estoy en casa. ¿Ha comprendido?

-No está en casa. He comprendido -logró decir el policía, que estaba completamente aturdido.

-No estoy en casa. Recuérdele -insistió Arturo-. El marido de doña María Teresa se marchó a la calle a las cinco y media de la madrugada a dar un paseo.

-No se preocupe. El marido de la bruja se marchó fuera de casa a las cinco y media de la madrugada. Comprendido.

Cuando, tras repetírselo innumerables veces, Arturo se convenció de que había grabado el mensaje en el ebrio cerebro de Melitón, salió de su casa y, caminando, se fue a un hotel cercano a descansar. A río revuelto, ganancia de pescadores; y aquella vez él era un pescador con muchas posibilidades de salir ganando.

Bermúdez había perdido momentáneamente toda prevención y volvía con Escudero al coche con el cesto y los bolsillos del abrigo rebosantes de setas. Al llegar al coche, Ricardo anunció que, como buen anfitrión rural, llevaba consigo un queso, aceite, sal, especias, abundante pan y seis botellas de vino, así como una cocina campestre de gas y una sartén con las que freirían las setas

que acababan de recolectar. A Bermúdez le pareció un plan estúpido y comenzó a pensar que había obrado mal al desconfiar del veterinario. Lo único que el pobre quería era congraciarse con él. Después de todo, probablemente Melitón habría exagerado en su informe. Ricardo no tenía pinta de ser un loco asesino de policías, sino más bien de todo lo contrario: un honrado ciudadano que lo único que quería era vivir en paz y no molestar a nadie. Ricardo anunció su intención de ir a un bosque cercano a buscar un claro umbroso y fresco que él conocía, donde podrían encender el fuego y pegarse un buen desayuno campestre. Bermúdez estaba encantado. Hacía tiempo que no estaba tan relajado. Lo que no se imaginaba era lo relajado que iba a llegar a estar.

El doctor Saldaña, al cabecero de la cama de Onofre, se devanaba los sesos. Si alguien se enteraba de que un desconocido, que no tenía ni siquiera una historia clínica abierta en el hospital, era conducido a su pesar -y el doctor Saldaña recordaba bien los gritos de Onofre- a un quirófano, se le sondaba además con una sonda de Foley del número 24, y después de salir del quirófano se advertía que el susodicho enfermo había entrado en una especie de coma clínico que no se resolvía y con el corazón latiendo a una velocidad que habría hecho las delicias de todos los internistas, lo más probable era que lo encarcelasen y tirasen la llave, además de inhabilitarle de por vida y tener que pagar una cuantiosa indemnización a la familia del enfermo. Por otro lado, algo le decía

que aquel individuo estaba contento en el estado vegetal en el que se encontraba. Incluso una vez había creído verle sonreír. El médico hizo sus cálculos y pensó que si acondicionaba la bodega de su casa, que además cumplía con la conveniente condición de estar disimulada tras una librería y estar bien aireada, y metía en ella a Onofre con las botellas de vino y las demás plantas, los gastos mensuales de mantenimiento de Onofre serían bastante menores que si tuviese que afrontar una cuantiosa cantidad indemnizatoria, amen de la pérdida de profesión y de libertad. Además los familiares de Onofre no habían dicho esta boca es mía, con lo que encima cabía la posibilidad de que nadie se extrañase de su desaparición. Lo tenía decidido. Aquella noche se llevaría a Onofre en la furgoneta del mecánico de su coche, que era un buen amigo suyo. Estaba seguro de que sor Cunegunda se encargaría de la discreción de las monjas y los internistas no le preocupaban lo más mínimo.

Chacón estaba alucinado con la proposición del Marqués de las Marismas del Urumea, un anciano respetable y bastante picarón que lo único que deseaba era disfrutar de los favores de su señora; una mujer de bandera de 30 años de edad que, por lo demás, también añoraba los favores de alguien que no la tuviese enojosamente blandurria. Chacón miraba a la morena y escultural mujer de la misma manera que lo miraba a él Jaime hacía sólo unas horas. A la marquesa no le disgustaba en absoluto el plan de

su marido y Chacón estaba, según su opinión, de muy buen ver. El anciano deseaba que Chacón se dedicase a provocar la lascivia de su mujer con la condición de que fuese su único cliente. Disfrutaría de una buena residencia, y le ofreció un salario bastante superior al que podría ganar en la policía en los siguientes diez años. Chacón aceptó sin rechistar para regocijo del marqués -que le extendió un primer cheque por adelantado-, de su mujer y de él mismo, que no daba crédito a lo que le estaba ocurriendo. Minutos después comenzó a trabajar... Nunca había gozado tanto.

Una desvencijada furgoneta azul marino conducida por el mecánico del coche del doctor Saldaña circulaba temprano, al amanecer, por la ciudad. En su interior, el mecánico seguía extrañado por la llamada que de madrugada le había hecho su buen amigo. Siguiendo sus instrucciones, había limpiado y desinfectado la furgoneta y conducía muy despacio hacia el hospital, donde había quedado citado con el doctor Saldaña en una puerta auxiliar poco transitada que había cerca de la entrada de las cocinas. Cuando llegó al centro hospitalario, los guardias jurados de la puerta le preguntaron dónde iba, les contestó que a arreglar el coche del gerente del hospital, por lo que los guardias se cuadraron y rápidamente franquearon el paso a aquella destartada furgoneta. La sola mención del gerente era como una especie de salvoconducto en aquel edificio, donde el directivo ejercía una feroz y arbitraria dictadura.

Tras una blasfemia sonora, el doctor Saldaña consiguió meter la camilla de Onofre en un ascensor que evidentemente no estaba diseñado para acoger personas tumbadas. Lo consiguió colocando la camilla en un plano inclinado respecto a la vertical; los pies de Onofre hacia arriba y la cabeza hacia abajo.

-Esas barbaridades no se deben decir, doctor -dijo sor Cunegunda recriminando al médico el venablo que acababa de soltar.

-Es que me he jodido un jodido dedo con la jodida camilla - dijo el médico mostrando un tumefacto dedo.

-Por lo menos podía ser usted un poco más variado.

Realmente la situación del médico y la monja era como mínimo difícil de explicar: en el triángulo formado por la pared del ascensor, su suelo y la camilla de Onofre estaban la voluminosa religiosa y bajo ella el médico, que comenzaba a tener los primeros síntomas de asfixia y jadeaba ruidosamente.

-¡Doctor Saldaña! ¡qué soy monja! -le increpó sor Cunegunda, que había interpretado mal los suspiros del médico.

-Si es que ya no puedo más.

-¡Doctor, mire que una no es de piedra por muchos votos que tenga!

El doctor Saldaña miró aterrorizado a la monja.

-No me entiende usted -se apresuró a explicar, a la vez que la monja le cogía amorosamente una mano-; me asfixio por la falta de aire dentro del ascensor y por eso jadeo.

-¡Ah! -exclamó la religiosa desilusionada y soltándole la mano.

Unos momentos después, las puertas del pequeño ascensor se abrían en el sótano, donde, según preveía el doctor Saldaña, no había absolutamente nadie.

-¡Hale! sor Cunegunda, ya puede usted dejarme solo -pidió, esperando que la religiosa se marchase y no tener la oportunidad de volver a suscitar una situación equívoca con semejante hipopótamo.

-Bien doctor. Que Dios le bendiga. Usted ya sabe lo que va a hacer...

-Que sí mujer, que sí -dijo el médico dando media vuelta y empujando la camilla hacia la puerta donde se había citado con su amigo, a la vez que dejaba a la monja al comienzo de una larga y moralizante disertación.

Minutos después, el doctor Saldaña y su amigo salían del centro hospitalario, con Onofre en la parte posterior de la furgoneta, en dirección al domicilio del médico.

Tere dormía plácidamente. Soñaba que estaba en el despacho del consejero de Salud siendo condecorada por su valiente y temerario comportamiento en la lucha contra aquel feroz delincuente. También soñaba que aquel feroz delincuente se pudría en una oscura y pestilente mazmorra el resto de sus días y que ella, de vez en cuando, lo visitaba para comprobar como se pudría y le hablaba, y le contaba cosas del trabajo para hacerle sufrir más. Hacía tiempo que no soñaba cosas tan bonitas. A su derecha, so-

bre su costado izquierdo, don Fulgencio seguía roncando filarmónicamente. A Tere, entre sueños, le extrañó que Arturo respirase de aquella forma tan bestial. Arturo no solía roncar. Medio dormida, comenzó a chistar para que aquellos gigantescos gruñidos cesaran. Cada vez que chistaba, los ronquidos de don Fulgencio se aplacaban e, incluso en más de una ocasión, callaban por completo. En la cocina, Melitón, con una resaca de mil pares de demonios, miraba hacia arriba extrañado por los ruidos que provenían del piso de arriba. Lo único que recordaba era que el marido de Tere había ido a anunciarle que se marchaba a las cinco y media de la mañana. Por lo tanto, se suponía que Tere estaba sola. Sin embargo, Melitón podía oír claramente dos sonidos –y la resaca le hacía ser especialmente sensible a ellos–; uno atronador y rítmico que parecía salir de la garganta de un proboscidio de notables dimensiones, y otro, igualmente rítmico aunque más agudo y menos cadencioso, que tenía el aspecto de provenir de la de una chicharra. Melitón sabía como efectivamente las chicharras cantaban con el sol y que acababa de amanecer, pero de los elefantes el policía no sabía nada que relacionase su canto con la salida del sol ni con ninguna otra cosa. Por ello, Melitón decidió subir a ver qué pasaba, aunque antes debía darse una ducha y beberse varios litros de agua en la cocina de Tere y Arturo.

El Marqués de las Marismas del Urumea descansaba plácidamente. Hacía unos minutos había disfrutado de su mujer y, por

los suspiros, parecía que ésta había quedado muy contenta de sus habilidades. Antes de dormir y despedirse cariñosamente de su señora, que se iba a su habitación después de la comedia, había decidido que el ventanero era una joya y que había que tenerlo contento. Su mujer le anunció que estaba completamente de acuerdo.

En la habitación de ella, Chacón esperaba solícito la vuelta de aquel bombón. Al cabo de unos instantes, la marquesa entró de nuevo en su habitación y miró con ojos golosos al ya ex-policía. El batín de seda transparente dejaba entrever las formas perfectas del cuerpo de la hermosa dama. Chacón la miraba y él, de cintura para abajo, se convertía en un garañón enloquecido de deseo. Ella, asombrada y halagada por la profesionalidad del gigoló, dejó caer suave y sugerentemente su batín al suelo. Chacón no aguantó más y se lanzó literalmente a por ella. Estaba sorprendido de su capacidad de recuperación y pensaba explotarla al máximo: sabría ejercer su nueva y agradable profesión. Sobre la alfombra retomaron su expresiva conversación sin palabras.

En un acogedor claro del bosque detuvo Escudero su automóvil. Las suspicacias que mutuamente se habían despertado el veterinario y el policía habían pasado a la historia y, ya en el trayecto hacia el bosque, habían abierto una deliciosa botella de Ribera del Duero que se habían bebido a morro, a la vez que ensayaban variados cantos regionales. Una vez en el claro, Ricardo dispuso

que, para ir abriendo boca, engullirían el queso con pan y vino mientras se freían las setas. El plan fue festejado ruidosamente por Bermúdez, que se encargó de encender la bombona de gas. Seguidamente se encaminó hacia el coche para recoger el cesto con las setas, en tanto que su nuevo amigo abría una segunda botella del sabroso tinto. Antes de llegar al automóvil, Bermúdez sacó su revólver del bolsillo y lo disparó al aire en varias ocasiones en señal de júbilo.

-¡Viva! ¡Viva! -festejó Ricardo, que no recordaba haber estado borracho tan temprano.

-¿Ves este revólver? lo había traído para matarte si te desmandabas.

-No te preocupes Anacleto, que esto será un secreto -rimó el veterinario para desesperación del policía.

-Es que te iba a matar, so tonto -recalcó Bermúdez para después beberse media botella de una sentada y eructar violentamente.

-Pero ahora somos amigos ¿no?

-¡Sí!, ¡A mis brazos, Ricardo! -dijo el policía mientras efectuaba varios disparos al aire.

-¡A mis brazos Anacleto!

Después del interminable abrazo aderezado con recíprocas palmadas en la espalda que en condiciones normales habrían sido catalogadas como agresión violenta, ambos hombres comenzaron a derramar el aceite en la sartén y, cuando éste estuvo caliente, empezaron a echar en él los boletos, que rezumaban y olían sa-

brosamente. Ricardo cortó varias rebanadas de pan mientras Bermúdez abría una tercera botella de rojo vino.

El mecánico y el doctor Saldaña habían subido a Onofre a casa del médico. La mujer de éste, enfermera de profesión, las tres hijas de ambos y la perra no parecían estar muy de acuerdo con los planes del preocupado urólogo. En realidad no consentían que Onofre entrase en casa, de forma al parecer permanente, porque aunque estuviese en coma era un varón que amenazaba la femenina preponderancia de aquel domicilio.

-No nos gusta que traigas trabajo a casa del hospital -le dijeron.

Tras una hora de discusión y explicaciones el doctor Saldaña consiguió hacer entender a su mujer, a sus hijas y a la perra, la conveniencia de mantener a Onofre junto con las demás macetas y las convenció de la necesidad de mantener en secreto la existencia de Onofre. Además era una maceta que iba a dar poco trabajo y que iba a salir más barata que las otras, ya que lo que necesitaban para mantenerla lo irían trayendo del hospital sin problemas. Acomodaron a Onofre entre un macetero de gladiolos especialmente bellos y un rosal deliciosamente fragante. El funcionario era absolutamente feliz. Había conseguido la felicidad y no pensaba perderla.

Tras chistar incesantemente durante más de media hora sin conseguir que los ronquidos de quien ella creía Arturo se apagasen, Tere decidió despertarlo. Para ello, decidió comenzar a darle patadas en la pierna con su talón. Don Fulgencio respondía con un bufido cada vez que Tere le propinaba una coz. Harta de no conseguir ningún resultado, Tere decidió volverse para despertar a su marido a golpes.

Melitón en el piso de abajo se hartaba de beber agua. Tenía una resaca enorme. En la cocina había dos botellas de coñac vacías que el policía consideraba imposible haberse bebido el sólo, como así era. Llevaba doce minutos con la boca abierta bajo el grifo del agua fría, cuando desde el piso de arriba una mujer gritó de una forma que puso los pelos de punta al guardia. Melitón se incorporó y palpó su revólver dentro de la cartuchera. Procurando ser sigiloso subió lentamente la escalera. No oía ningún signo de actividad, sólo aquel ronquido monumental que Melitón empezó a atribuir a alguna fiera peligrosa. Con la mano temblorosa giró el pomo de la puerta de la habitación de Tere y Arturo. Lo que vio heló la sangre de Melitón. Roncando como un poseso, un gordo con el aspecto de ser don Fulgencio reposaba en el lado derecho de la cama, y a la izquierda de don Fulgencio estaba el cuerpo de María Teresa con el rostro descompuesto y babeando espuma, el cabello repentinamente encanecido, los ojos, exageradamente saltones, fijos en algún lugar del techo de la habitación, y las manos intentando agarrar algo dentro del pecho. El guardia se acercó y comprobó que María Teresa había muerto. Amartilló su arma e in-

tentó despertar a don Fulgencio pero fue imposible, por lo que lo ató al cabecero de la cama mientras bajaba a llamar por teléfono a la comisaría. Preguntó por el comisario Bermúdez y por el inspector Chacón pero nadie les había visto aquella mañana. Por ello Melitón tuvo que empezar a impartir órdenes: él era el nuevo responsable.

## Capítulo XVIII

La inspección del domicilio de María Teresa y Arturo había sido laboriosa, aunque también ociosa dadas las evidencias tan palmarias que se daban en el caso. Los propios policías estaban sobrecogidos por la frialdad del cruel asesino, capaz de echarse a dormir al lado de su víctima muerta. Don Fulgencio había declarado que se alegraba mucho, que tenía mucho sueño, que le dejasen dormir en paz, pero negaba con insistencia y firmeza que tuviese nada que ver con aquello, que él simplemente se había metido allí a dormir por indicación del marido de la víctima, que lo había acogido, lo cual parecía bastante raro y se contradecía con la versión del policía Melitón que no recordaba nada de lo que decía el funcionario y nada, en general, de lo ocurrido durante las últimas ocho horas. Melitón sólo sabía que don Arturo había salido a dar una vuelta a las cinco y media y que estuvo fuera hasta hacía unos minutos, en que había vuelto a su domicilio y se había enterado de lo que había pasado, sumiéndose en un espeluznante estado de desesperación que había sobrecogido y emocionado a los policías.

Arturo estaba en su despacho y de vez en cuando sollozaba o daba un grito. No estaba seguro de si se habría extralimitado al

expresar su desolación hacía unos minutos. Haber dado alaridos de rabia no estaba mal, haberse desgajado el jersey a base de dar tirones era una manera de subrayar su pena, pero al tirarse encima de la alfombra y comerse una de las esquinas de ésta, en su opinión, había forzado la nota un poco. No obstante parecía que los policías se habían conmovido notablemente y no cesaban de requerirle si necesitaba cualquier cosa cada dos por tres, hasta el punto de ser notablemente pesados. De momento todos sus planes marchaban de miedo y le beneficiaba bastante la borrachera de Melitón, que había estado de lo más oportuna. El policía no sólo no se acordaba de nada, sino que además no podía reconocer esta circunstancia ya que estaba de servicio. Arturo recordaba que nadie lo vio entrar con Fulgencio en la casa cuando sinceramente compadecido lo acogió. Lo único que debía evitar era coincidir con él, pero eso era relativamente sencillo y su simulado ataque de histeria le ayudaba: era claro y evidente que un hombre en su estado no podía ver al asesino de su esposa bajo ningún concepto, como ya había ordenado Melitón hacía rato. Al primer policía que asomó, Arturo pidió por favor que le trajese un café con unas tostadas y unos huevos con jamón, a ver si así se podía distraer.

Silbando y cantando, un ecologista del G.O.N. (Grupo de Observación de la Naturaleza) paseaba junto al barranco de la Muerte siguiendo camino hacia un bosque cercano. Al pasar junto al barranco se detuvo y miró sus anotaciones. Éstas decían que no

debían cogerse nunca setas de aquel barranco, pues pertenecían a una variedad de boletos especialmente venenosísima. Para ilustrar la toxicidad del boleto su manual de campo decía repetidamente que un solo bocado fulminaría sin la menor sombra de duda a una persona adulta. Continuó y, llegando al lindero del bosque, comenzó a pensar que estaba viendo un oso pardo de gran tamaño tendido en el suelo, lo cual le produjo gran excitación pues nunca había visto ninguno por aquellos andurriales ni por ningunos otros. Temeroso de que el animal se despertase procuró hacer menos ruido y dejó de cantar. Luego pensó que era muy raro que un oso pardo, aunque fuese de las enormes dimensiones del que tenía delante, se dejase ver de aquella manera por un individuo tan ruidoso y, probablemente, tan oloroso como él. Por ello, no sin cautela, se acercó al animal. Conforme se acercaba se iba fijando en que el oso no parecía respirar y unos instantes después comprobaba como el animal estaba bien muerto. Al principio experimentó cierto regocijo e incluso, con el autodisparador de su cámara, se hizo una foto con un pie sobre el corpachón del bicho, pero después empezó a pensar que un buen ecologista no debía mostrar la más mínima algarabía ante el cadáver de un animal casi extinguido y se afeó su conducta. No obstante, por más que buscaba, no veía por ningún lado la causa de la muerte del plantígrado, que no mostraba signos de lucha, heridas u orificios de bala por ningún lado y, por lo demás, parecía un ejemplar sano, joven y fuerte. Decidió avisar al primer guarda forestal con el que se encontrase y siguió camino. Poco después vio desolado como un

grupo de unas catorce ardillas se amontonaba al pie de un árbol panza arriba. Pensar en una pelea entre las ardillas y el oso no parecía ser lo más lógico y, por lo que él sabía, no eran especies enemigas. Convencido de que era necesario, hizo un dibujo de los cadáveres en su cuaderno de campo y volvió donde el oso para dibujarlo también. Al acercarse escuchó con horror los gruñidos de alguna especie de bichos que parecían ser muy temibles y fieros, hasta que contempló horrorizado como un grupo de cuatro lobos estaba devorando el cadáver del oso. Con la agilidad de un mono se encaramó a lo alto de un haya y desde allí vio estupefacto como los lobos, una vez que se metían un pedazo de oso en la boca, actuaban como si estuviesen borrachos, se tambaleaban unos metros y se desplomaban en el suelo sin poder moverse más. Dibujó la escena en su cuaderno de campo. Una hora después estuvo razonablemente seguro de que los lobos no se moverían, y descendió del haya sorprendiéndose a sí mismo por haber subido tan ágilmente lo que ahora costaba tanto trabajo bajar. Se acercó a los carnívoros para constatar como todos ellos estaban completamente muertos y con un pedazo de oso en la boca que todavía no habían tenido tiempo de deglutir. En sus quince días de ecologista no había visto nada igual. Sentado en una piedra, encontró una explicación a aquel misterio: el oso había comido algo sumamente venenoso, murió y después, con su carne, intoxicó, al ser deglutido, a los lobos y antes a las ardillas. Encantado de haber encontrado una explicación tan lógicamente cierta emprendió su camino. Unos metros más adelante se detuvo al re-

parar en que las ardillas no eran carnívoras, lo que le excitó aun más pues estaba convencido de que, lógicamente, había descubierto una nueva especie de ardillas hasta ahora desconocida. Corrió hacia el árbol donde había visto las ardillas pensando que lo más conveniente era hacer una foto de los cuerpos de aquellos raros animales pertenecientes a esa nueva especie tan extraña por él descubierta. Cuando llegó hasta ellos se quedó perplejo: junto a las ardillas reposaba el cuerpo de un zorrillo que tenía una de las ardillas en la boca. Aquello era más raro pues el zorro no había comido oso. Estuvo unos minutos reflexionando: el zorro y los lobos eran carnívoros y habían muerto al comer carne, luego parecía posible que fuese una enfermedad que afectase a los carnívoros, porque los osos no eran carnívoros pero sí omnívoros, de modo que comían carne siempre que les parecía oportuno, y las ardillas que había visto, sin duda eran ardillas carnívoras de una especie nueva que se resistía a no haber descubierto. Conclusión: no sólo había descubierto una especie nueva sino una nueva enfermedad contagiosísima que afectaba a los carnívoros y que, en consecuencia, amenazaba al equilibrio ecológico del planeta. Decidió que un guarda forestal no tenía entidad suficiente para la importantísima información científica que acababa de descubrir, y salió disparado hacia su bicicleta de montaña para informar a los del G.O.N.. Su desorientación era tan grande que confundía el norte con el sur y las hayas con los chopos, de forma que corrió en dirección a un claro cercano que había en el bosque en donde vio un coche aparcado, una bombona de campo aún encendida y

dos personas que parecían dormir la siesta a las diez de la mañana con un pedazo de pan en una mano y una botella de vino en la otra.

El cadáver de Tere fue conducido al Instituto Anatómico Forense donde, en aquel momento, se acababa de realizar la autopsia del dueño de un restaurante que había perecido congelado dentro de la cámara de su establecimiento. Pese a su experiencia en el cuerpo, el director del Instituto se llevó un susto de muerte al levantar la sábana que ocultaba el rostro de aquella mujer. Durante las siguientes dos semanas no pudo conciliar el sueño con la misma facilidad. Dictaminó muerte por infarto, pero por infarto provocado por una fuerte sensación, tal y como atestiguaba el contraído rostro del cadáver. Culpar consecuentemente a don Fulgencio era un juego de niños, pues dada su condición de médico y de compañero de Tere, debía conocer perfectamente la sensibilidad de Tere para estas cosas y como provocarle la clase de estímulo que desencadenase una reacción cardiaca tan fulminante. Más o menos esto fue lo que el forense escribió en su informe antes de beberse dos tazas de tila bien cargadas.

Mientras, don Fulgencio era conducido por la policía a la comisaría y era encerrado en una incómoda celda. Melitón no hacía más que preguntar por Bermúdez, que seguía sin aparecer, y por Chacón, que en aquel momento componía con la Marquesa consorte de las Marismas del Urumea una figura que habría hecho

sonrojar al autor del Kamasutra, y que no tenía la menor intención de reincorporarse a trabajar en la comisaría ni aquel día ni ningún otro. El sargento Socías informó a Melitón que llamaban del G.O.N. y que alguien tenía que ponerse.

-¿Y efo del GON qué ef? -preguntó Melitón, pensando que se trataba de una clase de alarmas.

-Es un grupo ecologista.

Melitón se echó las manos a la cabeza. Empezar la mañana con un asesinato y con el comisario y el inspector en paradero desconocido era algo que sobrepasaba ampliamente sus expectativas. El sólo era un poli de a pie, pero el mamón del sargento Socías ya le había dicho que el encargado de llevar todo aquello sería Melitón y que él no pensaba devanarse el poco seso que le quedaba en resolver asesinatos ni otras tonterías similares, que bastante tenía con atender el teléfono y bajar chorizos al calabozo. También bastante tenía Melitón como para encima tener que hablar con uno de aquellos iluminados del G.O.N.. Poco después, el guardia ordenaba que dos coches saliesen en dirección al bosque cercano al barranco de la Muerte, donde un ecologista del G.O.N. que paseaba había visto los cuerpos asesinados de un oso, un zorrillo, cuatro lobos, catorce ardillas y un número indeterminado de hombres (creían que pocos). El policía se fue al cuarto de baño y, cuando estuvo solo, sollozó amargamente.

Las hijas y la mujer del doctor Saldaña estaban mucho más contentas que la noche anterior. Desde que Onofre había llegado había desaparecido toda clase de insectos de la casa. Efectivamente el cuerpo del funcionario ejercía un incomprensible efecto de atracción sobre los invertebrados animalitos que se acumulaban sobre él. Hormigas, moscas, mosquitos, avispas, chinches, cucarachas, arañas y grillos se agolpaban para disfrutar de las bondades del cuerpo del funcionario, un ser al que se podía chupar sin ser espachurrado. Por otro lado el funcionario, en el único movimiento que hacía voluntariamente, sacaba la lengua y engullía como si fuese un camaleón los bichitos que se le ponían a tiro, con lo que completaba con estas proteínas la dieta a base de sueros a la que le tenía sometido la familia Saldaña. Había llegado a un enternecedor nivel de camaradería con las otras plantas, y el hecho de pertenecer a una especie vegetal carnívora no dejaba de enorgullecerle por el exotismo que ello suponía. Los tiestos vecinos debían estar maravillados y los vecinos propiamente dichos, si pudieran verle, horrorizados.

Que el comisario Bermúdez hubiese aparecido iluminó la cara de Melitón, que lo hubiese hecho muerto no tanto. Eso sí: que hubiese tenido la delicadeza de envenenarse con unas setas eliminaba bastantes quebraderos de la cabeza del guardia. Por otra parte que el cadáver que acompañaba al del comisario fuese el de Escudero, aquella especie de simio canoso que había intentado

asesinarle a culatazos desde un automóvil el día anterior, no dejaba de suponer como una especie de regocijo para el atribulado corazón del policía, que en las últimas horas no había parado de sorprenderse. Los policías retiraron y quemaron todas las setas que habían cocinado los fallecidos para que no siguiese aumentando la mortandad de la fauna del bosque. Pasados unos días, se recibió una carta del inspector Chacón en la que informaba a sus compañeros y a sus superiores que, al haber encontrado un empleo con mayores perspectivas profesionales y mejor remunerado en el sector privado, abandonaba el servicio de policía y ni siquiera se molestaba en pedir la excedencia, sino que solicitaba a sus superiores que lo despidiesen directamente, que su nuevo trabajo lo absorbía completamente -lo cual era excepcionalmente preciso-, y no podía perder el tiempo en papeleos. Melitón resolvió las evidencias del caso de doña María Teresa Sáez Benavides y el juez envió a la cárcel a don Fulgencio, que no dejaba de negar lo que a todo el mundo pareció evidente, por no hablar del pesaroso marido que, víctima de un fuerte y comprensible shock, nunca pudo ver al asesino de su esposa que, hasta aquel día, había sido su amigo. Por todo ello Melitón fue ascendido a inspector y asumió las responsabilidades de forma oficial, siendo felicitado y reconocido por todos sus compañeros, que habían sido testigos de como Melitón se había jugado literalmente la vida durante aquellos días. Con las recompensas que recibió adquirió una dentadura nueva.

En la Consejería de Salud, pese a un lógico y sincero dolor inicial, después se celebró íntimamente la desaparición de Tere, don Fulgencio e, incluso, de Escudero, pues con ello se propiciaron tres ascensos lo que, habida cuenta de la movilidad parálitica de la administración, era más de lo que podían esperar los funcionarios en los siguientes tres lustros. Miguel Escuer, Raquel Fresneda y José Furriel lograron alcanzar su máximo nivel de incompetencia y ocuparon los puestos de sus antiguos compañeros. Micci, sin explicación aparente, cambió su afición a los ordenadores por un desmesurado e incontrolado interés por las setas, campo en el que llegó a ser un auténtico experto. Como sospechaba el doctor Saldaña, nadie preguntó con demasiada insistencia por Onofre en el trabajo; sólo Josefo, el jardinero, le echó de menos, pues su actividad parecía interesar mucho a Onofre que de vez en cuando le preguntaba por este o por aquel detalle del cuidado de esta o aquella planta o árbol. Al fin y al cabo, el edificio contaba con un hermoso jardín y los funcionarios no repararon en la falta de uno de los muchos vegetales que habitaban en el edificio. Onofre, en cambio, había llegado a ser feliz.

FIN